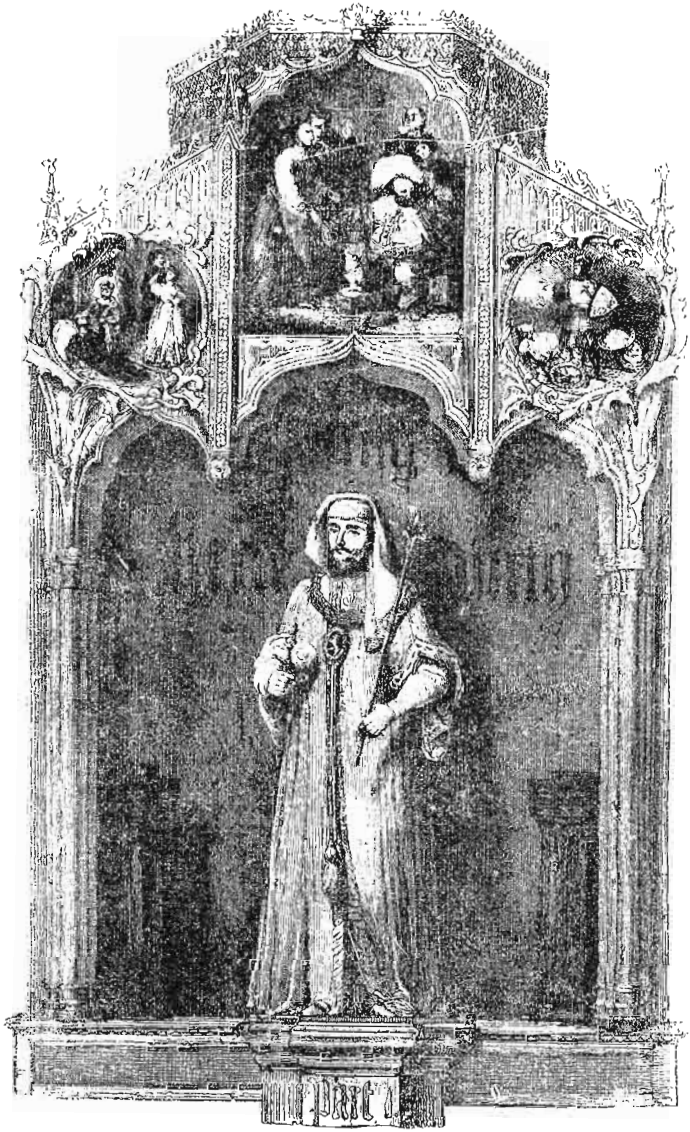
LA PRIMERA PARTE DEL REY ENRIQUE IV

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández



scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

LA PRIMERA PARTE DEL REY ENRIQUE IV

(FIRST PART OF KING HENRY IV)

DRAMATIS PERSONÆ

El Rey Enrique IV.
Enrique, Príncipe de Gales..... } Hijos del Rey.
Juan de Lancaster... }
Conde de Westmoreland.
Sir Gualterio Blunt.
Tomás Percy, conde de Worcester.
Enrique Percy, conde de Northumberland.
Enrique Percy, de sobrenombre Hotspur, hijo suyo.
Edmundo Mortimer, conde de March.
Ricardo Scroop, arzobispo de York.
Archibaldo, conde de Douglas.
Owen Glendower.
Sir Ricardo Vernos.
Sir Juan Falstaff.
Poins.
Sir Miguel, amigo del arzobispo de York.
Gadshill.
Peto.
Bardolf.
Ladi Percy, esposa de Hotspur y hermana de Mortimer.
Ladi Mortimer, hija de Glendower y esposa de Mortimer.
Mistress Quickly, hostelera de la taberna La Cabeza del Jabalí, en Eastcheap.
Un Sheriff.
Un Camarero.
Un Tabernero.
Dos Carreteros.
Lores, Oficiales, Viajeros y acompañamiento.

Escena.—Inglaterra.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Londres.—El Palacio real

Entran el Rey Enrique, Westmoreland *y otros*

Rey.—Por agitados que estemos, por ahitos de preocupaciones que nos veamos, hallemos una ocasión favorable para que la paz alterada reanude sus latidos y nos anuncie con su ahogada voz las nuevas luchas que hemos de comenzar sobre remotas playas. La sedienta boca de este suelo no volverá a teñir sus labios con la sangre de sus propios hijos; las trincheras de guerra no se abrirán más en sus campos, ni serán aplastadas sus flores bajo las herradas plantas de pasos enemigos. Estos irritados ojos, que, como meteoros de un cielo turbado, todos de la misma naturaleza, nutridos de la misma sangre, encontrábanse recientemente en el choque de las luchas intestinas y en la furiosa refriega de las matanzas civiles, confundidos ahora en iguales filas fraternas,

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

marcharán por el mismo sendero, y no tendrán ya más amenazas para sus amigos, parientes y aliados. El filo de la guerra, como puñal mal ajustado en su vaina, no cortará ya más a su posesor. Por consiguiente, amigos, al lejano sepulcro de Cristo (cuyos soldados somos ahora y bajo cuya bendita Cruz nos hemos comprometido a combatir) es adonde vamos a enviar una leva de ingleses, cuyos robustos miembros fueron creados en las entrañas de sus madres para dar caza a los paganos de aquellos santos lugares, que hace mil cuatrocientos años recorrieron los sagrados pies que, para nuestra salvación, fueron clavados en la dura Cruz. Nuestro proyecto tiene ya doce meses de antigüedad, y es inútil deciros que habremos de partir; si nos congregamos ahora no es, pues, para avisaros. Hacedme vos conocer, mi amable primo Westmoreland, qué fué lo decidido ayer noche por nuestro Consejo para llevar adelante esta acariciada expedición.

WESTMORELAND.—Soberano mio, se discutió ayer noche calurosamente la próxima marcha, y se habían acordado ya bastantes cuentas de gastos para la expedición, cuando se atravesó la llegada de un correo del País de Gales, cargado de tristes nuevas, la peor de las cuales era que el noble Mortimer, al mandar a los hombres del Herefordshire en el combate contra el ilegal y rudo Glendower, había caído en las crueles garras de este galés, y un millar de sus gentes resultó sacrificado. Con sus cadáveres han cometido las mujeres galesas tales infamias, tales bestialidades y vergonzosas mutilaciones, que no es posible repetirlas ni nombrarlas sin enrojecer grandemente.

REY.—A lo que parece, las noticias de este suceso van a interrumpir entonces nuestra expedición a Tierra Santa.

WESTMORELAND. — Tanto estas noticias como otras, graciosa majestad; porque más adversas y desfavorables llegaron del Norte, que se resumen así: El día de la Exaltación de la Santa Cruz, el valiente Hostpur, o sea el joven Harry Percy, y el bravo Archibaldo, ese escocés de valor siempre probado, encontráronse en Holmedon, donde debieron de pasar una hora triste y sangrienta, a juzgar por los estampidos de la artillería, pues el que trajo las noticias montó a caballo en el instante en que la pelea estaba en todo su fragor y encono, y no pudo vislumbrar el resultado del encuentro.

REY.—He aquí a un amigo muy querido y diligente, sir Gualterio Blunt, que acaba de apearse de su caballo, cubierto de polvo de los diferentes terrenos que separan a Holmedon del sitio en que estamos, y que nos ha traído halagüeñas y venturosas noticias. El conde de Douglas ha sido derrotado; diez mil escoceses resueltos y veintidós caballeros nadando en su propia sangre vió sir Gualterio sobre las llanuras de Holmedon; Hostpur ha hecho prisioneros a Mordake, conde de Fife e hijo mayor del vencido Douglas, y a los condes de Athol, de Murray, Angus y Mentelth. ¿No es éste un honroso botín, una espléndida presa, eh, primo mío?

WESTMORELAND.—¡Por mi fe! Es una conquista de que pueda un príncipe vanagloriarse.

REY.—Sí, y con esa reflexión me entristeces y me haces conocer el pecado de envidia de que milord Northumberland sea el padre de un hijo tan elogiado, de un hijo que es el tema general de las conversaciones del honor: la más erguida planta del bosque, el favorito y el orgullo de la dulce fortuna; mientras yo, al contemplarlo a través de las alabanzas que se le prodigan, veo el libertinaje y el deshonor manchar la frente de mi joven Enrique. ¡Oh! ¡Si se pudiera probar que una rondadora hada nocturna cambió a nuestros hijos en las ropas de cuna donde dormían, y se llamaran el mío Percy, el suyo Plantagenet! Yo tendría entonces su Enrique, y él el mío; pero desechemos esto de nuestro pensamiento. ¿Qué opinas, primo,

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

del orgullo de este joven Percy? Guarda por su propia cuenta los prisioneros que ha hecho en esta aventura, y me envía a decir que no tendré sino a Mordake, conde de Fife.

WESTMORELAND.—Se lo habrá aconsejado su tío, ese Worcester, que os es hostil en todos los aspectos; lo que le hace engallarse y alzar la cresta de su juventud contra vuestra majestad.

REY.—Pero yo le he mandado llamar para que responda de ello; por cuya causa es fuerza que se demore un poco nuestro proyecto sobre Jerusalén. Primo, el próximo miércoles tendremos nuestro Consejo en Windsor; advertídselo a los lores, pero regresad con rapidez a mi lado, pues me queda por decir y hacer más de lo que la cólera me permite explicar.

WESTMORELAND.—Os obedeceré, soberano mío. *(Salen.)*

ESCENA II

El mismo lugar.—Habitación en la posada del Príncipe

Entran el PRÍNCIPE ENRIQUE *y* FALSTAFF

FALSTAFF.—Vamos a ver, Hal: ¿qué momento es del día, muchacho?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Te has embrutecido de modo, a fuerza de beber vino añejo de Canarias, de desabrocharte después de cenar y de dormir la siesta en los bancos, que te olvidas de preguntar lo que realmente quisieras saber. ¿Qué diablos tienes tú que ver con el momento del día? A menos que las horas sean como copas de vino de Canarias, los minutos capones, los relojes lenguas de alcahuetas, los cuadrantes muestras de mancebías y el mismo espléndido sol una hermosa y excitante doncella en tafetán de colores encendidos, no veo la razón por la que te tomes el trabajo de preguntar qué momento es del día.

FALSTAFF.—En verdad que ya vais aproximándoos a mi opinión, Hal; porque los que nos dedicamos a coger bolsas nos gobernamos por la luna y las siete estrellas, y no por Febo, «ese caballero errante tan rubicundo». Y así, te suplico, amable burlón, que cuando seas rey (y Dios proteja tu gracia), tu majestad, debiera decir, pues gracia no tendrás ninguna.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Cómo! ¿Ninguna?

FALSTAFF.—No, a fe mía..., ni siquiera la que se requiere para servir de prólogo a un huevo con manteca.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Bueno, ¿qué, entonces? Venga. Redondamente. Redondamente.

FALSTAFF.—Bien; pues que, cuando seas rey, no permitas, amable burlón, que a nosotros, que somos escuderos del cuerpo de la noche, se nos llame ladrones de los tesoros de la belleza del día. Haz de suerte que se nos denomine guardabosques de Diana, caballeros de la sombra, favoritos de la luna, y que las gentes nos tengan por hombres de buen gobierno, puesto que, como el mar, somos regidos por nuestra noble y casta señora la Luna, bajo cuya protección... robamos.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Hablas como un libro, y lo que dices es muy lógico; porque nuestra fortuna, como hombres lunares que somos, tiene su flujo y reflujo, a semejanza del mar, y está gobernada, como el mar, por la luna. He aquí un ejemplo: una bolsa de oro escamoteada asaz resueltamente en la noche del lunes y despilfarrada asaz depravadamente en la mañana del martes. Se arrebata exclamando: «¡Alto ahí!»; y se gasta con el grito de «¡Traed acá!», ora en un nivel tan bajo como el cielo de la escala, y luego en uno tan alto como la cúspide del patíbulo.

FALSTAFF.—¡Por el Señor! Dices verdad, muchacho. Y hablando de la hostelera de la taberna, ¿no es la más dulce moza?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Como la miel de

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Hibla, mi viejo mozo del castillo (1). Y un jubón de búfalo, ¿no es el vestido de más dulce duración?

FALSTAFF.—¿Cómo es eso, cómo es eso, amable burlón? ¿Qué significan esas chanzas y sutilezas? ¿Qué diablos tengo yo que ver con un jubón de búfalo?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Diantre! Y ¿qué viruelas me han de dar a mí por la hostelera de la taberna?

FALSTAFF.—Vamos, más de mil veces has recurrido a ella para algunas cuentas.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Te he llamado a ti nunca para pagar tu parte?

FALSTAFF.—No; te hago esa justicia. Tú eres quien lo paga todo.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Sí, y en todas partes, en tanto que mi bolsa ha bastado; y cuando no, he usado del crédito.

FALSTAFF.—Sí, y usado de modo, que si no fuera porque presumes de presunto heredero... Pero te suplico me digas, amable burlón, ¿es que van a alzarse las horcas en Inglaterra cuando seas rey, y las gentes de resolución habrán de estar contenidas por el freno enmohecido de esa antigualla ridícula, la madre ley? No cuelgues a un ladrón cuando seas rey.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—No; lo harás tú.

FALSTAFF.—¿Yo? ¡Oh, magnífico! ¡Vive Dios, que seré un bravo juez!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Ya empiezas juzgando mal. Quiero decir que tú serás quien se encargue del ahorcamiento de los ladrones, y así llegarás a ser un extraordinario verdugo.

FALSTAFF.—Bien, Hal, bien; y en cierto modo se avendría con mi carácter tanto como el hacer antesala en la Corte; puedo asegurártelo.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Para la obtención de una investidura?

FALSTAFF.—Sí, para la obtención de una investidura, si bien el verdugo no tiene sino un escaso guardarropa. ¡Dios mío! Estoy tan melancólico como un gato o como un oso amarrado a la cadena.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—O como un león viejo, o el laúd de un trovador.

FALSTAFF.—Justo, o como un zumbido de una cornamusa de Lincolnshire.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Y ¿qué me dices de una liebre, o de la melancolía del pantano de Moor?

FALSTAFF.—Tienes las comparaciones más insustanciales; y, en realidad, eres el más metafórico, el más bribón..., el más amable príncipe viejo... Pero, Hal, te lo suplico, no me aturdas más con vanidades. Quiera Dios que tú y yo conozcamos un sitio donde se pueda comprar una buena cantidad de reputación. Un anciano lord del Consejo me regañó el otro día en plena calle por causa de vos, señor... Pero no le hice caso. Y, sin embargo, hablaba muy acertadamente... Ahora, que yo ni lo miraba siquiera... Empero, hablaba con gran acierto y en plena calle.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Hiciste bien; porque la sabiduría grita por las calles y nadie le presta atención.

FALSTAFF.—¡Oh! Repites mis palabras de un modo condenable, y en verdad que eres capaz de tentar a un santo. Me has hecho mucho perjuicio, Hal... ¡Dios te lo perdone! Antes de conocerte, todo lo ignoraba, Hal; y ahora, si he de hablar con franqueza, soy poco menos que un malvado. Necesito renunciar a esta vida, y renunciaré. Por el Señor, que si no renuncio a ella, seré un villano. ¡No me condenaré por ninguno de los hijos de los reyes de la Cristiandad!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Dónde podríamos coger una bolsa mañana, Juanito?

FALSTAFF.—¡Voto va! Donde quieras, muchacho. Yo me haré con una. Si no, llámame villano y vilipéndiame.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Ya veo que te encomiendas bien: del rezo al escamoteo de bolsas.

(1) *My old lad oy the castle*, juego de palabras con Oldcastle, personaje real de quien tomó el nombre Shakespeare.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Entra POINS *a alguna distancia*

FALSTAFF.—¡Pchs!, Hal; es mi vocación, Hal. En un hombre no es pecado el trabajar según su vocación... ¡Poins! Vamos a saber si a Gadshill se le ha ocurrido algo. ¡Oh! Si los hombres se salvaran por sus méritos, ¿qué hueco habría en el infierno bastante caliente para él? Es el más omnipotente granuja que jamás haya gritado «¡Alto!» a un buen hombre.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Buenos días, Ned.

POINS.—Buenos días, querido Hal. ¿Qué dice monsieur Remordimientos? ¿Qué dice sir Juan Canarias y Azúcar? Juanito, ¿cómo os arregláis el diablo y tú respecto de tu alma, que le vendiste el último Viernes Santo por una copa de madera y un muslo de capón fiambre?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Sir Juan mantiene su palabra...; el diablo hará su negocio, porque él nunca ha desmentido los proverbios, y... «el diablo tendrá su merecido».

POINS.—Entonces estás condenado por comprometer tu palabra con el diablo.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Se habría condenado lo mismo por haber engañado al diablo.

POINS.—Pero ¡bigardos míos, bigardos míos! Mañana, a las cuatro de la madrugada, en Gadshill. Hay peregrinos que van a Canterbury con ricas ofrendas y comerciantes que se dirigen a Londres con sus bolsas henchidas. Tengo caretas para todos vosotros. Por vuestra parte, contáis con caballos. Gadshill pernocta hoy en Rochester, y yo he encargado una cena para mañana en Eastcheap. Podemos asegurar el golpe en un sueño. Si queréis venir, os colmaré las bolsas de coronas. Si no queréis, quedaos en casita y que os ahorquen.

FALSTAFF.—Escuchad, Eduardito. Si me quedo en casa y no voy, os ahorcaré por haber ido.

POINS.—¿De veras, mejillas hinchadas? (1).

FALSTAFF.—Hal, ¿serás de la partida?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Quien? ¿Yo robar? ¿Yo ladrón? No, a fe mía.

FALSTAFF.—No existe ni honradez, ni valor, ni buen compañerismo en ti, ni vienes de sangre real, si no te atreves a estar por diez chelines.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Bueno; entonces, por una vez en mi vida, estaré loco.

FALSTAFF.—¡Pardiez! Eso es hablar.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Bah! Suceda lo que quiera, permaneceré en casa.

FALSTAFF.—¡Vive el cielo! Entonces seré un traidor cuando seas rey.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—No me preocupa.

POINS.—Sir Juan, por favor, déjame sólo con el príncipe. Le expondré tales razones para esta aventura, que irá.

FALSTAFF.—Bien. Que Dios te conceda espíritu de persuasión y a él oídos capaces de comprender, a fin de que lo que hables llegue a decidirle y lo que escuche le convenza de que un verdadero príncipe puede, por entretenimiento, convertirse en un falso ladrón; porque los pobres abusos de nuestra época necesitan amparo. Adiós. Me encontrarás en Eastcheap.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Adiós, primavera pasada; adiós, verano del día de Todos los Santos! *(Sale* FALSTAFF.)

POINS.—Ahora, mi dulcísimo señor, montad a caballo mañana con nosotros. Quiero dar una broma que no puedo realizar solo. Falstaff, Bardolf, Peto y Gadshill desvalijarán a las gentes a que ya hemos preparado la emboscada; vos y yo cuidaremos de alejarnos; y cuando sean dueños del botín, si vos y yo no les robamos, separadme esta cabeza de los hombros.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Pero ¿cómo haremos para sustraernos de ellos al partir?

POINS.—¡Pardiez! Saldremos antes o

(1) *Chops*, en el texto. Algunas veces equivale a *jaws*, como en *Macbeth* (I, II, 22); mas aquí se interpreta, como dice Onions, por *person with fat or bloated cheeks*.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

después, y les indicaremos un lugar de cita, al que tendremos el placer de no concurrir. Entonces se aventurarán por sí solos a la hazaña, y tan pronto como la hayan consumado, caeremos sobre ellos.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Sí; pero es probable que nos reconozcan por nuestros caballos, por nuestros trajes y por cualesquiera otras señales.

POINS.—¡Bah! No verán nuestros caballos, que ataremos en el bosque; cambiaremos de antifaces al separarnos, y, pícaro, poseo adrede fundas de bocací que encubrirán nuestros trajes corrientes.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Sí; pero me temo que sean demasiado fuertes para nosotros.

POINS.—¡Quia! A dos de ellos los tengo por tan rematados cobardes, como que siempre han vuelto la espalda; y en cuanto al tercero, si se defiende más tiempo que de razón, rendiré las armas. La gracia de esta broma consistirá en las incomprensibles mentiras que este mismo bergante barrigudo nos referirá cuando estemos reunidos a cenar; cómo ha luchado, por lo menos, contra treinta; qué paradas, qué golpes, qué ataques ha sostenido; y en la repulsa que le demos descansará la broma.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Bueno, iré contigo; provéenos de las cosas necesarias y reúnete conmigo a la noche en Eastcheap. Allí cenaremos. Adiós.

POINS.—Adiós, milord. *(Sale.)*

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Os conozco a todos, y quiero alentar por algún tiempo los desenfrenados caprichos de vuestra molicie. No obstante, imitaré en esto al sol, que permite a las viles nubes ponzoñosas ocultar su belleza al mundo, para cuando le place ser otra vez el mismo, porque se le necesita, hacerse admirar más, abriéndose paso a través de las sucias y feas neblinas de vapor que parecían asfixiarlo. Si todo el año se compusiera de días festivos, sería tan aburrido divertirse como trabajar; pero como llegan raras veces, llegan anhelados, y nada satisface tanto como los sucesos excepcionales. Así, cuando yo abandone esta vida y pague la deuda jamás prometida, por lo mismo que no tengo empeñada mi palabra, rebasaré las esperanzas que los hombres tengan puestas en mí; y a semejanza de un brillante metal sobre fondo empañado, mi regeneración, al relucir sobre mis faltas, parecerá más meritoria y atraerá más miradas que una reputación sin ninguna mancha que la haga resaltar. Escandalizaré así para hacer del escándalo un arte, reparando el tiempo perdido cuando nadie lo sospeche. *(Sale.)*

ESCENA III

El mismo lugar.—El Palacio

Entran el REY ENRIQUE, NORTHUMBERLAND, WORCESTER, HOTSPUR, SIR GUALTERIO BLUNT *y otros*

REY.—Mi sangre se ha mostrado excesivamente fría y serena, inapta para proceder contra estas indignidades, y os ha parecido hallarme de tal conformidad, que habéis pisoteado mi paciencia. Pero estad seguros de que en lo sucesivo seré lo que debo ser: imponente y temible por mi carácter, hasta ahora suave como el aceite, blando como un tierno plumón, y que, al fin, me ha hecho perder este título de respeto que las almas altivas no conceden jamás sino a la altanería.

WORCESTER.—Nuestra casa, soberano señor, merece bien poco que el látigo del poder caiga sobre ella, sobre todo cuando a ese mismo poder han sido nuestras propias manos las que han ayudado a hacer tan imponente.

NORTHUMBERLAND.—Milord...

REY.—Worcester, márchate; porque veo en tus ojos la amenaza y la desobediencia. ¡Oh sir! Vuestra actitud es demasiado atrevida y perentoria, y la ma-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

jestad jamás pudo tolerar las señales iracundas del ceño de un súbdito. Tenéis libre permiso para retiraros. Cuando necesitemos de vuestros servicios y consejos, os mandaremos a buscar. (*Sale* WORCESTER. *A* NORTHUMBERLAND.) Ibais a hablar acerca de...

NORTHUMBERLAND.—Sí, mi buen señor. Los prisioneros que Harry Percy, aquí presente, ha hecho en Holmedon y que se reclaman en nombre de vuestra majestad, no han sido, según dice, negados con tanta violencia como se le ha referido a vuestra majestad. Por tanto, la envidia o alguna mala pasión es la culpable de esta falta, y no mi hijo.

HOTSPUR. — Soberano mío, no he negado los prisioneros, sino recuerdo que, cuando hubo terminado el combate, y me hallaba agotado por el furor y la extrema fatiga, sin aliento y desfallecido, apoyado sobre mi espada, se acercó a mí cierto lord, atildado y coquetamente vestido, flamante como una recién casada, cuya barbilla, acabada de afeitar, semejaba una tierra en rastrojo en época de siega. Estaba perfumado como una modista y sostenía entre el pulgar y el índice una linda cajita que acercaba a su nariz y la alejaba de cuando en cuando; la cual concluyó por encolerizarse de tanto aproximarla, y lanzó un estornudo. No cesaba de sonreír y hablar; y a medida que pasaban los soldados conduciendo cadáveres, los llamaba pícaros, mal educados, groseros, por atreverse a colocar entre el viento y su nobleza una asquerosa y fea carroña. Con muchos festivos y adamados términos comenzó a interrogarme; y, entre otras cosas, me pidió mis prisioneros en nombre de vuestra majestad. Yo, que estaba entonces presa de vivos sufrimientos, con mis heridas enfriándose, en mi dolor e impaciencia, molesto con tal maniquí, le contesté no sé cómo; que los tendría o que no, pues me exasperaba verlo brillar tan alegre y oler tan fragante y charlar, como una doncella de compañía, de cañones, de tambores y de heridos... ¡Dios me perdone!... Y decidme que el remedio más soberano del mundo para una herida interna era la esperma de ballena, y que «era una gran lástima», así dijo, «que ese villano salitre que tan cobardemente había destruído tantos bravos y vigorosos mocetones, hubiese salido de las entrañas de la inofensiva tierra», y que «si no fuera por esos infames cañones, habría sido soldado». A esta palabrería, hueca y descoyuntada, señor, le respondí vagamente, como os he dicho, y os suplico que no permitáis que su informe adquiera el valor de una acusación y se interponga entre mi afecto y Vuestra Majestad.

BLUNT.—Bien consideradas las circunstancias, mi buen señor, lo que quiera que hubiese dicho Harry Percy a tal persona y en tal lugar y momento, con todo lo demás relatado puede razonablemente borrarse y no erigirlo para achacarle culpa o acusarle de algún modo por lo que haya dicho, puesto que él se justifica ahora.

REY.—¡Cómo! Aún me niega sus prisioneros si no es con la condición previa y excepcional de que a nuestro propio coste rescatemos directamente a su cuñado el imbécil Mortimer; quien, por mi alma, ha entregado deliberadamente las vidas de los que condujo a la lucha contra el gran mago, el condenado Glendower, cuya hija, según sabéis, se ha casado recientemente con el conde de March. ¿Y habían de vaciarse nuestras arcas para restituir a su hogar a un traidor? ¿Habremos de comprar la traición y aumentar los temores, cuando ellos mismos se han perdido y confinado? No; que reviente de hambre en las estériles montañas, porque no tendré por amigo al hombre cuya lengua me pida gastar un penique para rescatar a su casa al rebelde Mortimer.

HOTSPUR.—¡Rebelde Mortimer! Jamás se separó, mi soberano, sino por los azares de la guerra. Para probar que es verdad, no se necesita sino el lenguaje de

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

todas esas heridas, de esas heridas elocuentes que recibió con valentía cuando sobre la margen cubierta de juncos del bello Severne, en singular contienda, cuerpo a cuerpo, pasóse cerca de una hora rivalizando en ardimiento con el gran Glendower. Tres veces recobraron aliento y tres veces bebieron, por mutuo acuerdo, en las rápidas corrientes del Severne, que, asustadas de las miradas feroces que se dirigían, corrieron medrosas hacia los temblorosos cañizos y escondieron sus onduladas cabelleras en el hoyo de la orilla cubierta de sangre de estos valerosos combatientes. Jamás una política rastrera y corrompida hubiera disimulado sus manejos bajo tan terribles heridas; y nunca pudo el noble Mortimer recibir tantas, y todas voluntariamente. Que no se le calumnie, pues, con el dictado de rebelde.

REY.—¡Mientes por él, Percy, mientes *por él! Nunca se ha batido con Glen*dower. Te digo que hubiera preferido encontrarse solo con el demonio a tener como adversario a Owen Glendower. ¿No estás avergonzado? Por lo cual, pícaro, que no os oiga yo hablar más de Mortimer. Enviadme vuestros prisioneros por los medios más rápidos, o sabréis de mí en tal forma, que os disgustará... Milord Northumberland, os autorizamos a partir con vuestro hijo. Enviadnos vuestros prisioneros, o, sabréis de mí. *(Salen el* REY ENRIQUE, BLUNT *y el séquito.)*

HOTSPUR.—¡Aunque el diablo viniera y rugiese por ellos, no se los enviaré! Voy a correr tras él para decírselo; porque deseo desahogar mi corazón, aunque con ello arriesgue mi cabeza.

NORTHUMBERLAND.—¡Cómo! ¿Borracho de cólera? Quedaos y tranquilizaos un poco. Aquí viene vuestro tío.

Vuelve a entrar WORCESTER

HOTSPUR.—¡Hablar de Mortimer! ¡Voto a Dios! ¡He de hablar de él; y que mi alma necesite misericordia, si no me uno a él! En defensa suya agotaré todas mis venas y derramaré gota a gota mi sangre querida sobre el polvo; pero elevaré al pisoteado Mortimer tan alto como este desagradecido rey, como este ingrato y corrompido Bolingbroke.

NORTHUMBERLAND. — *(A* WORCESTER.) Hermano, el rey ha vuelto loco a vuestro sobrino.

WORCESTER.—¿Quién ha provocado esta cólera después de mi partida?

HOTSPUR.—¡Por mi fe! Quiere todos mis prisioneros; y cuando le he apremiado una vez más a pagar el rescate del hermano de mi esposa, empalidecieron sus mejillas y me lanzó al rostro una mirada de muerte, temblando al solo nombre de Mortimer.

WORCESTER. — No le puedo censurar. ¿No fué proclamado Mortimer por el difunto Ricardo como príncipe más allegado a su sangre?

NORTHUMBERLAND.—Lo era; yo escuché la proclamación; y entonces fué cuando el desventurado rey (de quien Dios perdone las culpas) partió a su expedición irlandesa, de donde se vió obligado a regresar, para ser desposeído y poco después asesinado.

WORCESTER.—Y muerte por la cual en la vasta boca del mundo vivimos vilipendiados y asquerosamente aborrecidos.

HOTSPUR.—Pero poco a poco, por favor: ¿de manera que el rey Ricardo proclamó a mi hermano Edmundo Mortimer heredero de la corona?

NORTHUMBERLAND. — Lo proclamó; yo mismo lo escuché.

HOTSPUR.—¡Ah! Entonces no puedo denostar a su primo el rey, que le deseó que reventara de hambre en las estériles montañas. Pero ¿es posible que vosotros, los que colocasteis la corona sobre la cabeza de este hombre ingrato: los que en provecho suyo lleváis la mancha infamante de una complicidad criminosa, soportéis un mundo de maldiciones, pasando por agentes o viles auxiliares secundarios de las sogas, las es-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

calas o más bien del verdugo? ¡Oh! ¡Perdonadme que descienda tan bajo para mostraros la condición y la situación difícil en que os ponéis a causa de este rey astuto! ¿No será una vergüenza que se diga en nuestros días, o que se harten de decir las crónicas en los tiempos venideros, que hombres de vuestra nobleza y de vuestro poder se hayan comprometido ambos en una protección injusta como, ¡Dios me perdone!, habéis *hecho* al destronar a Ricardo, aquella suave rosa encantadora para plantar esta espina, esta gangrena de Bolingbroke? ¿Y soportaréis la vergüenza, más grande todavía, de que se diga que estáis en ridículo, engañados y puestos al margen por él, por quien estas vergüenzas han caído sobre vosotros? No; aún es tiempo de redimir vuestras honras manchadas y restauraros otra vez en el buen concepto del mundo; vengaos del desprecio ultrajante e injurioso de este rey soberbio que día y noche estudia el modo de corresponder a todo lo que os debe con el sanguinario pago de vuestras *muertes*. *Por tanto*, digo...

WORCESTER. — ¡Silencio, pariente; no digáis más! Me dispongo a abrir un libro secreto, y a vuestras precipitadas concepciones de descontento pondré delante materia profunda y peligrosa, tan llena de escollos y espíritu aventurero, como el que se requiera para atravesar una corriente de mugidor estruendo sobre el puente poco sólido del mango de una lanza.

HOTSPUR.—Y si uno cae, ¡buenas noches!...; o hundirse o nadar... Enviad el peligro de Este a Oeste, de modo que el honor lo cruce de Norte a Sur, y dejadlos combatir. ¡Oh, la sangre hierve más al despertar a un león que al sorprender a una liebre!

NORTHUMBERLAND. — ¡La imaginación de alguna *hazaña* le empuja fuera de los límites de la moderación!

HOTSPUR.—*¡Por los cielos! Me parece* que sería un salto fácil alzarse con el brillante honor hasta el pálido rostro de la luna o sumirse en las profundidades del abismo, allí donde la sonda no ha llegado jamás, y sacar por los *cabellos al honor* naufragado, de manera que le permita al que lo extraiga gozar sin rival de todas sus dignidades; pero ¡abajo estas semiapariencias de familiaridad!

WORCESTER.—He aquí que abarca un mundo de fantasmas, pero de ningún modo la realidad que debiera perseguir. Mi buen sobrino, concededme algunos instantes de audiencia.

HOTSPUR.—Os pido perdón.

WORCESTER.—Esos mismos nobles escoceses, vuestros prisioneros,..

HOTSPUR.—Los guardaré a todos. ¡Voto a Dios, que no tendrá uno solo de esos escoceses; no, aun cuando bastase un escocés para salvar su alma, no lo tendría; por esta cruz, que los guardaré!

WORCESTER.—Os extraviáis y no prestáis oído a mis proposiciones. Esos prisioneros. Esos prisioneros que guardaréis...

HOTSPUR.—Cierto; los guardaré. Eso está claro. Ha dicho que nunca rescataría a Mortimer. Me ha prohibido hablar de Mortimer; pero lo *encontraré* cuando repose *dormido*, y en una oreja le gritaré: «¡Mortimer!» Sí; tendré un estornino, al que enseñaré a hablar y decir nada más que Mortimer, y se lo daré para contener su cólera, todavía en formación.

WORCESTER. — Escuchadme, sobrino, una palabra.

HOTSPUR. — Renuncio aquí solemnemente a todo otro estudio que no sea encolerizar e irritar a *Bolingbroke*. Y en cuanto a ese soldadote del príncipe de Gales, aunque pienso que su padre no le quiere y se alegraría de que le pasase alguna desgracia, lo haré envenenar con un jarro de cerveza.

WORCESTER.—¡Adiós, pariente! Ya os hablaré cuando estéis mejor dispuesto a escucharme.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

NORTHUMBERLAND.—¡Ea! ¿Qué picadura de avispa y qué boba impaciencia te aguijonea para enrabiarte como una mujer, sin prestar atención a otra voz que la tuya?

HOTSPUR.—¡Oh! Ved. Estoy hundido, apaleado a varazos, pinchado de ortigos y picado por las hormigas cada vez que oigo hablar de ese vil político Bolingbroke. En tiempo de Ricardo..., ¿cómo llamabais a aquel lugar? ¡Maldito sea! Es en el Glocestershire, allí donde vivía su loco tío, el duque, su tío de York..., donde por vez primera doblé la rodilla ante ese rey de sonrisas, ese Bolingbroke, cuando él y vos volvíais de Ravenspurgh.

NORTHUMBERLAND.—El castillo de Berkeley.

HOTSPUR.—Justamente. ¡Oh, qué cúmulo de almibaradas cortesías me dedicó entonces ese lebrel lamedor! Recordáis lo de «Cuando su suerte en mantillas llegue a ser mayor...», y «Mi noble Harry Percy», y «Querido primo». ¡Uf, que el diablo se lleve a tales farsantes! ¡Dios me perdone! Vamos, tío, decidme vuestro cuento, porque he terminado

WORCESTER.—No, si no habéis terminado: continuad. Esperaremos a vuestro descanso.

HOTSPUR.—He terminado; mi palabra.

WORCESTER.—Entonces, una vez más, volvamos a tus prisioneros escoceses. Dadles la libertad, derechamente, sin rescate, y haced del hijo de Douglas vuestro único agente para levantar fuerzas en Escocia, las cuales, por diversas razones, serán fácilmente concedidas. *(A* NORTHUMBERLAND.*)* Vos, milord, mientras vuestro hijo esté así ocupado en Escocia, sugerid secretamente en el pecho de ese mismo prelado tan querido, el arzobispo...

YORK.—De York, ¿no es eso?

WORCESTER.—El mismo. Soporta con amargura la muerte de su hermano, lord Scroop, en Bristol. No hablo por conjetura, como de lo que pienso que podría ser, sino de lo que está meditado, urdido y resuelto, y sólo aguarda que aparezca la ocasión que lo haga realizarse.

HOTSPUR.—Huelo la cosa. Por mi vida, que irá bien.

NORTHUMBERLAND.—Antes de descubrir la caza, da suelta a la jauría.

HOTSPUR.—¡Pardiez! No se puede pensar sino que es un noble proyecto; y luego las fuerzas de Escocia y de York unidas a las de Mortimer, ¿eh?

WORCESTER.—Y se reunirán.

HOTSPUR.—A fe que está excesivamente bien ideado.

WORCESTER.—¡Y que no son flacas las razones que nos obligan a apresurarnos, para salvar nuestras cabezas, al izamiento de una cabeza! Porque, cualquiera que sea nuestra conducta, el rey se considerará siempre como deudor nuestro, y pensará que nosotros no nos consideramos satisfechos hasta que haya encontrado el medio de recompensarnos. Y ved cómo comienza ya a privarnos de sus miradas de afecto.

HOTSPUR.—Es lo que hace, es lo que hace. Nos vengaremos de él.

WORCESTER.—Pariente, adiós. No vayáis más allá en este plan, hasta que por mis cartas os trace la línea de conducta. Cuando el tiempo sea propicio..., que lo será de repente..., yo me uniré sigilosamente a Glendower y a lord Mortimer. Entonces vos y Douglas, y nuestras fuerzas en seguida, según dispondré, nos reuniremos felizmente para conducir nuestra fortuna con nuestros propios fuertes brazos, que ahora sostenemos con tanta incertidumbre.

NORTHUMBERLAND. — Adiós, noble hermano. Triunfaremos. Tengo confianza.

HOTSPUR.—Tío, adiós. ¡Oh, que se acorten las horas hasta que los campos de batalla, los golpes y los rugidos aplaudan nuestro plan! *(Salen.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Rochester.—El patio de una posada

Entra un CARRETERO *con un farol en la mano*

CARRETERO 1.º—¡Hola! ¡Eh! Si no son las cuatro de la mañana, que me cuelguen. La Osa Mayor se explaya por encima de la chimenea nueva, y aún no está cargado nuestro caballo. ¡Vamos, posadero!

POSADERO.—*(Dentro.)* Ya va, ya va.

CARRETERO 1.º—Te ruego, Tomasito, que sacudas la silla de *Cut* y pongas un poco de lana bajo los bordes; el pobre rocín está desollado de la cruz más de lo debido.

Entra otro CARRETERO

CARRETERO 2.º—Los guisantes y las habas están aquí tan húmedos como un perro mojado, y ésa es justamente la mejor manera de dar a nuestras bestias lombrices. Esta casa se ha venido abajo desde la muerte de Robin Ostier.

CARRETERO 1.º — ¡Pobre muchacho! Nunca tuvo un momento de alegría desde que subió el precio de las avenas. Esa fué su muerte.

CARRETERO 2.º—Pienso que ésta es la casa más infame en la ruta de Londres por las pulgas. Estoy tan acribillado de señales como una tenca.

CARRETERO 1.º — ¿Como una tenca? ¡Por la misa! No ha habido jamás un rey en la cristiandad tan mordido como yo desde el primer canto del gallo.

CARRETERO 2.º—¡Vive Cristo! No nos ponen nunca bacinilla, y eso nos obliga a orinar en la chimenea, por lo cual el charco de orines engendra las pulgas como un estanque.

CARRETERO 1.º—¡Eh, posadero! ¡Arriba, y ve a que te hagan ahorcar!... ¡Arriba!

CARRETERO 2.º—Tengo ahí un pernil de tocino y dos raíces de jengibre que necesito llevar nada menos que a Charling-Cross.

CARRETERO 1.º—¡Cuerpo de Dios! Los pavos de mi cesta están casi muertos de hambre. ¡Eh, posadero! ¡La peste te coja! ¿Es que no tienes ojos en la cara? ¿Es que no quieres atender? Si no fuera por la buena acción que nos haces de darnos a beber un trago, sería el verdadero patán que te rompiese la chola. ¡Arriba, y que te ahorquen! ¿No tienes confianza en ti?

Entra GADSHILL

GADSHILL. — Buenos días, carreteros. ¿Qué hora es?

CARRETERO 1.º—Creo que son las dos.

GADSHILL.—Te suplico que me prestes tu farol para ir a ver mi caballo castrado a la cuadra.

CARRETERO 1.º—¡No, por Dios, poco a poco! Conozco una treta que, a fe mía, vale por dos de éstas.

GADSHILL.—Te lo suplico, préstame tú el tuyo.

CARRETERO 2.º—¿Sí? ¿Cuándo? ¿Me lo podrías aclarar? «Préstame tu farol», has dicho. ¿De veras? Te haría colgar antes.

GADSHILL.—Pícaros de carreteros, ¿a qué hora pensáis estar en Londres?

CARRETERO 2.º—A bastante buena hora para ir a la cama con un candil, te lo aseguro. Venid, vecino Mugs; vamos a llamar a los señores. Quieren viajar en compañía porque llevan muchos equipajes. *(Salen los* CARRETEROS.)

GADSHILL.—¡Hola! ¡Eh! ¡Camarero!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

CAMARERO.—*(Dentro.)* Va en seguida, respondió el ratero.

GADSHILL.—Muy bien contestado, como si dijeses: «Va en seguida, respondió el camarero», porque no te diferencias del ratero sino lo que en el inductor del ejecutor: tú eres el que indicas los medios.

Entra el CAMARERO

CAMARERO.—Buenos días, maese Gadshill. Lo que os dije anoche es perfectamente exacto. Existe un propietario de tierras de Kent que ha traído consigo trescientos marcos de oro. Se lo oí decir anoche durante la cena a un socio suyo, una especie de contador, un hombre que tiene también Dios sabe cuánta abundancia de equipajes. Ya están levantados, y piden huevos con manteca; van a partir al minuto.

GADSHILL.—Bribón, si no se topan con los secuaces de San Nicolás, me dejo cortar el cuello.

CAMARERO.—No; eso de ningún modo. Te ruego que lo reserves para el verdugo, pues sé que adoras a San Nicolás tan devotamente como puede hacerlo la falsedad de un hombre.

GADSHILL.—¿Qué me hablas del verdugo? Si soy colgado, ocuparé la mitad de una pareja de grasientas horcas; porque, si me cuelgan, el viejo sir Juan se hallará conmigo, y ya sabes que no está hético. ¡Bah! Hay otros troyanos en los que tú ni sueñas, que, por placer, les agrada dar lustre a nuestra profesión, y que si nuestros asuntos se miraran de cerca, los arreglarían en consideración a su propio crédito. No es a esos desharrapados, a esa caterva de míseros vagabundos que os apalean por tres peniques; a esos desatentados gusanos de taberna, con los bigotazos impregnados de cerveza, a los que estoy asociado, sino con la nobleza y las gentes acomodadas, los alcaldes y los grandes terratenientes, gentes que saben conducirse, que son capaces de golpear más que de beber, y de beber más que de suplicar. Y, sin embargo, ¡voto va!, miento, porque oran continuamente a su santa, la riqueza pública, o, mejor dicho, no la oran, sino que la devoran..., porque la despellejan de arriba abajo y se hacen botas con su piel.

CAMARERO.—¡Cómo! ¿La riqueza pública para sus botas? ¿Resistirán el agua en los malos caminos?

GADSHILL.—Claro que sí, claro que sí. La Justicia las engrasa. Nosotros robamos, como en nuestra casa, con perfecta seguridad. Tenemos la receta de la semilla de helechos; andamos invisibles.

CAMARERO.—No, a fe mía; creo que sois más deudores a la noche que la semilla de helechos, por vuestras andanzas invisibles.

GADSHILL.—Venga esa mano. Tendrás tu parte en la adquisición, tan fijo como soy un hombre leal.

CAMARERO. — No; asegúramelo más bien como ladrón trapacero que eres.

GADSHILL.—Vaya; *homo* es un nombre común a todos los hombres. Ordena al hostelero que saque mi rocín del establo. Adiós, indecoroso bellaco. *(Sale.)*

ESCENA II

La carretera cerca de Gadshill

Entran el PRÍNCIPE ENRIQUE *y* POINS

POINS. — Vamos, ocultémonos, ocultémonos; he alejado el caballo de Falstaff, que roza como el terciopelo engomado.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Mantente a distancia.

Entra FALSTAFF

FALSTAFF.—¡Poins! ¡Poins! ¡Que te ahorquen, Poins!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Silencio, gran bribón cebado! ¿Qué alboroto es ése?

FALSTAFF.—¿Dónde está Poins, Hal?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Ha subido a la cima de la colina. Voy a buscarlo. *(Simula buscar a* POINS *y se retira.)*

FALSTAFF.—Estoy condenado a robar

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

en compañía de este ladrón. El canalla se ha llevado mi caballo y lo ha atado no sé dónde. Si tuviera que recorrer cuatro pasos más a pie en calidad de escudero, me faltaría el resuello. Bueno, después de todo, no dudo que pueda morir de una muerte honrada, si escapo de que me ahorquen por haber matado a ese granuja. He jurado renunciar a su compañía a cada momento en estos veintidós años, y, sin embargo, estoy como hechizado en la sociedad de ese bribón. Que me cuelguen, si el canalla no me ha propinado drogas para que lo quiera; no puede ser de otra forma: he bebido drogas. ¡Poins! ¡Hal! ¡La peste os coja a los dos! ¡Bardolf! ¡Peto! Reventaré de hambre si tengo que robar un paso más lejos. Y si no fuese tan buena acción como beber convertirse en hombre honrado y abandonar a estos rufianes, sería el más completo pícaro de cuantos han mascado con un diente. Ocho yardas de terreno desigual equivalen para mí a hacer setenta millas a pie; y los villanos, de corazón empedernido, lo saben perfectamente. Es una maldición cuando los ladrones no saben ser leales los unos con los otros. *(Silban.)* ¡Eceh! ¡La peste os entre a todos! ¡Dadme mi caballo, bribones: dadme mi caballo, y que os ahorquen!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—*(Volviendo.)* ¡Cálmate, gran panzudo! ¡Túmbate, aplica el oído contra la tierra y escucharás la marcha de los viajeros!

FALSTAFF.—¿Tenéis palancas para levantarme cuando esté en el suelo? ¡Sangre de Cristo! No llevaré mis carnes tan lejos a pie otra vez por todos los tesoros de tu padre. ¿Qué demonio significa eso de potrearme así?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Mientes; no estás potreado, sino despotreado.

FALSTAFF.—Te lo ruego, mi buen príncipe Hal; ayúdame a recobrar mi caballo, buen hijo del rey.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Quita de ahí, truhán! ¿He de servirte yo de posadero?

FALSTAFF.—Anda, pues, y que te ahorquen con tus jarreteras de presunto heredero. Si me cogen, os acusaré. Si no mando que se hagan baladas acerca de vosotros y se os canten aires cochinos, que se me dé un vaso de vino dulce como veneno. Cuando una broma va tan lejos, ¡y además a pie!..., la odio.

Entra GADSHILL

GADSHILL.—¡Detenedos!

FALSTAFF.—Es lo que hago contra mi voluntad.

Entran BARDOLF *y* PETO

POINS.—¡Oh! Es nuestro perro; conozco su ladrido.

BARDOLF.—¿Qué noticias?

GADSHILL.—Encapuchaos, encapuchaos. Poneos vuestras caretas. Hay dinero del rey, que desciende de la colina; es llevado a la tesorería real.

FALSTAFF.—Mentís, bellaco; es llevado al mesón del rey.

GADSHILL.—Hay bastante dinero para proveernos a todos.

FALSTAFF.—De la horca.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Señores, vosotros cuatro los aguardaréis en la angosta avenida. Ned, Poins y yo nos iremos más abajo. Si escapan de vuestro asalto, caerán en nuestra emboscada.

PETO.—¿Cuántos son?

GADSHILL.—Como unos ocho o diez.

FALSTAFF.—¡Voto va! ¿No serán ellos quienes nos roben?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Cómo! ¿Cobarde sir Juan Panza?

FALSTAFF.—En verdad que no soy Juan Flaco, por tu abuelo; pero tampoco ningún cobarde, Hal.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Bien; te someteremos a prueba.

POINS.—¡Bergante Juanito!, tu caballo está detrás del seto. Cuando lo necesites, allí lo encontrarás. Adiós, y sosteneos firmes.

FALSTAFF.—Ahora no puedo atacarle, aunque me colgaran.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

PRÍNCIPE ENRIQUE.—*(Aparte, a* POINS.*)* Ned, ¿dónde están nuestros disfraces?

POINS.—Aquí, muy cerca; alejémonos. *(Salen el* PRÍNCIPE ENRIQUE *y* POINS.*)*

FALSTAFF.—Ahora, dueños míos, que haya feliz suerte. Que cada uno haga su negocio.

Entran los Viajeros

VIAJERO 1.º—Venid, vecino; el muchacho hará descender la colina a nuestros caballos; nosotros la bajaremos mientras tanto a pie, y no nos debilitaremos las piernas.

LADRONES.—¡Alto ahí!

VIAJERO 2.º—¡Jesús nos bendiga!

FALSTAFF.—¡Golpeadlos! ¡Echadlos a tierra! ¡Cortadles el cuello a estos villanos! ¡Ah gusanos voraces! ¡Bellacos tocineros! ¡Nos odian a los jóvenes! ¡Tumbadlos! ¡Cogedles su lana!

VIAJERO 1.º—¡Oh, estamos perdidos para siempre, nosotros y los nuestros!

FALSTAFF.—¡Ahorcados seáis, pillos cebados! ¿Que estáis perdidos? ¡No, gruesos truhanes; yo quisiera que estuviesen aquí todos vuestros tesoros! ¡Marchad, lonjas de tocino, marchad! ¡Cómo! Granujas, ¿no se precisan las gentes jóvenes? Sois grandes jurados, ¿no es eso? Os haremos jurar bien, a fe mía. *(Aquí los roban y los amarran. Salen.)*

Vuelven a entrar el PRÍNCIPE ENRIQUE *y* POINS, *disfrazados*

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Los ladrones han atado a los buenos hombres. Si tú y yo pudiéramos robar a los ladrones y volvernos alegremente a Londres, tendríamos conversación para una semana, risa para un mes y gran broma para siempre.

POINS.—Separémonos. Los oigo que llegan. *(Se retiran.)*

Vuelven a entrar FALSTAFF, GADSHILL, BARDOLF *y* PETO

FALSTAFF.—Venid, maeses míos; repartámonos, y luego, a caballo antes del día. Y si el príncipe y Poins no son dos consumados cobardes, no hay equidad en el mundo. No hay más valor en ese Poins que en un pato silvestre. *(Cuando están en el reparto, el* PRÍNCIPE *y* POINS *se echan sobre ellos.)*

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Vuestro dinero!

POINS. — ¡Villanos! (GADSHILL, BARDOLF, PETO *y* FALSTAFF, *después de uno o dos golpes contra éste, huyen, dejando el botín tras ellos.)*

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Ganado con gran facilidad. Ahora, a caballo alegremente. Los ladrones están dispersos y poseídos de un terror tan grande, que no se atreven a acercarse los unos a los otros. Cada cual toma a su camarada por un oficial de Justicia. Vayamos, buen Ned. Falstaff suda de muerte, y rocía la seca tierra a medida que avanza. Si ello no fuera para reir, le tendría compasión.

POINS.—¡Cómo rugía el bellaco! *(Salen.)*

ESCENA III

Warkworth.—Aposento del castillo

Entra HOTSPUR *leyendo una carta*

HOTSPUR.—«... Pero, por mi parte, milord, estaría muy contento de hallarme allí, en virtud del cariño que guardo a vuestra casa...» Estaría muy contento... ¿Por qué no lo está, entonces? En virtud del cariño que guarda a nuestra casa. En esto muestra que quiere más a su propia granja que a nuestra casa. Veamos aún algunas frases. «La empresa a que os lanzáis es peligrosa...» ¡Pardiez! Eso es cierto. Es peligroso tomar frío, dormir, beber; pero yo os digo, milord idiota, que es en este matorral, el peligro, donde cogeremos esta flor, la seguridad. «La empresa a que os lanzáis es peligrosa; los amigos que habéis nombrado son inseguros; el momento mismo está mal escogido, y vuestro plan entero, demasiado flojo para contrarrestar tan gran oposición...» ¿Opináis así, opi-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

náis así? Bien; os repito que sois un insípido, atrasado y cobarde y que mentís. ¡Qué carencia de meollo! Por Dios, que nuestro plan es tan bueno como no se haya jamás forzado; nuestros amigos son sinceros y determinados; buen plan, buenos amigos, y llenos de esperanza; un plan excelente, muy buenos amigos. ¡Qué pícaro de helado corazón es éste! ¿Cómo? Milord de York aprueba el proyecto y plan general de acción. ¡Juro a Dios! Si estuviese ahora cerca de ese bribón, le machacaría los sesos con el abanico de su mujer. ¿No están en el complot mi padre, mi tío, y no estoy yo mismo? ¿Y lord Edmundo Mortimer, milord de York, y Ower Glendower? ¿No están, además, los Douglas? ¿No tengo yo todas sus cartas en las que dicen que se me unirán en armas el nueve del próximo? ¿Y no hay algunos de ellos que están en marcha ya? ¡Cuán canalla pagano es éste! ¡Cuán infiel! ¡Ah! Vais a ver ahora cómo en la misma sinceridad de su temor y de su acobardado corazón irá al rey a descubrirle nuestros proyectos. ¡Oh! Quisiera desdoblarme y darme de cachetes por haber propuesto a ese tarro de leche desnatada tan honorable empresa. ¡Que lo ahorquen! ¡Que vaya a decírselo al rey! Nosotros estamos dispuestos. Yo marcharé esta noche.

Entra LADI PERCY

HOTSPUR. Hola, Cata; es preciso que os deje de aquí a dos horas.

LADI PERCY. ¡Oh! Buen señor mío, ¿por qué estáis tan solo? ¿Por qué ofensa ha sido esta quincena una mujer desterrada del lecho de mi Harry? Dime, dulce dueño mío: ¿qué es lo que te quita el apetito, el placer y el dorado sueño? ¿Por qué bajas los ojos hacia el suelo y te estremeces tan a menudo cuando estás solo? ¿Por qué tus mejillas han perdido su frescura, y por qué te das tú, mi tesoro y mi bien legítimo, al desvarío de las vagas miradas y a la maldita melancolía? Yo he velado cerca de ti durante tus breves sueños, y te he oído murmurar historias de guerras feroces y hablar en términos de equitación a tu corcel saltarín; gritar: «¡Valor! ¡Adelante!» Luego has hablado de salidas y de retiradas, de trincheras, de tiendas, de empalizadas, de fortalezas, de parapetos, de basiliscos, de cañones, de culebrinas, de prisioneros rescatados y soldados muertos, y de todos los episodios ordinarios de una lucha empeñada. Tu espíritu estaba de tal modo en guerra dentro de ti, y tan fuertemente sacudido te hallabas durante el sueño, que de tu frente caían rosarios de gotas de sudor, como aparecen las burbujas en una corriente recién removida; y sobre tu rostro se reflejaban extrañas impresiones, tales como cuando contenemos nuestra respiración por algún mandato repentino. ¡Oh! ¿Qué presagios son éstos? Algún grave asunto tiene entre manos mi dueño, y es menester que yo lo conozca, o, de lo contrario, no me ama.

HOTSPUR.—¡Hola! ¡Eh!

Entra un CRIADO

¿Ha partido Gilliams con el paquete?

CRIADO.—Sí, milord; hace una hora.

HOTSPUR.—¿Ha traído Butler los caballos de casa del sheriff?

CRIADO.—Acaba de traer un caballo hace un instante.

HOTSPUR.—¿Qué caballo? Un ruano desorejado, ¿no?

CRIADO.—Sí, milord.

HOTSPUR.—Ese ruano será mi trono. Quiero montarlo inmediatamente. ¡Oh *Espérance!* (1). Ordena a Butler que lo lleve al parque. *(Sale el* CRIADO.)

LADI PERCY.—Pero escúchame, milord.

HOTSPUR.—¿Qué dices, miladi?

LADI PERCY.—¿Qué es lo que os aparta de aquí?

(1) En francés, en el texto. Era la divisa de la casa Percy, usada como grito de combate.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

HOTSPUR.— ¡Vaya! Mi caballo, amor mío..., mi caballo.

LADI PERCY.— ¡Huy! ¡Mono, cabeza loca! Una veleta no tiene mayor inquietud que la que te agita a ti. A fe, que deseo conocer el asunto, Harry... Tengo miedo de que mi hermano Mortimer no se mueva por sus derechos y no os haya hecho ligaros a él en su empresa. Pero si vais...

HOTSPUR.—Tan lejos, a pie, me aburriría, amor.

LADI PERCY.—Vamos, vamos, paraquito, respondedme directamente a la pregunta que os voy a hacer. A fe, que voy a romperte el dedo meñique si no quieres decirme la verdad.

HOTSPUR. — ¡Fuera, fuera, frívola!... ¡Amarte!... No te amo, no me importas, Cata. No es ninguna cosa del otro mundo jugar a las muñecas y hacer mohines con los labios. Vamos a tener las narices ensangrentadas y las cabezas rotas, y haremos con ellos igual por nuestra parte. ¡Gran Dios! ¡Mi caballo! ¿Qué dices, Cata? ¿Qué me querías?

LADI PERCY.—No me amáis, ¿verdad? Bien; pero no hagáis eso, pues si no me amáis, no me amaré a mí misma. ¿No me amáis? No; decidme si habláis en broma o no.

HOTSPUR.—Vamos, ¿quieres verme partir? Cuando esté a caballo, te juraré que te amo infinitamente. Pero escúchame, Cata: no quiero que me interrogues más para saber adónde voy o que me hagas razonamientos. Voy a donde debo, a donde debo. Y, para concluir, esta noche es preciso que te abandone, gentil Cata. Sé que eres prudente; pero, no obstante, toda tu prudencia no va más allá que la de la esposa de Harry Percy. Sé que eres constante; pero, sin embargo, eres mujer. Y en cuanto a tu discreción, no más estricta que la de una dama, porque creo que no contarás lo que no sepas: he ahí hasta dónde llegará mi confianza en ti, gentil Cata.

LADI PERCY.—¿Cómo? ¿No más lejos que eso?

HOTSPUR.—Ni una pulgada más allá. Pero escúchame, Cata: allí donde voy iréis también. Hoy soy el que parte; mañana seréis vos. ¿Os satisface esto, Cata?

LADI PERCY. — Hay que hacerlo por fuerza. *(Salen.)*

ESCENA IV

Eastcheap. Aposento en la taberna de la Cabeza del Jabalí

Entran el PRÍNCIPE ENRIQUE *y* POINS.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Por favor, Ned: sal de esta sucia habitación y ven a ayudarme a reír un poco.

POINS.—¿Dónde has ido, Hal?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Con tres o cuatro imbéciles, en medio de sesenta u ochenta toneles. He tocado la cuerda más baja de la humildad. Pillo, soy el hermano jurado y puedo llamar a todos por sus nombres de pila, como Tomasito, Ricardito y Francisco. Declaran ya por su salvación que, aunque sea sólo príncipe de Gales, soy, sin embargo, el rey de la cortesía, y me dicen halagadoramente que no soy un Juanito orgulloso, como Falstaff, sino un corintio, un mozo de corazón, un buen muchacho (por Dios, que así me llaman), y que cuando sea rey de Inglaterra podré mandar a todos los buenos mozos de Eastcheap. Llaman al beber hondo «teñirse de escarlata» y, cuando respiráis al regaros el gaznate, gritan *hem!* y os invitan a libar de un trago. Para concluir: he hecho tales progresos en un cuarto de hora, que puedo trasegar desde ahora durante toda mi vida con no importa qué caldero, hablando su propio lenguaje. Te aseguro, Ned, que has perdido mucho honor con no haber estado conmigo en esta sesión. Pero, dulce Ned..., para endulzar el nombre de Ned, te regalo este penique de azúcar que me fué puesto en la mano hace un momento por un mozo de bodega, un hombre que en su vida ha pronunciado otras frases inglesas

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

que éstas: «Ocho chelines y seis peniques» y «Sed bien venidos», con esta adición chillona: «¡Al instante, al instante, señor!» «Medid una pinta de bastardo (1) en la Media Luna», u otras cosas semejantes. Pero, Ned, para pasar el rato hasta que viene Falstaff, estate en algún cuarto de al lado, mientras voy a interrogar a mi necio mozo para saber con qué objeto me ha dado este trozo de azúcar, y no dejes de llamar en todo el tiempo: «¡Francisco!», para que en su charla no pueda decir más que «¡Al instante!» Dirígete hacia ese lado, que yo te enseñaré la manera.

POINS.—¡Francisco!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Perfectamente.

POINS.—¡Francisco! *(Sale* POINS.)

Entra FRANCISCO

FRANCISCO.—¡Al instante, al instante, señor! Echad un vistazo a la sala de la Granada, Ralf.

PRÍNCIPE ENRIQUE. Ven aquí, Francisco.

FRANCISCO.—¿Milord?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Cuánto tiempo llevas sirviendo, Francisco?

FRANCISCO. — Cinco años, a fe; tanto como...

POINS.—*(Dentro.)* ¡Francisco!

FRANCISCO.—¡Al instante, al instante, señor!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Cinco años! ¡Por la Virgen! Es un largo plazo para batir el peltre. Pero, Francisco, ¿podrías ser lo bastante valiente para hacerte el miedoso con tu amo, enseñarle los talones y huir de él?

FRANCISCO.—¡Oh Dios! Señor, juraría sobre todos los libros de Inglaterra que podría hallar en mi corazón...

POINS.—*(Dentro.)* ¡Francisco!

FRANCISCO.—¡Al instante, al instante, señor!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Qué edad tienes, Francisco?

FRANCISCO. — Dejadme ver. Hacia San Miguel próximo tendré...

POINS.—*(Dentro.)* ¡Francisco!

FRANCISCO.—¡Al instante, señor!... Os ruego que esperéis un poco, milord.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Bien; pero óyeme, Francisco: el azúcar que me diste,.. valía como un penique, ¿no es cierto?

FRANCISCO.—¡Oh Dios! Señor, hubiera querido que valiese dos.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Te daré por ella mil libras. Pídemelas cuando quieras y las tendrás.

POINS.—*(Dentro.)* ¡Francisco!

FRANCISCO. — ¡Al momento, al momento!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Al momento, Francisco? No, Francisco, sino mañana: o el jueves, Francisco; o, verdaderamente, Francisco, cuando tú quieras. Pero, Francisco...

FRANCISCO.—¿Milord?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Te atreverías a robar este jubón de cuero, estos botones de cristal, esta cabeza rapada, este anillo de ágata, estas medias de color de vomitado, estas ligas de jerguilla de lana, esta lengua melosa, esta panza española?...

FRANCISCO.—¡Oh! ¡Dios! Señor, ¿qué queréis decir?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Bien; ya veo que vuestro tinto bastardo es vuestro único vino; porque, mirad, Francisco, vuestro jubón de tela blanca se ensuciará. En Berbería, señor, no resulta eso tan caro.

FRANCISCO.—¿Cómo, señor?

POINS.—*(Dentro.)* ¡Francisco!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Anda ya, bergante! ¿No oyes que te llaman? *(Aquí* POINS *y el* PRÍNCIPE *le llaman a la vez;* FRANCISCO *se detiene aturdido, sin saber qué partido tomar.)*

Entra el TABERNERO

TABERNERO. — ¡Cómo! ¿Escuchas llamar de esa manera y no te mueves? Ve a ver lo que desean los huéspedes de dentro. *(Sale* FRANCISCO.) Milord, el vie-

(1) *Bastard,* en el texto. El *bastardo* era un vino español, dulce, parecido al moscatel.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

jo sir Juan, con media docena más, está a la puerta. ¿Los dejaré entrar?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Hazles esperar un momento, y después ábreles la puerta. *(Sale el* TABERNERO.) ¡Poins!

Vuelve a entrar POINS

POINS.—¡Al instante, al instante, señor!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Pícaro, Falstaff y los demás ladrones están a la puerta. ¿Nos pondremos alegres?

POINS.—Tan alegres como grillos, muchacho. Pero, óyeme: ¿qué intento de burla te has propuesto hacer con la broma del cementerio? Veamos. ¿Cuál ha sido el resultado?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Soy ahora capaz de todas las burlas que se hayan podido llamar burlas desde los viejos tiempos del buen hombre Adán hasta la infantil edad del presente día, a las doce de la noche... (FRANCISCO *cruza la escena con vino.)* ¿Qué hora es, Francisco?

FRANCISCO.—¡Al instante, al instante, señor!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Que este individuo tenga siempre menos palabras que un loro y, sin embargo, sea hijo de mujer! Toda su industria es subir y bajar escaleras. Toda su elocuencia, el total de una cuenta. No tengo aún el humor de Percy, el Hotspur del Norte, que me mata seis o siete docenas de escoceses antes del desayuno, se lava las manos y dice a su esposa: «¡Qué asco de vida ésta tan tranquila! ¡Necesito trabajar!» «¡Oh mi dulce Harry!—le dice ella—. ¿Cuántos has matado hoy?» «Dale de abrevar a mi caballo *ruano*», responde él primero, y luego, pasada una hora, añade: «Como unos catorce. Una bagatela, una bagatela.» Te ruego que llames a Falstaff. Representaré el papel de Percy, y ese cochino condenado, el de Dama Mortimer, su esposa. «¡Rivo!» (1), como dice el borracho. Llama a ese tripudo, llama a esa bola de sebo.

Entran FALSTAFF, GADSHILL, BARDOLF *y* PETO

POINS.—Bien venido, Juanito. ¿Dónde has estado?

FALSTAFF.—¡Mala peste les caiga a todos los cobardes y la venganza de añadidura! ¡De veras! ¡Amén!..., digo yo... Dame un vaso de canarias, muchacho... Antes que llevar esta vida largo tiempo, preferiría coser calcetines y remendarlos y ponerles plantas también. ¡Mala peste a todos los cobardes! Dame un vaso de canarias, pillastre. ¿No hay virtud en la actualidad? *(Bebe.)*

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Has visto nunca a Titán besar una fuente de manteca, y la manteca, de corazón sensible, derretirse bajo las dulces caricias del sol? Si lo has visto, contémplame ahora ese fenómeno.

FALSTAFF.—¡Qué villano eres! También hay cal en el canarias. En el bellaco no se puede encontrar más que bellaquería. Sin embargo, un cobarde es peor que un vaso de canarias con cal, un repugnante cobarde... Sigue tu camino, viejo Juanito. Muere cuando quieras. Si la energía, la buena energía viril, no es cosa olvidada ahora sobre la faz de la tierra, entonces soy un arenque ahumado. No existen en Inglaterra tres hombres de bien que se hayan escapado de la horca; y uno de ellos es gordo y se hace viejo. ¡Dios nos proteja! Es un mundo malo el nuestro, digo. Querría ser tejedor. Podría cantar salmos u otra cosa. ¡Mala peste a todos los cobardes!, repito.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Qué decís, saco de lana? ¿Qué murmuráis?

FALSTAFF.—¡Un hijo del rey! ¡Si no te arrojo de tu reino con un puñal de madera y no empuño delante de mí a todos tus súbditos como un rebaño de

(1) Exclamación tabernaria. Onions sospecha que puede tener origen español. En efecto, la voz es castellana; pero ¿se tratará de *bribo*, o será, más bien, contraccion de *ribaldo*?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

gansos silvestres, que no lleve más pelos en la cara! ¡Vos, príncipe de Gales!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Por qué, hijo de puta, hombre circular, por qué razón?

FALSTAFF.—¿No sois un cobarde? Respondedme a eso. ¿Y Poins, que está allí?

POINS.—¡Voto va, gruesa panza, que, como me llames cobarde, por Dios que te estrangulo.

FALSTAFF.—¡Llamarte yo cobarde! Te veré condenado antes de llamarte cobarde; pero daría mil libras si pudiera correr tan aprisa como tú puedes. Tenéis las espaldas bastante anchas y no os preocupáis de los que os puedan ver detrás. ¿Llamáis a eso respaldar a vuestros amigos? ¡Maldito sea tal respaldado! Dame gentes que miren a la cara... Dame un vaso de canarias... Soy un bellaco, si bebí hoy.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Oh villano! Tus labios están aún por enjugar, desde la última vez que bebiste.

FALSTAFF.—¡Eso no importa! ¡Mala peste a los cobardes!, digo todavía. *(Bebe.)*

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Qué pasa?

FALSTAFF.—¡Qué pasa! Que cuatro de nosotros cogimos un millar de libras esta mañana.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Dónde está ese dinero, Juanito, dónde está?

FALSTAFF.—¿Dónde está? Nos lo han arrebatado. Cien hombres han caído sobre los cuatro infelices de nosotros.

PRNÍCIPE ENRIQUE.—¿Cómo? ¿Un centenar, hombre?

FALSTAFF.—Soy un ruin, si no estuve cruzando mi espada con una docena de ellos durante dos horas. He escapado por milagro. Recibí ocho golpes en el jubón, cuatro en las calzas. Mi escudo está atravesado de parte a parte. Mi espada, mellada como una sierra de mano. «Ecce signum!» Jamás me he portado mejor desde que soy hombre. Todo ha sido inútil. ¡Mala peste a todos los cobardes! Que hablen. Si tuercen más o menos la verdad, son bellacos o hijos de las sombras.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Hablad, señores. ¿Cómo fué ello?

GADSHILL.—Nosotros cuatro caímos como sobre una docena...

FALSTAFF.—Dieciséis, por lo menos, milord.

GADSHILL.—Y los amarramos.

PETO.—No, no; no fueron amarrados.

FALSTAFF.—¡Bergante! Fueron amarrados todos sin excepción, o, de lo contrario, soy un judío, un hebreo judío.

GADSHILL.—Y cuando estábamos en el reparto, como unos seis o siete cayeron sobre nosotros.

FALSTAFF.—Y han desatado a los restantes, *que se les unieron entonces.*

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Cómo! ¿Y luchasteis contra todos ellos?

FALSTAFF.—¡Todos! No sé a lo que llamaréis todos; pero si no he combatido con cincuenta de ellos, soy un manojo de rábanos. Si no hubo cincuenta y dos o cincuenta y tres contra el pobre viejo Juanito, no soy una criatura de dos piernas.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Rogad a Dios no hayáis matado a alguno.

FALSTAFF.—No; ya es tarde para ruegos. Les he atizado a dos; a dos estoy seguro de haberlos pegado..., dos bribones con traje de bocací. Te digo verdad, Hal...; si te digo mentira, escúpeme a la cara y pide mi caballo. Tú conoces mi antigua guardia...; me puse como estoy aquí y dirigí así mi punta. Cuatro granujas en bocací se lanzaron sobre mí...

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Cómo cuatro? ¿No decías que dos hace un momento?

FALSTAFF.—Cuatro, Hal; te digo que cuatro.

POINS.—Sí, sí; dijo cuatro.

FALSTAFF.—Estos cuatro vinieron de frente, y de modo principal me atacaron a mí. Yo no me desconcerté en absoluto y recibí los siete golpes en mi escudo, así.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Siete? ¿Cómo? No eran sino cuatro hace un instante.

FALSTAFF.—¿En bocací?

POINS. — Sí; cuatro con traje de bocací.

FALSTAFF.—Siete, por el puño de esta espada, o soy un bellaco más.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Déjale continuar, te ruego. Tendremos más en seguida.

FALSTAFF.—¿Me oyes, Hal?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Sí, Juanito, y te veo también.

FALSTAFF.—Haces bien, pues esto vale la pena de ser escuchado. Los nueve individuos en bocací de que hablaba...

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Bueno, dos más ya...

FALSTAFF.—Al ver rotas sus puntas...

POINS.—Se les cayeron las calzas.

FALSTAFF. — Comenzaron a cederme terreno; pero yo los estreché de cerca, los acorralé, y en un instante les di su merecido a siete de los once.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Oh prodigio! ¡Dos individuos en bocací que se han convertido en once!

FALSTAFF.—Pero como si el diablo se hubiese mezclado en ello, tres astutos pícaros de verde Kendal vinieron por mi espalda y se arrojaron sobre mí, porque estaba tan oscuro, Hal, que no podías ver ni tu propia mano.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Esas mentiras se parecen al padre que las engendra...; gordas como montañas, descaradas, palpables. ¿Cómo, montón de tripas con sesos de barro, tonto de cerebro vacío, hijo de puta, lujurioso, enorme bola de sebo...?

FALSTAFF. — ¡Cómo! ¿Estás loco, estás loco? ¿Es que la verdad no es la verdad?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Cómo, pues, pudiste reconocer que esos individuos iban vestidos de verde Kendal, si estaba tan oscuro y no podías ver tu mano? Venga, explícanos la razón. ¿Qué dices a esto?

POINS.—Vengan vuestras razones, Juanito..., vuestras razones.

FALSTAFF. — ¿Cómo? ¿Con violencia? ¡Voto a Dios!, aunque estuviese en la estrapada o en todos los suplicios del mundo, nunca diría nada bajo la violencia. ¡Dar razones por la violencia! Aunque hubiera pruebas tan abundantes como las zarzamoras, nadie me podría forzar a dar ni una sola por la violencia.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—No quiero cometer ese pecado más tiempo. Este cobarde desvergonzado, este aplastador de camas, este reventador de lomos de caballo, este enorme cerro de carne...

FALSTAFF. — ¡Basta, hambriento, piel de anguila, lengua de vaca ahumada, nervio de toro, sardina seca! ¡Oh, si el aliento no me faltara para decirte a lo que te asemejas, yarda de sastre, vaina, carcaj de flechas, vil florerito en pie!...

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Bien; respira un poco y luego prosigue, y cuando te hayas cansado de groseras comparaciones, escúchame sólo esto.

POINS.—¡Atiende, Juanito!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Nosotros dos os vimos a vosotros cuatro arrojados sobre otros cuatro; los amarrasteis y os hicisteis dueños de su dinero... Observad ahora cómo un sencillo relato os desmentirá... Entonces nosotros caímos sobre vosotros cuatro, y, en una palabra, os despojamos de vuestro botín y lo tenemos. Sí, y podemos enseñároslo aquí, en esta casa. Y vos, Falstaff, habéis acarreado vuestras tripas listamente y con la mayor celeridad, y habéis mugido pidiendo gracia, y corríais y mugíais como jamás oí a un becerro. ¿Qué bribón eres para haber mellado tu espada como has hecho y luego decir que fué combatiendo? ¿Qué invención, qué subterfugio, qué escapatoria puedes encontrar ahora para sustraerte a esta vergüenza abierta y declarada?

POINS.—Veamos; te escuchamos, Juanito. ¿Qué embuste tienes que contarnos ahora?

FALSTAFF.—¡Por Dios bendito! Os he reconocido tan bien como el que os ha engendrado. Por tanto, atended, dueños míos. ¿Hubiera estado bien que matara

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

al presunto heredero? ¿Debía revolverme contra el príncipe legítimo? ¡Pardiez! Yo sé que soy valiente como un hércules; pero observad el instinto: jamás un león tocará a un verdadero príncipe. El instinto es una gran cosa; he sido cobarde por instinto. Por ello no pensaré sino mejor de ti y de mi durante mi vida: de mí, como un león; de ti, como un verdadero príncipe. Pero, ¡muchacho, por el Señor, me siento feliz con que tengáis el dinero! *(A la* POSADERA, *dentro.)* ¡Posadera, cerrad las puertas; vigilad esta noche; dejad los rezos para mañana!... ¡Galanes, mozos, muchachos, corazones de oro! ¡Que todos los títulos de la buena camaradería os sean dados! ¿Qué, vamos a divertirnos? ¿Vamos a representar inmediatamente una pieza?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Aceptado... Y el argumento será tu huída.

FALSTAFF. ¡Ah! Si me quieres, Hal, no hablemos más de eso.

Entra MISTRESS QUICKLY

QUICKLY.—¡Oh Jesús, mi señor el príncipe!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Qué hay, mi señora hostelera? ¿Qué tienes que decir?

QUICKLY.—¡Diantre! Mi señor, hay a la puerta un noble caballero de la Corte que desearía hablar con vos. Dice que viene de parte de vuestro padre.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Dadle lo que falte para completar un real caballero y devolvedlo a mi madre.

FALSTAFF.—¿Qué clase de hombre es?

QUICKLY.—Un viejo.

FALSTAFF.—¿Qué irá a hacer la seriedad fuera de su lecho a medianoche? ¿Voy a darle la respuesta?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Sí; ve, te lo ruego, Juanito.

FALSTAFF.—A fe que le daré el encargo. *(Sale.)*

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Ahora, señores..., ¡por la Virgen!..., os habéis batido bien..., os habéis batido bien, Peto; os habéis batido bien, Bardolf; vosotros también sois leones, os habéis salvado por instinto, no habríais querido tocar a un verdadero príncipe, no...; ¡quitad allá!

BARDOLF.—Por mi fe, que corrí cuando vi correr a los otros.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Respóndeme ahora con toda veracidad: ¿cómo se ha mellado tanto la espada de Falstaff?

PETO.—¡Diablo! La ha mellado con su puñal. Ha dicho que haría que la verdad huyese de Inglaterra o que conseguiría haceros creer que su espada había sido mellada en la lucha, y nos aconsejó hacer lo mismo.

BARDOLF.—Sí, frotarnos las narices con hierbas punzantes, para hacernos sangre con ellas; manchurrear nuestros trajes con esta sangre, y jurar que era sangre de verdaderos hombres. Me ha pasado lo que me pasaba hace siete años: me he ruborizado al escuchar sus espantosas trapacerías.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Oh villano! Robaste un vaso de canarias hace dieciocho años; fuiste cogido en el garlito, y desde entonces te ruborizas siempre en seguida. ¡Tenías contigo fuego y espada, y, sin embargo, huiste! ¿Qué instinto te impulsó a ello?

BARDOLF.—*(Apuntando a su cara.)* Mi señor, ¿veis estos meteoros? ¿Contempláis estas exhalaciones?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Sí.

BARDOLF.—¿Qué pensáis que indican?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Hígado ardiendo y bolsas heladas.

BARDOLF.—La cólera, mi señor, si se sabe interpretar bien.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—No; es la soga, si no se interpreta mal. He aquí que viene el hueso descarnado.

Vuelve a entrar FALSTAFF

¡Hola, mi dulce criatura llena de estopas! ¿Cuánto hace que no te has visto las rodillas, Juanito?

FALSTAFF. ¡Mis rodillas! Cuando no

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

tenía más que tu edad, no era de contextura más gruesa que una pata de águila; habría pasado por la sortija del dedo gordo de un regidor. ¡Malditos sean los disgustos y las desgracias! Hinchan a un hombre como a una vejiga. Hay malas noticias de fuera. Sir John Bracy ha estado aquí de parte de vuestro padre. Tenéis que ir a la Corte mañana. Ese individuo, verdadero loco del Norte, Percy, y el de Gales, el que dió la paliza a Amaimon e hizo cornudo a Lucifer y obligó al diablo a ser vasallo suyo sobre la cruz de una partesana galesa..., ¿cómo, ¡mala peste!, le llamáis vos?

POINS.—¡Owen Glendower!

FALSTAFF.—Owen, Owen..., el mismo, y su yerno Mortimer, y el viejo Northumberland, y ese escocés, el más avispado de los escoceses, Douglas, que escala a caballo una cuesta vertical...

PRÍNCIPE ENRIQUE.—El que corriendo a todo galope mata a un gorrión al vuelo con su pistola.

FALSTAFF.—Habéis estado certero.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Más certero que ha estado él nunca con los gorriones.

FALSTAFF.—Bueno; ese bribón tiene mucho valor; no correrá.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Pero ¿qué bribón eres tú de alabarle por correr tanto?

FALSTAFF.—A caballo, cuclillo; que a pie no se moverá una yarda.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Sí, Juanito, por instinto.

FALSTAFF.—Por instinto, te lo concedo. Bueno. También está con él un tal Mordake y mil gorros azules más; Worcester se ha escabullido; la barba de tu padre se volvió blanca al saber estas noticias. Ahora podéis comprar la tierra tan barata como la caballa podrida.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Bah! Bien; es igual. Si tenemos un mes de junio cálido y estas discordias duran, compraremos las doncelleces como se compran los clavos gruesos, por cientos.

FALSTAFF.—¡Por la misa! Dices verdad, muchacho. Es probable que tengamos un comercio fácil por ese lado. Pero dime, Hal, ¿no estás horriblement atemorizado? Tú, el presunto heredero ¿podías encontrar en el mundo tres enemigos comparables al demonio: Douglas, el fantasma Percy y el diablo Glendower? ¿No estás atrozmente asustado? ¿No se te hiela la sangre?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Ni pizca, por mi fe; me falta un poco de tu instinto.

FALSTAFF.—Bueno; vas a ser horrorosamente reñido mañana cuando estés en presencia de tu padre. Si me quieres, prepara bien la respuesta.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Bien; haz el papel y examínate acerca de los actos de mi vida.

FALSTAFF. ¿Es necesario? Convenido. Esta silla será mi trono, este puñal mi cetro y este cojín mi corona.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Tu trono va a ser un taburete, tu dorado cetro una daga de plomo, y tu preciada rica corona, la lastimosa corona de un cráneo calvo.

FALSTAFF.—Bueno; si el fuego de la gracia no está completamente extinguido en ti, te vas a impresionar al momento. Dame una copa de canarias para enrojecerme los ojos, a fin de que pueda creerse que he llorado, porque es menester que hable con pasión y voy a hacerlo al estilo del rey Cambises (1). *(Bebe.)*

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Bien; he aquí mi genuflexión. *(Hace una reverencia.)*

FALSTAFF.—Y he aquí mi discurso... ¡Retiraos, nobles señores!

QUICKLY.—¡Oh Jesús, qué bella farsa, por mi fe!

FALSTAFF.—No lloréis, dulce reina; porque los torrentes de lágrimas son inútiles.

QUICKLY.—¡Oh el padre, cómo guarda la seriedad!

FALSTAFF.—¡Por el amor de Dios, lores! Traedme a mi triste reina, porque las lágrimas obstruyen las esclusas de sus ojos.

(1) Alusión a la obra *King Cambyses, lamentable tragedy...*, de Thomas Preston (1569-1570).

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

QUICKLY.—¡Oh Jesús, y que lo hace tan bien como uno de esos putos comediantes que yo he visto!

FALSTAFF.—Silencio, mi buena medidora, mi buena alegracerebros... Harry: no solamente me extraño de los sitios en que pierdes el tiempo, sino de los compañeros que tienes; porque si la manzanilla crece más copiosa cuanto más se la pisotea, la juventud, en cambio, no pasa más pronto cuanto más pronto se abusa de ella. Para creer que eres mi hijo, tengo de un lado la palabra de tu madre y de otro mi propia convicción; pero tengo, sobre todo, para cerciorarme de ello, una manera pícara de guiñar los ojos y cierta forma estúpida de dejar caer el labio inferior. Así, pues, si eres mi hijo, he aquí el punto grave: ¿por qué, siendo mi hijo, te has señalado tanto? El bendito sol del cielo ¿debe ser un vagabundo y nutrirse de zarzamoras? Esta es una pregunta que no debiera tener que hacer. ¿El hijo del rey de Inglaterra debe ser un ladrón y un tomador de bolsas? Esta es una pregunta que no debiera tenerse que hacer. Hay una cosa, Harry, de la cual has oído hablar con frecuencia y que es conocida de muchos en nuestra tierra por el nombre de brea; esta brea ensucia según lo indican ya antiguos escritores; así ocurre con las compañías que tienes; porque, Harry, ahora no te hablo embriagado, sino con lágrimas; no con alegría, sino con tristeza; no solamente con palabras, sino con gemidos, y, sin embargo, he notado que hay un hombre virtuoso en tu compañía, pero no lo conozco.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Qué clase de hombre quiere decir Vuestra Majestad?

FALSTAFF. — Un hombre de bonísima apariencia, a fe mía, y corpulento, de aspecto jovial, ojos alegres y del más noble porte, cuya edad, según pienso, debe de frisar en los cincuenta años, o, ¡por la Virgen!, inclinarse hacia la sesentena. Y ahora que me acuerdo: su nombre es Falstaff. Si este hombre fuere dado al libertinaje, bien me engañaría; porque, Harry, veo la virtud en sus miradas. Si, por tanto, el árbol debe ser reconocido por su fruto como el fruto por el árbol, te digo entonces rotundamente que hay virtud en ese Falstaff. Consérvalo y despide a los restantes. Y dime ahora tú, mala pieza, dime: ¿dónde has estado este mes?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Es que hablas como rey? Haz mi personaje y yo representaré a mi padre.

FALSTAFF.—¿Desposeerme? Si lo representas la mitad de lo grave y de lo respetuosamente que yo, tanto en palabras como en ademanes, que me cuelguen por los talones como a un conejo mamón o como a una liebre en una pollería.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Bueno; ya estoy en mi trono.

FALSTAFF.—Y yo estoy en pie... Juzgadme, maeses míos.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Hola, Harry! ¿De dónde venís?

FALSTAFF.—Mi noble señor, de Eastcheap.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Las quejas que he oído de ti son graves.

FALSTAFF.—¡Sangre de Cristo! Señor, son falsas... No, ¡pardiez! Voy a representaros a lo vivo un joven príncipe.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Es que juras, pícaro muchacho? En adelante no eleves más los ojos hasta mí. Te has apartado violentamente del honor; hay un diablo que te hechiza bajo la figura de un hombre gordo, un hombre tonel, que es tu compañero. ¿Por qué conversas con ese baúl de bufonadas, ese arca cerrada de bestialidades, ese fardo hinchado de hidropesía, esa enorme bombarda de Canarias, portamantas de tripas, ese buey asado de Manningtree, con el budín en el vientre; ese Vicio venerable, esa Iniquidad de cabellos grises, ese rufián paternal, esa vanidad entrada en años? ¿Para qué sirve sino para saborear el canarias y tragarlo? ¿En dónde tiene la limpieza y la pulcritud, salvo cuando

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

trincha un capón y se lo come? ¿En qué es hábil sino en el engaño? ¿En qué es astuto sino en las bellaquerías? ¿En qué es bellaco sino en todas las cosas? ¿En qué es el hombre digno sino en nada?

FALSTAFF.—Quisiera que Vuestra Gracia me permitiese comprenderlo. ¿A quién quiere designar Vuestra Gracia?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—A ese villano, a ese abominable corruptor de la juventud, a ese viejo Satán de barba bianca, Falstaff.

FALSTAFF.—Milord, conozco a ese hombre.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Sé que lo conoces.

FALSTAFF.—Pero decir que conozco en él más mal que en mí mismo sería decir más de lo que sé. Que sea viejo (lo más lamentable), sus cabellos blancos lo atestiguan; pero que sea (salvando vuestros respetos) un putanero, eso lo niego rotundamente. Si el canarias con azúcar es un defecto, ¡que Dios perdone al miserable! Si el ser viejo y alegre es un pecado, entonces se ha de condenar más de un viejo compadre que conozco; si el ser gordo es ser odioso, entonces las vacas flacas de Faraón son adorables. No, mi buen señor; despedid a Peto, despedid a Bardolf, despedid a Poins; pero en cuanto al dulce Juanito Falstaff, el valiente Juanito Falstaff, que es tanto más valiente cuanto es el viejo Juanito Falstaff, no lo despidas de la compañía de tu Enrique. Despedir al gordo Juanito es para mí despedir al mundo entero.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Lo quiero, lo ordeno. (*Llaman a la puerta. Salen* MISTRESS QUICKLY, FRANCISCO *y* BARDOLF.)

Vuelve a entrar BARDOLF, *corriendo*

BARDOLF.—¡Oh mi señor, mi señor! El sheriff, con la más enorme escolta, está a la puerta.

FALSTAFF.—¡Fuera de ahí, granuja!... ¡Acabemos la farsa!... Tengo mucho que decir en favor de ese Falstaff.

Vuelve a entrar MISTRESS QUICKLY

QUICKLY. — ¡Oh Jesús, milord, milord!...

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Hurra, hurra!... El diablo cabalga sobre un arco de violín. ¿Qué ocurre?

QUICKLY.—El sheriff, con toda su guardia, está a la puerta. Ha venido a registrar la casa. ¿Le dejaré entrar?

FALSTAFF.—¿Lo oyes, Hal? Jamás llames a una verdadera pieza de oro pieza falsa. Estás completamente loco sin parecerlo.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Y tú eres un cobarde natural sin instinto de ello.

FALSTAFF.—Niego vuestra *maior;* si os negáis al sheriff, igual digo; y si no, dejadlo entrar. Si yo no hago sobre la carrera tan buena figura como otro hombre, ¡que una plaga me lleve! Espero ser estrangulado con una soga tan pronto como otro cualquiera.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Ve y escóndete detrás del tapiz. Los demás, que se vayan arriba. Ahora, maeses míos, presentad buena apostura y buena conciencia.

FALSTAFF.—Ambas he tenido; pero su fecha pasó ya, y por eso voy a ocultarme. (*Salen todos, menos el* PRÍNCIPE *y* PETO.)

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Haced entrar al sheriff.

Entran el SHERIFF *y un* CARRETERO

Vamos a ver, señor sheriff, ¿qué me queréis?

SHERIFF.—Tened, primero, la bondad de perdonarme, señor. El clamor público ha perseguido a ciertos hombres hasta esta casa.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Qué hombres?

SHERIFF.—Uno de ellos es muy conocido, mi gracioso señor; un corpulento hombre graso.

CARRETERO.—Tan graso como la manteca.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—El hombre os aseguro que no está aquí, porque le he en-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

cargado en este momento de una comisión. Sheriff, te doy mi palabra que mañana, a la hora de cenar, te lo enviaré, así como a cualquier otro, para que responda a todas aquellas cosas de que sea acusado; y ahora permitidme que os invite a abandonar la casa.

SHERIFF.—Es lo que voy a hacer, mi señor. Hay dos caballeros que en este robo perdieron trescientos marcos.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Es posible; si ha robado a esos hombres, saldrá responsable. Y ahora, adiós.

SHERIFF.—Buenas noches, mi noble señor.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Pienso que son buenos días, ¿no es así?

SHERIFF. — Verdaderamente, milord; creo que son las dos. *(Salen el* SHERIFF *y el* CARRETERO.)

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Este canalla pringoso es tan conocido como la catedral de San Pablo. Ve y hazlo salir.

PETO.—¡Falstaff! Se ha dormido por completo detrás del tapiz y ronca como un caballo.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Escucha con cuánto esfuerzo respira. Regístrale los bolsillos. *(Registra los bolsillos y halla algunos papeles.)* ¿Qué has encontrado?

PETO.—Nada más que papeles, mi señor.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Veamos qué papeles son ésos; leélos.

PETO.—«Item, un capón, dos chelines, dos peniques. Item, salsa, cuatro peniques. Item, vino canario, dos galeones, cinco chelines, ocho peniques. Item, anchoas y vino canario después de la cena, dos chelines seis peniques. Item, pan, medio penique.»

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Es monstruoso! ¡Nada más que medio penique de pan para esa intolerable cantidad de canarias! Los demás que hay, guárdalos; ya los leeremos con tiempo. Dejémoslo dormir hasta el día. Me presentaré mañana en la Corte. Todos debemos ir a la guerra, y tu puesto allí será honroso. Yo procuraré a este gordo truhán una plaza de infantería, y me imagino que una marcha de doce veintenas de yardas le acarreará la muerte. El dinero será devuelto con interés. Ven a buscarme temprano; y ahora, buenos días, Peto.

PETO.—Buenos días, mi buen señor. *(Salen.)*

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Bangor.—Aposento en la casa del archidiácono

Entran HOTSPUR, WORCESTER, MORTIMER *y* GLENDOWER

MORTIMER.—Las promesas son hermosas, los partidarios seguros, y nuestra entrada en campaña, llena de felices esperanzas.

HOTSPUR.—Lord Mortimer y vos, primo mío Glendower, ¿queréis sentaros? Y vos, tío Worcester... ¡Mala peste!... He olvidado el mapa.

GLENDOWER.—No, aquí está. Sentaos, primo Percy; sentaos, mi buen primo Hotspur, porque todas las veces que Lancaster habla de vos dándoos ese nombre, sus mejillas se ponen pálidas, y exhalando un suspiro, os desea el cielo.

HOTSPUR.—Y a vos el infierno, tantas veces como oye hablar de Owen Glendower.

GLENDOWER.—No puedo censurarle. En mi concepción, la bóveda del cielo estaba llena de formas incandescentes y de crucecitas inflamadas, y en mi nacimiento, la armazón y los cimientos de la tierra temblaron como un cobarde.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

HOTSPUR.—¡Pardiez! Eso es lo que hubiera ocurrido si la gata de vuestra madre, en aquel precioso momento, hubiese parido, aun cuando no hubieseis nacido vos.

GLENDOWER.—Te digo que la tierra tembló cuando yo nací.

HOTSPUR.—Y yo digo que la tierra no es de mi opinión, si suponéis que la tierra tembló porque os temía.

GLENDOWER.—Los cielos estaban todos ígneos; la tierra tembló.

HOTSPUR.—¡Oh! Entonces es que la tierra tembló de ver los cielos ígneos y no por temor a vuestra natividad. La Naturaleza enferma estalla con frecuencia en extrañas erupciones; a menudo, la tierra, de fértiles entrañas, es convulsionada y perturbada por una especie de cólico procedente del aprisionamiento de un aire indisciplinado dentro de su vientre; el cual, esforzándose por salir, sacude a la vieja señora tierra y echa abajo los campanarios y las torres reverdecidas de musgo. Cuando vuestro nacimiento, nuestra abuela tierra estaba trastornada por este desarreglo y se estremeció de dolores.

GLENDOWER.—Primo, a muchos hombres no les permito estas contradicciones. Dejadme que os diga de nuevo que en mi nacimiento la bóveda del cielo estaba llena de formas incandescentes; las cabras huyeron de los montes, y los rebaños lanzaron raros clamores en los alarmados campos. Estos signos me han señalado como un ser extraordinario, y todo en el curso de mi vida muestra que no soy de la parte de los hombres vulgares. ¿Dónde vive el hombre, dentro de la cintura del mar que rodea rugiente las orillas de Inglaterra, Escocia y País de Gales, que pueda llamarse su discípulo y jactarse de haberme enseñado? Y traed al ser viviente que, no siendo más que hijo de mujer, pueda seguirme por los difíciles senderos del arte y sostener la competencia conmigo en profundos experimentos.

HOTSPUR.—Creo que nadie habla mejor galés. Tengo ganas de comer.

MORTIMER.—¡Silencio! Primo Percy, lo vais a volver loco.

GLENDOWER.—Puedo llamar a los espíritus desde la vasta profundidad.

HOTSPUR.—¡Bah!, yo también puedo, y todo hombre puede; pero ¿vendrán cuando los llaméis?

GLENDOWER.—Puedo enseñarte, primo, a mandar al diablo.

HOTSPUR.—Y yo puedo enseñarte, primo, a avergonzar al diablo diciendo la verdad. «Decid la verdad y avergonzaréis al diablo.» Si tú tienes el poder de evocarlo, condúcelo aquí, y yo te juro que tendré el poder de despacharlo abochornado. ¡Oh! Mientras viváis, «decid la verdad y avergonzad al diablo».

MORTIMER.—Vamos, vamos, no sigamos esa charla infructuosa.

GLENDOWER.—Tres veces Enrique Bolingbroke ha desafiado mi poder, y tres veces lo he rechazado de las riberas de Wye y de las del lecho arenoso del Severne, a sus lares, descalzo y con la espalda azotada por la intemperie.

HOTSPUR.—¡A sus lares descalzo y con la espalda a la intemperie! ¡En nombre del diablo! ¿Cómo ha escapado, entonces, a las fiebres?

GLENDOWER.—Vamos, aquí está el mapa. ¿Dividiremos nuestro derecho conforme a nuestro convenio tripartito?

MORTIMER.—El archidiácono lo ha dividido igualmente en tres partes. Inglaterra, desde Trent y Severne hasta el sitio que estamos por el Sur y Este, es la parte a mí asignada; todo el oeste de Inglaterra y Gales, hasta más allá de las orillas del Severne, y toda la feraz tierra que está encerrada en estos límites pertenece a Owen Glendower; y a vos, mi querido primo, os corresponde el resto más allá del Trent. Extendida el acta de nuestro convenio tripartito, y una vez que haya sido irrevocablemente firmada, formalidad que puede ejecutarse esta noche, mi primo Percy, vos, yo y el buen milord de Worcester partiremos

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

para reunirnos, tal como lo hemos acordado, con vuestro padre y las fuerzas escocesas en Shrewsbury. Mi padre, Glendower, no está dispuesto todavía, y no tendremos necesidad de su ayuda en los catorce días próximos venideros. *(A* GLENDOWER.) En este lapso podéis reunir a vuestros colonos, vuestros amigos y a los caballeros vecinos.

GLENDOWER.—Me bastará menos tiempo para alcanzaros, y os llevaré a vuestras damas, de las cuales os es preciso escapar hoy sin despediros, pues sin eso habrá un diluvio universal de agua al separarnos de vuestras mujeres.

HOTSPUR.—Me parece que mi mitad, desde el norte de Burton hasta aquí, no iguala a la mitad de cada uno de vuestros lotes; ved cómo éste invade mi dominio en zigzag y me captura de lo mejor de mis tierras una enorme media luna, un pedazo espantoso. Haré poner un dique a la corriente en este sitio, y el plateado Trent correrá en un nuevo canal, hermoso y uniforme. No le permitiré describir serpenteando una curva tan grande que me robe tan rico fondo.

GLENDOWER. — ¿Qué no serpenteará? Serpenteará; debe hacerlo; ya veis que lo hace.

MORTIMER.—Sí; pero notad cómo continúa su curso al volver a mí con igual beneficio en el otro lado; quitando parte de lo mío, os toma de lo vuestro.

WORCESTER.—Sí; pero con poco gasto lo podéis cortar aquí y recobrar esta punta de terreno allí, al Norte, y entonces correrá derecho y unido.

HOTSPUR.—Quiero que corra así; pocos gastos bastarán.

GLENDOWER.—Yo no quiero que sea cambiado su curso.

HOTSPUR.—¿No queréis?

GLENDOWER.—No, y no lo haréis.

HOTSPUR.—¿Por qué me decís que no?

GLENDOWER.—Porque me place así.

HOTSPUR.—Entonces..., será que no os comprendo. Hablad en galés.

GLENDOWER.—Puedo hablar inglés tan bien como vos, milord, porque he sido educado en la Corte de Inglaterra, donde, cuando no era más que un joven, componía muy agradablemente más de una canción inglesa sobre el arpa y le daba al lenguaje un provechoso ornamento, habilidad que jamás he visto en vos.

HOTSPUR.—¡Diantre! Y me alegro con todo mi corazón. Preferiría convertirme en gato y gritar ¡miau!, a ser uno de esos vendedores de baladas en verso; mejor oiría el frotamiento de un candelabro de cobre o el chirrido de una rueda seca al girar sobre su eje, y no me rechinarían tanto los dientes como con vuestra afectada poesía. Esta se parece en su efecto al galope forzado de un potro que se maneja.

GLENDOWER.—Vamos, se os permitirá desviar el Trent.

HOTSPUR.—Me es igual. Daré tres veces otro tanto de terreno al amigo que lo tenga merecido; pero en materia de trato, notadlo bien, discutiré por la novena parte de un cabello. ¿Están ya extendidos los convenios? ¿Vamos a partir?

GLENDOWER.—La luna brilla hermosa; podéis partir esta noche. Yo voy a meter prisa al escribano y luego al punto comunicaré a vuestras mujeres vuestra partida; tengo miedo de que mi hija se vuelva loca, por lo muy encariñada que está con Mortimer. *(Sale.)*

MORTIMER.—¡Qué oprobio, primo Percy! ¡Cómo contrariáis a mi padre!

HOTSPUR.—No puedo evitarlo; a veces me hace montar en cólera al hablarme de la fábula del topo y de la hormiga, del soñador Merlín y de sus profecías, de un dragón y un pez sin aletas, de un grifo con las alas recortadas y de un cuervo que cambia de plumaje, de un león que se acuesta y de tantas otras frivolidades en que me fuerza a mostrarle mi incredulidad. Os digo que la noche última me ha tenido nueve horas para enumerarme los diversos diablos que le sirven de lacayos. Yo le respondía con «¡hum!» y «¡bien!», «¡seguid!»; pero

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

no escuchaba una palabra. ¡Oh! Es tan fastidioso como un caballo fatigado, una esposa insultadora, peor que una casa que humea. Preferiría vivir de queso y ajo en un molino de viento, bien lejos, que alimentarme con pasteles y tener que escucharle en cualquier residencia veraniega de la cristiandad.

MORTIMER.—A fe mía, que es digno caballero, extremadamente instruído y poseedor de singulares secretos; valiente como un león y maravillosamente afable y tan espléndido como las minas de la India. ¿Os lo diré, primo? Tiene de vuestro carácter una alta estima y consiente en doblegar su altivez natural cuando le contrariáis el humor. Sí, por mi vida. Tal es su actitud. Yo os garantizo que no hay hombre viviente que hubiese podido ponerlo a prueba, como lo habéis puesto vos, sin riesgos ni peligros; pero no insistáis a menudo, permitidme que os lo advierta.

WORCESTER. — Verdaderamente, milord, que sois censurable por vuestra tozudez, y desde vuestra llegada habéis hecho bastante para hacerle perder la paciencia. Es menester, señor, que aprendáis a corregiros de ese defecto; aunque algunas veces denota grandeza, valor, abolengo (y ése es el más preciado servicio que él os otorga), sin embargo, muy frecuentemente preséntase con violencia grosera, falta de modales, ausencia de dominio propio, orgullo, altanería, presunción, desdén; defectos que, aun el más pequeño, al concurrir en un caballero, le enajenan el afecto de los hombres y dejan una mancha sobre todas sus bellas cualidades que perjudica su elogio.

HOTSPUR. — Bueno; ya he recibido la lección. ¡Que os vaya bien con los buenos modales! Aquí vienen nuestras mujeres. Despidámonos de ellas.

Vuelve a entrar GLENDOWER *con* LADI MORTIMER *y* LADI PERCY

MORTIMER.—Es una intolerable contrariedad, que me encoleriza, el que mi esposa no sepa hablar inglés ni yo galés.

GLENDOWER.—Mi hija llora. No quiere separarse de vos; quiere ser un soldado también; quiere ir a la guerra.

MORTIMER. — Buen padre mío, decidle que ella y mi tía Percy se reunirán muy pronto con nosotros, dirigidas por vos. (GLENDOWER *habla con* LADI MORTIMER *en galés, y ella le contesta en la misma lengua.)*

GLENDOWER.—Está desesperada. Es una pilluela tenaz y testaruda, para la cual ninguna persuasión resulta suficiente. (LADI MORTIMER *habla a* MORTIMER *en galés.)*

MORTIMER. — Comprendo tus miradas. Este bonito lenguaje galés que dejas caer de tus celestiales ojos preñados de lágrimas lo conozco demasiado bien; y sólo por vergüenza debería responderte en la misma charla. (LADI MORTIMER *le habla otra vez en galés.)* Comprendo tus besos y tú comprendes los míos, y eso determina una conversación sentimental; pero, querida, no me emperezaré más hasta que haya aprendido tu lenguaje, porque tu lenguaje hace tan dulce el galés como las más bellas canciones cantadas por una reina al son de un laúd con encantadoras variaciones, en un bosque estival.

GLENDOWER.—No; si te enterneces, se volverá loca. (LADI MORTIMER *habla a* MORTIMER *otra vez en galés.)*

MORTIMER.—Soy en eso la ignorancia misma.

GLENDOWER.—Os pide que os echéis sobre las blandas alfombras y que reposéis vuestra bonita cabeza sobre su seno, y que ella os cantará lo que os agrade y coronará vuestros párpados el dios del sueño, encantando vuestro ser en un delicioso sopor, que establecerá entre el despertar y el sueño la misma diferencia que existe entre el día y la noche, antes que el carro celeste comience su dorada marcha hacia el Oriente.

MORTIMER.—Con todo mi corazón deseo sentarme y oírla cantar. Durante este

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

tiempo, presumo que nuestro convenio será redactado.

GLENDOWER.—Hacedlo así, y esos músicos que van a tocar para vos, que flotan en el aire a mil leguas de aquí, sin embargo, llegarán en seguida. Sentaos y escuchad.

HOTSPUR.—Ven, Cata; sabes reclinarte a maravilla. Ven pronto, pronto, que pueda reposar mi cabeza en tu seno.

LADI PERCY.—¡Anda ya, ganso, bobo! (GLENDOWER *habla algunas palabras en galés, y toca la música.)*

HOTSPUR.—Ahora me doy cuenta de que el diablo comprende el galés. No es extraño que sea tan original. Por la Virgen, que es buen músico.

LADI PERCY.—Entonces no deberíais ser sino músico, porque estáis por completo lleno de originalidades. Echaos tranquilamente, ladronzuelo, y escuchad a ladi cantar en galés.

HOTSPUR.—Más bien escucharía a ladi, perrita mia, ladrar en irlandés.

LADI PERCY.—¿Quieres que te rompa la cabeza?

HOTSPUR.—No.

LADI PERCY.—Entonces, estate callado.

HOTSPUR.—Tampoco quiero. Es el defecto de la mujer.

LADI PERCY.—Ahora, ¡que Dios te guíe!

HOTSPUR.—Al lecho de la dama galesa.

LADI PERCY.—¿Qué es lo que dices?

HOTSPUR.—¡Silencio, que canta! (LADI MORTIMER *canta una canción galesa.)* Vamos, Cata, quiero escuchar también tu canción.

LADI PERCY.—¡No, la mía, no, por mi buena fe!

HOTSPUR.—¡Vaya! ¡La vuestra no, por «mi buena fe»! ¡Corazón, juráis como la mujer de un confitero! Con tus «por mi buena fe», «que Dios me castigue», «tan verdad como vivo», «tan cierto como es de día», vistes tus juramentos con tal ropaje de frases, que harías creer que jamás has ido más allá de Finsbury. Júrame, como dama que eres, Cata, con un buen juramento que llene bien la boca, y déjame de tus «de buena fe» y otros juramentos de pimienta y jengibre para las burguesas de vestidos aterciopelados y las artesanas domingueras. ¡Vamos, canta!

LADI PERCY.—No quiero cantar.

HOTSPUR.—Ese es el mejor camino para llegar a ser sastre o maestro de petirrojos. Si los convenios están redactados, partiré de aquí a dos horas, y ahora venid cuando os plazca. *(Sale.)*

GLENDOWER.—Vamos, vamos, lord Mortimer; estáis tan indeciso como lord Percy fogoso por partir. Nuestro convenio debe de estar redactado. No tenemos más que sellarlo, y después, a caballo inmediatamente.

MORTIMER.—Con todo mi corazón. *(Salen.)*

ESCENA II

Londres.—Aposento en el palacio

Entran el REY ENRIQUE, *el* PRÍNCIPE ENRIQUE *y los Lores*

REY.—Lores, servíos dejarnos. El príncipe de Gales y yo hemos de celebrar una conferencia particular; pero mantened cerca de aquí, pues tendremos necesidad de vosotros al momento. *(Salen los Lores)* Yo no sé si Dios, por alguno de nuestros actos que le habrá disgustado, ha querido, por sentencia secreta, que mi propia sangre engendre su venganza y levante el látigo contra mí; pero tú me haces creer, por tu manera de conducirte, que solamente has sido señalado para instrumento de su vengativa cólera como vara del Cielo encargada de castigar mis pecados. Sin eso, dime: ¿es que deseos tan desordenados y bajos, aventuras tan miserables, tan ruines, tan imbéciles, tan viles, tan groseros placeres en una sociedad tan brutal como en la que te has acoplado y encanallado, podrían acompañar la grandeza de tu nacimiento y hallar su nivel en tu corazón de príncipe?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Con la venia de Vuestra Majestad, quisiera excusarme tan completamente de todas mis faltas, que estoy seguro de poder lavarme, sin duda, de muchos pecados de que se me acusa. Sin embargo, permitidme esperar, como compensación a los numerosos cuentos fabricados por esos risueños aduladores y esos viles buhoneros de noticias, que el oído de la grandeza muchas veces se ve obligado a escuchar, que mi sumisión sincera hallará el perdón por algunas faltas verdaderas en que mi juventud vagabunda e irregular ha podido incurrir.

REY.—¡Dios te perdone!... Permíteme, Harry, no obstante, que me admire de tus sentimientos, que toman un vuelo tan opuesto al de todos tus antepasados. Tu puesto en el Consejo lo has perdido brutalmente y es ocupado ahora por tu hermano; casi te has enajenado los corazones de toda mi Corte y de los príncipes de mi sangre; has destruído todo lo que se presentía y todo lo que se esperaba de ti, y la opinión pública, proféticamente, predice tu ruina. Si yo hubiese sido tan pródigo de mi persona; si me hubiese prostituído tanto a las miradas de los hombres; si hubiese frecuentado un trato tan trivial y ordinario en compañía de gentes vulgares, la opinión que me ayudó a poseer la Corona hubiera quedado fiel al soberano legítimo y me habría dejado en el oscuro destierro, como un hombre indigno de ser realzado y tenido en consideración. Al contrario, como me veían raramente, no podía moverme sin que se me mirase con curiosidad como un cometa; las gentes decían entonces a sus niños: «Es él»; los demás exclamaban: «¿Dónde está, cuál es Bolingbroke?» Entonces, haciendo remontar al cielo todo lo que era, me envolvía en una modestia tal, que arrancaba acatamiento de todos los corazones, y de todas las bocas, los saludos y las exclamaciones estruendosas, aun en presencia del rey coronado. Así es como supe conservar a mi persona su frescura y su novedad, y que mi figura, parecida a un hábito pontifical, jamás fuera notada sin excitar admiración. Y así mis recepciones, raras, pero suntuosas, eran verdaderas fiestas y adquirían por su rareza ese carácter de solemnidad. El rey frívolo, al contrario, ambulaba de acá para allá con insípidos bufones y gentes de espíritu ligero como haces de paja, tan pronto apagados como encendidos; convirtió en trivial su poder; mezcló su realeza con necios componedores de buenas palabras; dejó profanar su gran nombre con sus desprecios, y permitió, en cambio, que niños burlones se mofasen de él y que el primer imberbe advenedizo lo tomase por tema de sus vanas comparaciones. Llegó a familiarizarse con el pueblo en las calles; se enfeudó él mismo a la populachería, de suerte que, estando cada día devorado por los ojos de sus súbditos, se empacharon de esta miel y comenzaron a detestar el gusto de este dulzor, que un poco, y menos que un poco todavía, es demasiado. Así, cuando tenía ocasión de exhibirse, era como el cuco en junio: oído y no tenido en cuenta...; visto, pero con malos ojos y debilitados por la costumbre; y no atraía esas miradas que se fijan sobre la majestad parecida al sol, cuando ella brilla rara vez a la vista de sus admiradores; sus súbditos lo miraban con ojos soporíferos; dejando caer sus párpados, dormían, por decirlo así, en su casa, y estragados, saturados, ahítos de su presencia, le presentaban esa fisonomía que los hombres contrariados tienen costumbre de mostrar a sus adversarios. Y en esa misma línea de conducta, Harry, te mantienes tú; porque has perdido tus privilegios de príncipe por tus viles camaraderías; no hay ojos que no estén cansados de verte constantemente, salvo los míos, que siempre han deseado verte, y que ahora, contra mi voluntad, se sienten oscurecidos por una necia ternura.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Desde ahora, mi

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

tres veces gracioso señor, seré lo que debo ser.

REY.—Para todo el mundo eres a la hora presente lo que Ricardo cuando yo vine de Francia y puse el pie en Ravenspurgh; y lo que yo era entonces, es Percy ahora. Verdaderamente, por mi cetro y la salud de mi alma, tiene más dignos intereses en el Estado que tú, que eres la sombra de mi sucesor; pues sin derechos ni color de derechos, llena de soldados los campos de mi reino, se revuelve contra el león de temibles fauces y, sin tener sobre ti la ventaja de los años, lleva viejos lores y respetables obispos a las batallas sangrientas y a las peleas mortíferas. ¡Qué honor imperecedero no ha adquirido por su victoria sobre el valiente Douglas, a quien sus grandes proezas, sus atrevidas excursiones y su gran renombre militar le han valido el primer puesto entre los soldados y el título del más notable capitán existente en todos los reinos que reconocen a Cristo! Tres veces este Hotspur, este Marte con coraza, este niño guerrero, ha destruído los planes del gran Douglas; lo ha cogido una vez, lo ha puesto en libertad y se ha hecho amigo suyo, a fin de poder lanzar un gran reto y quebrantar la paz y la seguridad de nuestro trono. Y ¿qué decís vos a esto? Percy, Northumberland, su gracia el arzobispo de York, Douglas, Mortimer, se alían contra nosotros y están en pie. Pero ¿por qué te doy estas noticias? ¿Por qué hablarte de mis enemigos a ti, Harry, que eres mi más próximo y mi más querido enemigo? Tú eres capaz, por un temor vasallo, por baja inclinación e impulso de fastidio, de combatir contra mí a sueldo de Percy y seguirle sus talones como un perro, de corresponder a sus ceñudos gestos con cortesías, para mostrar cuán degenerado eres.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—No penséis en eso; no descubriréis en mí nada semejante. Y ¡que Dios perdone a los que me han enajenado hasta ese punto la buena opinión de Vuestra Majestad! Yo me redimiré de todo sobre la cabeza de Percy, y en la noche de alguna gloriosa jornada tendré la audacia de proclamarme vuestro hijo en vuestra presencia; en tal día ostentaré una vestidura toda ensangrentada y mi rostro lo encubrirá una careta llena de sangre, cuya mancha, una vez limpia, se llevará mi vergüenza. Ese día será el en que, más pronto o más tarde, ese mismo niño de valor y de renombre, ese valiente Hotspur, ese de todos alabado caballero y vuestro improvisado Enrique tendrán la suerte de encontrarse. ¡Ah, que todos los honores acumulados sobre su cimera no fuesen multitud, y que los oprobios agrupados sobre mi cabeza no fuesen dobles! Porque día vendrá que obligue a ese niño del Norte a cambiar sus gloriosas acciones por mis indignidades. Percy, buen señor mío, no es más que el factor encargado de multiplicar las acciones gloriosas por mi cuenta, y yo le haré sentir una tan estricta, que se verá obligado a transferirme cada una de sus glorias, hasta los más ligeros honores de su tiempo, o bien le arrancaré la cuenta de su corazón. Esto es, en el nombre de Dios, lo que prometo aquí, y si os place que me libere de esta promesa, conjuro a Vuestra Majestad que considere su cumplimiento como el bálsamo encargado de curar las llagas antiguas de mi libertinaje; si no, el final de la vida cancela todos los compromisos, y yo moriré cien mil veces antes que faltar a la más pequeña parte de este voto.

REY.—Con este voto mueren cien mil rebeldes. Tendrás un mando y la confianza del soberano de aquí en adelante.

Entra SIR GUALTERIO BLUNT

¿Qué es eso, buen Blunt? Tus miradas denotan gran premura.

BLUNT.—De premura también es el asunto de que vengo a hablaros. Lord Mortimer de Escocia nos ha hecho advertir que Douglas y los rebeldes ingle-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ses se han encontrado el once de este mes en Shrewsbury. Si todos los aliados mantienen sus promesas, sus fuerzas serán tan considerables y tan temibles como las de cualquier ejército que haya jamás amenazado la paz del Estado.

REY.—El conde de Westmoreland ha partido hoy, y con él mi hijo Juan de Lancaster, pues este aviso tiene ya fecha de cinco días. El miércoles próximo, Harry, os pondréis en marcha. Nosotros partiremos el jueves. Nuestro punto de reunión es Bridgenorth. Harry, marcharéis por el Gloucestershire. Según las circunstancias bien calculadas, dentro de doce días el conjunto de nuestras fuerzas podrá hallarse concentrado en Bridgenorth. Tenemos entre manos multitud de asuntos. Partamos. Mientras los hombres dilatan la acción, el enemigo engruesa. *(Salen.)*

ESCENA III

Eastcheap.—Aposento en la taberna de La Cabeza del Jabalí

Entran FALSTAFF *y* BARDOLF

FALSTAFF.—Bardolf, ¿es que no he adelgazado indignamente desde la última acción? ¿Es que no aminoro? ¿Es que no disminuyo? ¡Pardiez! Mi piel cuelga de mí como el vestido de casa de una vieja dama. Estoy desecado como una vieja pera de San Juan. Bueno; me arrepentiré, y eso en seguida, mientras me quede algún deseo. Como no tendré bien pronto corazón, a la fuerza me habré de arrepentir. Si no he olvidado de qué está hecho el interior de una iglesia, quiero ser el grano de pimienta en un caballo de cervecero. ¡El interior de una iglesia! Mi sociedad, mi mala sociedad, ha sido mi ruina.

BARDOLF.—Sir Juan, os tomáis tantos disgustos, que no vais a poder vivir largo tiempo.

FALSTAFF.—¡Diantre! Eso es. Vamos, cántame una canción obscena. Alégrame. Estaba yo tan virtuosamente dotado como un caballero pueda estarlo; tenía todas las virtudes que me eran precisas; juraba poco, no juraba más que siete veces por semana; no iba al prostíbulo arriba de una vez por cuarto... de hora; pagaba tres o cuatro veces el dinero que recibía prestado; vivía bien y con buena medida, y ahora vivo fuera de toda ley y de toda medida.

BARDOLF.—¡Pardiez! Sois tan gordo, que necesariamente estáis fuera de toda medida, sir Juan.

FALSTAFF.—Enmienda tu cara y yo enmendaré mi vida. Eres nuestro almirante; llevas el farol a proa, es decir, en tu nariz; eres el caballero de la Lámpara Ardiente.

BARDOLF.—¡Diantre, sir Juan, mi cara no os hace ningún daño!

FALSTAFF.—No, lo juro; hago de ella tan buen uso como ciertas gentes hacen de una cabeza de muerto o de un *memento mori*. Jamás veo tu cara sin pensar en el fuego del infierno y en el rico vestido de púrpura, pues está allí con sus trajes ardiendo, ardiendo. Si fueses inclinado a la virtud de un modo cualquiera, juraría por tu rostro; mi juramento sería: «Por ese fuego que es el ángel de Dios»: pero estás fuera de toda virtud, y si no fuese por la luz de tu rostro, serías un hijo de las tinieblas exteriores. Cuando trepaste por la noche a lo alto del Gashill por atrapar mi caballo, si no creí que eras un *ignis fatuus* o una bola de fuego endiablado, es que no hay compras que se hagan en dinero. ¡Oh, eres una perpetua apoteosis, un perpetuo fuego artificial! Me has economizado mil marcos en farolillos y antorchas cuando me he paseado contigo, durante la noche, de taberna en taberna. Pero con el canarias que me has bebido me hubiera comprado fácilmente una buena provisión de luces en la casa del vendedor de candiles más carero de Europa. He mantenido el fuego de esa salamandra que sois desde hace treinta y dos años.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

BARDOLF. — ¡Sangre de Cristo! Quisiera que mi cara estuviera en vuestro vientre.

FALSTAFF.—Gracias a Dios, yo estaría entonces seguro de tener el corazón inflamado.

Entra MISTRESS QUICKLY

¡Hola, señora gallina Patlet! ¿Habéis averiguado ya quién me ha robado en los bolsillos?

QUICKLY. — ¿Qué queréis decir, sir Juan? ¿Pensáis que se cobijan ladrones en mi casa? He buscado, he inquirido, y mi esposo también, muchacho por muchacho, hombre por hombre, criado por criado. Hasta el presente, ni la décima parte de un cabello se ha perdido en mi casa.

FALSTAFF. — Mentís, hostelera. A Bardolf le han afeitado aquí y ha perdido muchos cabellos, y yo juro que mis bolsillos han sido desvalijados. Marchaos, sois una mujer, marchaos.

QUICKLY.—¿Quién, yo? No; te desafío. ¡Luz de Dios! Jamás se me llamó así en mi propia casa hasta ahora.

FALSTAFF.—Marchaos, os conozco bastante bien.

QUICKLY.—No, sir Juan; no me conocéis, sir Juan. Yo sí os conozco, sir Juan. Me debéis dinero, sir Juan, y ahora provocáis querella para eludir dármelo. Os he comprado una docena de camisas para vuestra espalda.

FALSTAFF. — De lienzo, del más burdo lienzo; las he dado a las mujeres de los panaderos y han hecho con ellas cedazos.

QUICKLY. — Tan cierto como soy una mujer veraz, holanda de ocho chelines el ana. Me debéis dinero, además, por vuestra alimentación y vuestro extraordinario, amén de veinticuatro libras en metálico prestadas.

FALSTAFF. — Bardolf ha tenido en ello su parte. Que pague.

QUICKLY.—¿El? ¡Vaya! Es pobre. No tiene nada.

FALSTAFF. — ¿Cómo? ¿Pobre? Miradle el rostro. ¿A quién llamáis rico entonces? ¡Que se acuñe su nariz! ¡Que se acuñen sus carrillos! No pagaría ni mi dinero. ¿Queréis convertirme en un cándido novicio? ¿Es que puedo quedarme cómodo en mi posada sin exponerme a tener los bolsillos desvalijados? He perdido una sortija de sello de mi abuelo que valía cuarenta marcos.

QUICKLY.—¡Oh Jesús! He oído decir no sé cuántas veces al príncipe que esa sortija era de cobre.

FALSTAFF.—¿Cómo? El príncipe es un Juanón, un avefría. ¡Voto a Cristo! Si estuviese aquí y hablase de esa manera, le daría de palos como a un perro.

Entran el PRÍNCIPE ENRIQUE *y* POINS *marcando el paso militar.* FALSTAFF *sale al encuentro de ellos simulando tocar el pífano con su bastón*

¿Qué hay, muchacho? ¿El viento, pues, sopla de ese lado? ¿Debemos marchar todos?

BARDOLF.—Sí, de dos en dos, a la manera de los presos de Newgate.

QUICKLY.—Señor mío, escuchadme, os lo ruego.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Qué dices, señora Quickly? ¿Cómo está tu marido? Lo aprecio mucho. Es un hombre honrado.

QUICKLY.—Buen señor mío, escuchadme.

FALSTAFF.—No le hagas caso, te lo suplico, y atiéndeme.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Qué dices, Juanito?

FALSTAFF. — La otra noche me dormí detrás del tapiz y me robaron los bolsillos. Esto se ha vuelto un burdel.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Qué es lo que has perdido, Juanito?

FALSTAFF. — ¿Querrás creerme, Hal? Tres o cuatro pagarés de cuarenta libras cada uno y una sortija de sello de mi abuelo.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Una bagatela. Alguna cosa de cuatro peniques de valor.

QUICKLY.—Tal lo he dicho, señor mío,

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

y le agregaba que había oído hablar así a Vuestra Majestad; y, milord, él habla muy feamente de vos, como hombre deslenguado que es, y ha asegurado que os vapulearía.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Cómo? No habrá dicho eso.

QUICKLY.—Sí, a fe, o yo no tengo palabra, ni veracidad, ni sexo femenino.

FALSTAFF.—No hay más palabras en ti que en una ciruela cocida; no hay más veracidad en ti que en una zorra acosada, y en cuanto al sexo, la doncella Mariana podría servir de mujer del que se encargase de guardarte. Anda, cualquier cosa, anda.

QUICKLY.—Decid: ¿qué cosa? ¿Qué cosa?

FALSTAFF.—¿Qué cosa? ¡Vaya! Una cosa por la cual se puede estar agradecido a Dios.

QUICKLY.—Yo no soy ninguna cosa que tenga que estar agradecida a Dios, quiero que lo sepas. Soy la mujer de un hombre honrado, y poniendo aparte tu caballería, eres un majadero por llamarme así.

FALSTAFF.—Y tú, puesto a un lado tu sexo femenino, eres una bestia al decir otra cosa.

QUICKLY.—Di: ¿qué bestia, idiota, di?

FALSTAFF.—¿Qué bestia? ¡Diablo, una nutria!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Una nutria, sir Juan! ¿Por qué una nutria?

FALSTAFF.—¡Diablo! Porque no es carne ni pescado. Un hombre no sabría por dónde reconocerla.

QUICKLY.—Eres un hombre injusto al decir eso; tú, como cualquier otro hombre, sabéis bien por dónde reconocerme, ¡imbécil!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Dices verdad, posadera, y te calumnia muy groseramente.

QUICKLY.—Es lo que hace, milord; y decía el otro día que le debíais mil libras.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Bribón! ¿Os debo yo mil libras?

FALSTAFF.—¿Mil libras, Hal? Un millón. Tu cariño vale un millón; me debes tu cariño.

QUICKLY.—Y aún os llamó Juanón, milord, y dijo que os vapulearía.

FALSTAFF.—¿He dicho yo eso, Bardolf?

BARDOLF.—En verdad, sir Juan, lo habéis dicho.

FALSTAFF.—Cierto; de haber dicho él que mi anillo era de cobre.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Y digo que es de cobre. ¿Te atreverás a sostener tu palabra ahora?

FALSTAFF.—¡Demonio! Hal, bien lo sabes. Yo osaría sostenerla si no fueses más que un hombre; pero como eres príncipe, te temo como temo el rugido del cachorro de un león.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Y ¿por qué no como el de un león?

FALSTAFF.—Es al mismo rey a quien se debe temer como a un león. ¿Crees que voy a temerte como temo a tu padre? ¡A fe mía, que si eso llegara, que Dios me haga estallar por la cintura!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Oh, si eso llegara, cómo iban a caer tus tripas sobre tus rodillas! Pero, granuja, no hay sitio para la fe, la verdad y la honradez en tu vientre; está todo lleno de tripas y diafragma. ¡Acusar a una honrada mujer de robarte en los bolsillos! Pero, ¡hijo de puta, impúdico, canalla redomado!, si no había en tus bolsillos otra cosa que cuentas de taberna, notas de meretrices y un mísero trozo de azúcar de valor de un penique para alargarte el aliento! Si tus bolsillos eran ricos en otras cosas robables, soy un villano. Y, sin embargo, sostendréis vuestro engaño, no os embolsaréis vuestras mentiras. ¿No te da vergüenza?

FALSTAFF.—¿Atiendes, Hal? Sabes bien en el estado de inocencia que cayó Adán. Y ¿qué podría hacer, dime, el pobre Juanito Falstaff en estos tiempos de inmoralidad? Ya lo ves: tengo más carne que otro hombre, y, consecuentemente, más fragilidad. ¿Confesáis vos ahora que me habéis vaciado los bolsillos?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Eso es lo que parece, según la historia.

FALSTAFF.—Hostelera, te perdono. Anda, prepara pronto el almuerzo, ama a tu marido, vigila a tus sirvientes, trata bien a tus huéspedes y me encontrarás asequible a toda honesta razón. Ya ves que siempre soy pacífico. Vamos, yo te lo suplico, vete. *(Sale* MISTRESS QUICKLY.) Ahora, Hal, a tus novedades de la Corte. El asunto del robo, ¿cómo ha sentado, muchacho?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Oh mi dulce buey! Todavía soy tu ángel bueno... El dinero se ha restituído.

FALSTAFF. — ¡Oh! No me gusta esta restitución. Es un trabajo doble.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Estoy en buena disposición con mi padre y puedo hacer lo que quiera.

FALSTAFF.—Róbame el tesoro la primera vez que puedas y hazlo sin tomarte la molestia de lavarte las manos.

BARDOLF.—Hacedlo, milord.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Juanito, te he procurado un empleo en Infantería.

FALSTAFF.—Lo habría preferido en Caballería. ¿Dónde encontraré uno que pueda robar bien? ¡Ah! Necesito un ladrón de veintidós años o cosa así. Estoy espantosamente desapercibido. Bien. ¡Dios sea alabado por esos rebeldes! No atacan más que a las gentes virtuosas. Los aplaudo, los elogio.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Bardolf!

BARDOLF.—¿Milord?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Ve a llevar esta carta a lord Juan de Lancaster, a mi hermano Juan; esta otra, a milord Westmoreland. Vamos, Poins, a caballo, a caballo, porque tenemos que hacer tú y yo treinta millas antes de la hora de cenar. Juanito, ve a encontrarme mañana en la sala del Temple, a las dos de la tarde. Allí te enterarás de tu empleo y recibirás dinero y órdenes para equipar a tus soldados. El país está ardiendo; Percy se ha rebelado, y ellos o nosotros tenemos que ir abajo. *(Salen el* PRÍNCIPE, POINS *y* BARDOLF.)

FALSTAFF.—¡Extrañas palabras! ¡Bravo mundo! ¡Hostelera, mi almuerzo, vamos! ¡Oh, cómo desearía que esta taberna fuese mi tambor! *(Sale.)*

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

El campamento rebelde cerca de Shrewsbury

Entran HOTSPUR, WORCESTER *y* DOUGLAS

HOTSPUR.—Bien dicho, mi noble escocés. Si decir la verdad no fuese considerado en esta edad hermosa como una adulación, el renombre de Douglas sería más universal que el de cualquier otro soldado de otro tiempo. ¡Por Dios, que sé lisonjear! Detesto los discursos de los aduladores; pero nadie tiene en mi corazón más preferente sitio que vos. Vamos, tomadme la palabra; ponedme a prueba, milord.

DOUGLAS.—Eres el rey del honor. No hay en la Tierra un hombre tan poderoso al cual no pueda hacer frente.

HOTSPUR.—Haz lo que dices y todo irá bien.

Entra un MENSAJERO *con cartas*

¿Qué cartas tienes ahí? *(A* DOUGLAS.) No puedo sino daros las gracias.

MENSAJERO.—Estas cartas vienen de vuestro padre.

HOTSPUR.—¡Cartas de mi padre! ¿Por qué no viene él mismo?

MENSAJERO.—No puede venir, milord; está gravemente enfermo.

HOTSPUR.—¡Voto a Dios! ¿Cómo se

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

permite el ocio de estar enfermo en un momento tan crítico? ¿Quién dirige las tropas? ¿Bajo qué mando marchan?

MENSAJERO.—Sus cartas os informarán de sus pensamientos, milord, pero no yo.

WORCESTER.—Dime, por favor: ¿es que guarda cama?

MENSAJERO.—Se había metido en el lecho, mi señor, cuatro días antes de mi partida, y, en el momento de ponerme en camino, los médicos temían mucho por su vida.

WORCESTER. — Hubiera deseado que nuestros asuntos estuvieran en buena disposición antes que hubiese contraído la enfermedad; jamás su salud ha sido tan preciosa como en estos momentos.

HOTSPUR. — ¡Estar enfermo ahora!... ¡Abatirse ahora! Esta enfermedad envenena la misma sangre vital de nuestra empresa: la infección llega hasta aquí, a nuestro mismo campamento. Me informa en estas cartas que su enfermedad es interior, que sus amigos no podrían reunirse con la rapidez necesaria por órdenes escritas, y que no ha juzgado conveniente confiar un cargo tan peligroso y tan delicado a ninguna otra persona sino a él mismo. Sin embargo, nos da atrevidamente el consejo de probar con nuestras pequeñas fuerzas aliadas las disposiciones de la fortuna en nuestro favor; pues, como escribe, «no hay que retroceder ahora, teniendo en cuenta que el rey está enterado ciertamente de todos nuestros proyectos». ¿Qué decís a esto?

WORCESTER.—La enfermedad de vuestro padre es una mutilación para nosotros.

HOTSPUR.—Es una herida peligrosa, la verdadera amputación de un miembro; y, sin embargo, no, a fe, que la necesidad que tenemos de él nos parece más grande de lo que sería en realidad. ¿Fuera bueno arrojar en un solo golpe de dados la suma entera de nuestras fuerzas, de exponer una tan rica puesta a la delicada suerte de una hora dudosa? Eso no sería bueno, pues haciéndolo tocaríamos el fondo mismo, el alma misma de nuestras esperanzas; alcanzaríamos la misma linde, el extremo límite de nuestra fortuna.

DOUGLAS.—Sí, en verdad, eso es lo que nos ocurriría, mientras que ahora tenemos la esperanza de una feliz evolución de las cosas; podemos valientemente gastar, en la confianza de lo que ha de venir. En la situación presente poseemos el recurso de un retiro consolador.

HOTSPUR.—De un refugio, de un lugar adonde huir si el diablo y la mala suerte miran con ojos aviesos la santidad de nuestra empresa.

WORCESTER. — Sin embargo, hubiera querido que vuestro padre estuviera aquí. La naturaleza y el carácter de nuestro intento no admiten ninguna división. Muchos que no conozcan la razón de la ausencia del conde pensarán que el verse vuestro padre retenido lejos de aquí es por prudencia, por lealtad y porque condena nuestra empresa. Y juzgad cuánto puede cambiar suposición semejante el curso de una rebelión tímida y poner en peligro nuestra causa; porque, vos lo sabéis perfectamente, nosotros, que somos el partido agresor, nos debemos guardar de un excesivo examen, debemos tapar todas las lucernas, todas las troneras por donde el ojo de la razón nos puede espiar. Esta ausencia de vuestro padre levanta una cortina que descubre al ignorante un fantasma de temor con el cual no ha soñado anteriormente.

HOTSPUR.—Vais demasiado lejos. Ved más bien el resultado que, según mi parecer, producirá su ausencia: nuestra empresa recibirá por ella más brillantez, se tendrá una más grande opinión e inspirará mayor valor que si el conde estuviese aquí, pues las gentes pensarán que si, privados de su apoyo, hemos podido reunir un ejército capaz de dar un buen empujón al reino, con su ayuda podremos volverlo de arriba abajo. Todo marcha bien por ahora; todos

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

nuestros elementos están enteros todavía.

DOUGLAS.—Tanto como el corazón puede apetecerlo. No se conoce en Escocia palabra parecida a este vocablo de temor.

Entra SIR RICARDO VERNON

HOTSPUR.—¡Primo mío Vernon! ¡Por mi alma, sed bien venido!

VERNON.—¡Rogad a Dios que las noticias que traigo valgan una bienvenida, milord! El conde de Westmoreland se dirige hacia aquí a la cabeza de siete mil hombres, y con él, el príncipe Juan.

HOTSPUR.—No hay nada malo... ¿Qué más?

VERNON.—Y yo he sabido, además, que el rey en persona ha partido o que se dispone a toda prisa a hacer vigorosos y enérgicos preparativos para acudir aquí.

HOTSPUR.—También será bien venido. ¿Dónde está su hijo, el loco ligero de pies del príncipe de Gales, y sus camaradas, que echaban el mundo a un lado con desdén y pasaban delante?

VERNON.—Todos equipados, todos sobre las armas, todos emplumados como avestruces, y sus plumas, ondeadas por el viento, les dan aire de águilas que vinieran de bañarse; todos brillantes, como imágenes bajo sus armaduras doradas; todos tan llenos de savia como el mes de mayo y tan espléndidos como el sol del solsticio de verano; todos retozones como chotos, impetuosos como novillos. He visto al joven Enrique (con la visera calada, los quijotes encima de sus muslos, armado bizarramente) elevarse del suelo como un Mercurio emplumado y sostenerse sobre su montura con una gallardía tal, que se hubiese dicho que un ángel había caído de las nubes para dirigir y manejar algún ardiente Pegaso y encantar al mundo con el espectáculo de una brava equitación.

HOTSPUR.—Basta, basta; esas alabanzas engendran más fiebre que el sol de marzo. Que vengan; bajo sus hermosos atavíos avanzan como víctimas destinadas al sacrificio, y estas víctimas nosotros las ofrecemos, bien calientes y sangrantes, a la diosa de ojos encendidos de la fumígera guerra. Marte, revestido de su armadura, se sentará sobre su altar con la sangre hasta las orejas. Me siento ardoroso al saber que esta rica presa se halla tan próxima y no es todavía de nosotros. Vamos, dejadme montar mi caballo, que debe llevarme como una centella contra el corazón del príncipe de Gales. Nos encontraremos. Harry contra Harry, bridón fogoso contra bridón fogoso, y no nos separaremos hasta que uno de nosotros dos haya caído muerto. ¡Oh, si Glendower hubiese venido!

VERNON.—Hay todavía otras nuevas. Cuando atravesaba Worcester, he sabido en esta ciudad que no podía reunir sus fuerzas antes de catorce días.

DOUGLAS. — Estas son, por cierto, las pocas noticias que yo haya escuchado.

WORCESTER.—Sí, a fe, porque aparecen con una siniestra frialdad.

HOTSPUR.—¿A cuánto pueden ascender todas las fuerzas del rey?

VERNON.—A treinta mil hombres.

HOTSPUR.—¡Que suban a cuarenta mil! Puesto que mi padre y Glendower están ausentes, son nuestras únicas fuerzas las que deben bastar para tan grande jornada. Vamos, pasemos una revista rápidamente. El día del Juicio está próximo. ¡Muramos todos! ¡Muramos alegremente!

DOUGLAS.—No habléis de morir. Yo estoy fuera del temor de la muerte y de su alcance por el medio año en curso. *(Salen.)*

ESCENA II

Una carretera cerca de Coventry

Entran FALSTAFF *y* BARDOLF

FALSTAFF.—Bardolf, adelántate a Coventry y llévame una botella de vino de canarias; nuestros soldados atravesarán la ciudad. Debemos estar esta noche en Sutton Co'fil'.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

BARDOLF.—¿Queréis darme dinero, capitán?

FALSTAFF.—Anticipadlo, anticipadlo.

BARDOLF.—Esta botella hace un «ángel».

FALSTAFF.—Si ella hace un «ángel», tómalo por tu trabajo; si hace veinte, tómalos todos. Yo responderé de la acuñación. Ordena a mi teniente Peto que me alcance en el extremo de la ciudad.

BARDOLF. — Lo haré, capitán; adiós. *(Sale.)*

FALSTAFF.—Como mis soldados no me abochornen, voy a ser un salmonete escabechado. He abusado de la orden del rey de una manera condenable. Me he embolsado trescientas y tantas libras por el reclutamiento de ciento cincuenta soldados. No he reclutado absolutamente más que buenos terratenientes, hijos de hacendados; me he informado de los mozos que tenían novia, de aquellos cuyas amonestaciones se habían proclamado dos veces, de ese montón de patanes a quienes les gustaría tanto escuchar al diablo como a un tambor, y que temen más a la detonación de un mosquete que un ave lesionada o un pato silvestre herido. No he reclutado ningunos otros más que esos aficionados a las buenas tostadas con manteca, que tienen corazones en sus vientres no más gruesos que cabezas de alfiler y que se han redimido a metálico del servicio. Así, ahora mi compañía no se compone más que de abanderados, tenientes, cabos, caballeros de compañías, rústicos tan andrajosos como el Lázaro de los tapices, donde el perro del glotón lame sus llagas. He tomado sin vacilar gentes que nunca fueron soldados, tales como criados bribones despedidos, hijos segundos de hermanos segundos, mozos de mesón que han emprendido la fuga, hosteleros en estado de bancarrota; todas las lacras nacidas de un mundo tranquilo y de una larga paz, individuos diez veces más lastimosamente haraplentos que una bandera vieja. He ahí las gentes que he tomado para ocupar la plaza de los que se han librado por dinero del servicio; tanto, que os juraría que he escogido ciento cincuenta hijos pródigos desharrapados, recientemente venidos de guardar cerdos y de alimentarse con inmundicias y desperdicios. Un sujeto chusco, que me encontré por el camino, me dijo que había yo desalojado todas las horcas y reclutado cuerpos muertos. Jamás se han visto tales espantapájaros. No atravesaré Coventry con ellos, lo aseguro; los idiotas marchan con las piernas separadas, como si tuviesen grillos en ellas; pues, en realidad, las prisiones me han proporcionado la mayor parte de ellos. No hay más que camisa y media en toda mi compañía, y esta media camisa se compone de dos servilletas cosidas juntas y echadas sobre los hombros como la túnica sin mangas de un heraldo; y la camisa, a decir verdad, robada a mi patrón de Saint Albans o al posadero de Daventry. Pero eso no es nada; ellos encontrarán bastante ropa blanca en todas las cercas.

Entran el PRÍNCIPE ENRIQUE *y* WESTMORELAND

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Hola, balón de Juanito! ¿Cómo va eso, colchón?

FALSTAFF.—¿Cómo, Hal? ¿Estás ahí, joven insensato? ¿Qué haces en el Warwickshire? Mi buen lord de Westmoreland, os pido perdón; creía que vuestra señoría estaba ya en Shrewsbury.

WESTMORELAND.—Por mi fe, sir Juan, ha mucho tiempo que estaría allí, y vos también. El rey, puedo deciroslo, cuenta con todos nosotros; debemos marchar toda la noche.

FALSTAFF.—No tengáis temor por lo que a mí concierne; soy tan vigilante como un gato lo es para robar la crema.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Para robar la crema, verdaderamente; pues tus robos ya te han hecho tu manteca. Pero dime, Juanito: ¿qué compañeros son esos que vienen detrás?

FALSTAFF.—Los míos, Hal, los míos.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Jamás vi más lastimosos bribones.

FALSTAFF.—Bastante buenos para ser zurrados; carne de cañón, carne de cañón; llenarán un hoyo tan bien como el mejor. ¡Pchs! ¡Hombres mortales, hombres mortales!

WESTMORELAND. — Sí; pero sir Juan, me parece que son pobres y flacos en exceso; demasiado harapientos.

FALSTAFF.—¡Por mi fe! En lo de su pobreza, no sé de donde la han tomado, y en cuanto a su flaqueza, estoy seguro de que no les han enseñado nada parecido.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—No; lo juro, a menos que no llaméis flaqueza a tres dedos de grasa sobre las costillas. Pero, pillo, daos prisa. Percy está ya en el campo de batalla. *(Sale.)*

FALSTAFF.—Qué, ¿el rey está ya acampado?

WESTMORELAND.—Lo está, sir Juan; me temo que lleguemos demasiado tarde.

FALSTAFF.—Bueno; el último fin de una batalla y el comienzo de un festín confortan a un combatiente tranquilo y a un invitado avisado. *(Salen.)*

ESCENA III

El campamento de los rebeldes, cerca de Shrewsbury

Entran HOTSPUR, WORCESTER, DOUGLAS *y* VERNON

HOTSPUR.—Combatiremos con él esta noche.

WORCESTER.—No puede ser.

DOUGLAS.—Entonces, le cedéis la ventaja.

VERNON.—Ni un ápice.

HOTSPUR.—¿Por qué lo decís? ¿Es que no espera refuerzos?

VERNON.—Y nosotros también.

HOTSPUR.—Los suyos son ciertos; los nuestros, dudosos.

WORCESTER.—Mi buen sobrino, dejaos aconsejar; no os mováis esta noche.

DOUGLAS.—Vuestro consejo es malo; el temor y la holgazanería son los que os hacen hablar.

VERNON.—No me calumniéis, Douglas. Por mi vida (y mi vida la apuesto para probar lo que digo), cuando el honor bien entendido me aconseja ir adelante, tomo tan poco consejo del temor pusilánime como vos, milord, o cualquier otro escocés que haya en el mundo. Veremos mañana en la batalla quién de nosotros tiene miedo.

DOUGLAS.—Sí, o esta noche.

VERNON.—Sea.

HOTSPUR.—Esta noche, digo.

VERNON.—Vamos, vamos, *no puede* ser; me extraña mucho que, teniendo los hombres tan grande hábito de mando como vosotros, no prevean los obstáculos que deben retrasar nuestro empeño. Cierta caballería de mi primo Vernon no ha llegado aún; los jinetes de vuestro tío Worcester acaban de llegar hoy; su ardor y su preparación bélica están todavía adormecidos, y la fatiga ha amortiguado de tal modo su valor, que no hay un solo jinete que sea la mitad de sí mismo.

HOTSPUR.—Así están también, en general, los jinetes del enemigo; fatigados del viaje y completamente abatidos. La mayor parte de nuestras tropas se hallan descansadas.

WORCESTER.—Las fuerzas del rey sobrepasan a las nuestras. En el nombre de Dios, primo, deteneos hasta que hayan venido todas. *(Suena una trompeta para anunciar a un parlamentario.)*

Entra SIR GUALTERIO BLUNT

BLUNT.—Vengo con ofertas soberanas del rey, si queréis prestarme atención y respeto.

HOTSPUR.—Sed bien venido, sir Gualterio Blunt, y ¡pluguiera a Dios que formaseis parte de nuestra empresa! Algunos de nosotros os quieren mucho y os envidian vuestros grandes méritos y vuestro buen renombre, aunque no

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

sois de nuestra opinión y os presentáis como nuestro enemigo.

BLUNT.—¡Y que Dios impida que me presente de otro modo tanto tiempo como permanezcáis hostiles a su majestad sagrada, fuera de toda razón y de todo deber legal! Pero... a mi cometido... El rey me ha enviado para conocer la naturaleza de vuestros sentimientos y el porqué, al hacer surgir del seno de paz civil esta temeraria hostilidad, enseñas al obediente reino una criminal audacia. Si el rey ha olvidado, en cierta manera, vuestros buenos servicios, que son numerosos, él lo reconoce, ordena que se enumeren vuestros resentimientos, y sin retardo alguno vuestros deseos serán cumplidos con usura y obtendréis un perdón para vosotros y para los que se han descarriado con vuestras sugestiones.

HOTSPUR.—El rey es bueno, y nosotros sabemos muy bien que conoce cuándo es preciso prometer y cuándo debe pagar. Mi padre, mi tío y yo le hemos dado esa misma realeza que ostenta. Cuando no tenía veintiséis hombres consigo, enfermizo en el concepto del mundo, miserable, decaído, pobre proscrito olvidado y vejado del país, mi padre osó darle la bienvenida sobre la costa; y cuando le escuchó jurar y perjurar que no venía sino a ser duque de Lancaster, para reclamar sus derechos y solicitar su perdón, con lágrimas de inocencia y acentos de sinceridad..., mi padre, tocado en el corazón y movido de piedad, le juró su apoyo y se lo prestó. Entonces, cuando los señores y los barones del reino vieron que Northumberland se inclinaba hacia él, grandes y pequeños llegaron a cumplimentarle con el sombrero, y de rodillas se agruparon en torno suyo en pueblos, ciudades y aldeas, lo escoltaron sobre los puentes, lo esperaron en los campos, le ofrecieron sus regalos, le prestaron juramentos, le dieron sus herederos como pajes, marcharon detrás de sus talones en multitudes doradas. El, inmediatamente, sintiendo crecer su grandeza, va un poc más alto de lo que prometió a mi padr cuando su sangre estaba empobrecid sobre la desnuda orilla de Ravenspurgh y, en consecuencia, acuerda por sí re formar algunos edictos y ciertos decre tos opresores que gravitaban pesadamen te sobre el patrimonio común; se alz contra los abusos, aparenta llorar por lo males de su país, y por sus gestos, po esta emulación de justicia, ganó todo los corazones que quiso aceptar. Y fu más lejos. Hizo cortar las cabezas d todos los favoritos que el rey ausente había dejado detrás de él, como delegados suyos, cuando se hallaba en persona en la guerra de Irlanda.

BLUNT.—Bueno; yo no he venido para oír todo eso.

HOTSPUR.—Ahora llego al asunto. Poco tiempo después depuso al rey, le quitó la vida. Y, una vez en el trono, abrumó al Estado a tributos; para agravar las cosas, soportó que su pariente March (que sería su rey verdaderamente si cada cual ocupase su puesto legítimo) permaneciera prisionero en el País de Gales, sin esperanza de rescate; trató de desacreditar mis brillantes victorias, buscó el tender lazos por medio de sus espionajes, arrojó a mi tío del gabinete del Consejo, echó furioso a mi padre de la Corte, rompió juramento sobre juramento, cometió ultraje sobre ultraje, nos obligó a buscar nuestra seguridad en la formación de este ejército y a examinar de cerca su título, que nosotros encontramos demasiado ilegítimo para que pueda guardarlo largo tiempo.

BLUNT.— ¿Comunicaré esta respuesta al rey?

HOTSPUR.—No; ésa, no, sir Gualterio. Nosotros vamos a conferenciar un rato. Regresad junto al rey, y si nos da alguna garantía para el retorno, mañana por la mañana, temprano, mi tío irá a llevarle nuestras proposiciones. Ahora, adiós.

BLUNT.—Desearía que aceptaseis los ofrecimientos soberanos y afectuosos...

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

HOTSPUR.—Y puede ser que los aceptemos.

BLUNT.—¡Dios lo quiera así! *(Salen.)*

ESCENA IV

York. Aposento en el palacio del Arzobispo

Entran el ARZOBISPO DE YORK *y* SIR MIGUEL

ARZOBISPO.—Andad, sir Miguel, llevad este breve sellado, con la mayor premura, al lord mariscal; éste, a mi primo Scroop, y estos otros, a los que van dirigidos. Si sabéis cuánta es su importancia, obraréis a toda prisa.

SIR MIGUEL.—Mi buen señor, adivino su contenido.

ARZOBISPO.—Mañana, mi buen sir Miguel, es un día en que la suerte de diez mil hombres ha de sufrir una prueba decisiva; porque, sir, en Shrewsbury, por lo que yo verdaderamente puedo entender, el rey, a la cabeza de poderosas fuerzas que ha levantado rápidamente, se encontrará con lord Harry. Y yo temo, sir Miguel, que con la enfermedad de Northumberland, cuyas fuerzas eran las más considerables, y con la ausencia de Owen Glendower, que era con ellos uno de los nervios de la empresa de quien más se esperaba, y que no viene por lo influído que está por las profecías..., temo que el poder de Percy sea demasiado débil para sostener un combate inmediato con el rey.

SIR MIGUEL.—¿Cómo, mi buen señor? No tengáis temor alguno. Allí están Douglas y lord Mortimer.

ARZOBISPO.—No; Mortimer no está allí.

SIR MIGUEL. — Pero están Mordake, Vernon, lord Harry Percy y milord de Worcester, toda la pléyade de bravos combatientes y nobles caballeros.

ARZOBISPO.—Sí, cierto; pero el rey ha reunido a las principales cabezas de todo el país; el príncipe de Gales, lord Juan de Lancaster, el noble Westmoreland, el guerrero Blunt y muchos más, hombres de gran estima y experiencia en el mando de tropas, rivales de los que habéis nombrado.

SIR MIGUEL.—No dudéis, milord, que no encuentren franca resistencia.

ARZOBISPO.—No espero menos; sin embargo, bueno es temer, y para prevenir lo peor, apresuraos, sir Miguel, pues si lord Percy no triunfa, antes de licenciar a sus tropas tiene intención de visitarnos, porque ha oído hablar de nuestra liga, y es más que prudente fortalecernos contra él. Por tanto, sed diligente Es preciso que escriba todavía a otros amigos; y ahora, adiós, sir Miguel. *(Salen.)*

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

El campamento del Rey, cerca de Shrewsbury.

Entran el REY ENRIQUE, *el* PRÍNCIPE ENRIQUE, JUAN DE LANCASTER, SIR GUALTERIO BLUNT *y* SIR JUAN FALSTAFF

REY.—¡Cuán sangrientamente comienza el sol a abrirse paso allá, por encima de la colina forestal! El día parece palidecer al ver al sol enfermo.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—El viento meridional toca la trompeta para certificar los presagios del sol; por su hondo silbido a través de las hojas, predice una tempestad y un día borrascoso.

REY.—¡Entonces, que simpatice con los que pierdan, porque para los que

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ganen, ningún tiempo parece malo! *(Suena una trompeta.)*

Entran WORCESTER *y* VERNON

¡Hola, milord de Worcester! No fué bueno que vos y yo nos encontrásemos en condiciones semejantes a las que nos hallamos ahora. Habéis defraudado nuestra confianza y nos habéis forzado a despojarnos de nuestras cómodas vestiduras de paz para torturar a nuestros viejos miembros bajo el molesto acero. No está bien, milord, no está bien. ¿Qué decís a eso? ¿Consentiréis en desatar el nudo de esta guerra aborrecida de todos? ¿Queréis recomenzar a moveros en la órbita de esta obediencia, donde arrojáis una luz bella y natural, y renunciar a ser un vaporoso meteoro, un prodigio de terror y un presagio de desgracias ya visibles para el tiempo por venir?

WORCESTER. — Escuchadme, soberano mío; por mi parte, me contentará mucho dejar transcurrir el fin de mi vida en horas tranquilas, pues protesto que no he buscado el día de esta contienda...

REY.—¿No lo habéis buscado? ¿Cómo ha llegado entonces?

FALSTAFF.—*La rebelión se hallaba en* su camino, y él se la encontró.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Silencio, grajo, silencio!

WORCESTER.—Le plugo a Vuestra Majestad desviarnos de vuestro favor a mí y a todos los de nuestra causa; y, no obstante, es menester que os recuerde, mi señor, que nosotros éramos los primeros y más entrañables de vuestros amigos. Por vos rompía mi bastón de mando en tiempos de Ricardo; corrí en posta día y noche para encontraros en el camino y besaros la mano, cuando no erais, en posición y en fortuna, ni tan poderoso ni tan rico como yo. Fuí yo, con mi hermano y su hijo, quienes os trajimos a vuestra patria y quienes afrontamos atrevidamente los peligros de las circunstancias. Vos nos prestasteis juramento y formalizasteis aquel voto en Doncaster de no emprender nada contra el Estado y de no reclamar otra cosa que los derechos que a la sazón os incumbían: la residencia de Gante, el ducado de Lancaster; nosotros juramos ayudaros en eso. Pero poco tiempo después la fortuna se puso a llover a cántaros sobre vuestra cabeza, y cayó sobre vos un diluvio tal de grandezas (diluvio formado en parte por nuestra ayuda, en parte por la ausencia del rey, en parte por los abusos de un reino desconcertado, los sufrimientos aparentes que habíais soportado, la obstinación de los vientos contrarios que retuvieron al rey tan largo tiempo en las desgraciadas guerras de Irlanda, donde todo el mundo en Inglaterra le creía haber muerto) que vos aprovechasteis la ocasión de este torbellino de felices circunstancias para que se os suplicase vivamente que empuñarais en vuestras manos el gobierno de la nación. Olvidasteis el juramento que nos habíais prestado en Doncaster, y vos, que habíais estado nutrido por nosotros, nos tratasteis como ese grosero engañador, el pájaro cuco, trata al gorrión: oprimisteis nuestro nido, y gracias al alimento que os habíamos dado, tomasteís un tan enorme volumen, que, a pesar de nuestra devoción hacia vos, no osamos aproximarnos a vuestra presencia, por temor de ser devorados y, al contrario, nos vimos constreñidos, por prudencia, a huir con alas ligeras de vuestra vista y levantar nuestras presentes fuerzas. Nosotros os resistimos, pues, por los propios medios que vos habéis forjado contra vos, por vuestros duros tratos, vuestra peligrosa actitud, vuestra violación de todos los compromisos y todos los juramentos que nos habíais prestado durante los episodios de vuestra juventud.

REY.—Todas esas cosas, en efecto, las habéis articulado, difundido por las encrucijadas de los mercados, leído en las iglesias, a fin de teñir el manto de la rebelión de algún agradable color que

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

pudiera placer a los ojos de esos inconstantes versátiles y de esos pobres descontentos que, con la boca abierta, y frotándose los codos, escuchan las noticias de la barahunda de innovaciones. Nunca hasta el día necesitó la insurrección de tan bonitos colores para pintar su causa ni de la turba de canallas hambrientos de un período de revuelta y confusión.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — *En nuestros dos* ejércitos habrá más de un alma que pagará cara esta entrevista si, al fin, llegan a las manos. Decid a vuestro sobrino que el príncipe de Gales une sus alabanzas a las que todo el mundo dedica a Enrique Percy. Según mis creencias, si se separa su figura de la presente empresa, no me parece que exista hoy más bravo caballero, de una actividad más valiente o de una más corajuda juventud, más atrevido o más intrépido y que sea más a propósito para adornar esta edad nuestra con nobles acciones. Por mi parte, puedo decirlo con vergüenza, he sido infiel a la caballería, y sé que ésta es la opinión que él tiene de mí. Sin embargo, lo digo delante de la majestad de mi padre, sería feliz si quisiera jugar contra mí su gran renombre y la estima de que goza, y para ahorrar la sangre de los dos lados, probaría fortuna contra él en singular combate.

REY.—Y no osaremos aventurar tu vida, príncipe de Gales, aunque infinitas consideraciones existen en contra de *ello... No, buen Worcester*, no; nosotros amamos bien a nuestro pueblo; aún amamos a *los que se han descarriado* tomando partido por vuestro primo, y si quieren aceptar los ofrecimientos de nuestra gracia, él, ellos, vos, todo el mundo, en una palabra, volveréis a ser mis amigos y yo seré el vuestro. Decidselo a vuestro sobrino y traedme respuesta sobre lo que hayáis resuelto; pero si no quiere ceder, el castigo y un terrible correctivo no esperan más que nuestra orden y harán su misión. Y ahora, partid; no queremos por el instante ser molestados por una respuesta; os hacemos lealmente estos ofrecimientos; reflexionad en ellos con cuidado. *(Salen* WORCESTER *y* VERNON.)

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Estos ofrecimientos no serán aceptados en la vida; el Douglas y el Hotspur, los dos juntos, desafiarán al universo en armas.

REY.—Así, pues, ¡fuera de aquí! ¡Cada jefe, a su puesto! Porque tras de su respuesta caeremos sobre ellos. ¡Y que *nos sea tan propicio* Dios como justa es nuestra causa! *(Salen el* REY, BLUNT *y* JUAN DE LANCASTER.)

FALSTAFF.—Hal, si me ves abatido en la batalla, ponme a horcajadas sobre ti, así; ésta es una señal de amistad.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Nadie más que un coloso puede darte esa prueba de amistad. Haz tus rezos, y adiós.

FALSTAFF.—Quisiera que fuese la hora de ir a la cama y que todo marchase bien.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Diablo! ¡Debes a Dios una muerte! *(Sale.)*

FALSTAFF.—No está debida aún, y me repugnaría pagarla antes de su fecha. ¿Qué necesidad tengo de meterme donde no me llaman? Bah, esto no es nada. El honor me aguijonea hacia adelante. Sí; pero ¿qué, si el honor me aguijonea hacia atrás cuando avance? ¿Es que el honor puede reponer una pierna? No. ¿O un brazo? No. El honor ¿no tiene, pues, ninguna habilidad en cirugía? No. ¿Qué es el honor? Una palabra. ¿Qué es esa palabra de honor? Aire. ¡Un adorno costoso! ¿Quién lo *posee*? El que murió el miércoles. ¿Lo siente? No. ¿Lo oye? No. ¿Es, pues, una cosa *insensible*? Sí, para los muertos. Pero ¿no podría vivir con los vivos? No. ¿Por qué? La *denigración* no lo sufriría; por tanto, no lo quiero. El honor es un simple escudo de armas..., y así acaba mi catecismo. *(Sale.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ESCENA II

El campamento rebelde cerca de Shrewsbury

Entran WORCESTER *y* VERNON

WORCESTER. — ¡Oh!, no, sir Ricardo; no es necesario informar a mi sobrino de los afectuosos y liberales ofrecimientos del rey.

VERNON.—Valdría más informarle.

WORCESTER. —Entonces, estamos todos perdidos. No puede ser, no es posible que el rey mantenga su palabra de querernos. Sospechará siempre y encontrará una ocasión de castigar esta ofensa en otras faltas. Toda nuestra vida, la sospecha fijará sobre nosotros sus millares de ojos, pues se confía en la traición como se confía en el zorro, que, por amansado, acariciado y encerrado que esté, no dejará de conservar siempre algo de la astucia salvaje de sus ascendientes. Cualquiera que sea nuestra fisonomía, triste o alegre, nuestras miradas se interpretarán mal, y estaremos alimentados como bueyes en el establo, tanto más cuidados cuanto más cerca se hallan de la muerte. El delito de mi sobrino podrá ser olvidado; tiene la excusa de la juventud y del calor de la sangre; tiene el privilegio del sobrenombre adoptado, Hotspur, el cerebro de liebre gobernado por el fastidio. Todas sus ofensas descansan sobre mi cabeza y la de su padre; nosotros somos los que le hemos educado. Y como es de nosotros de quienes ha tomado su corrupción, nosotros pagaremos por todo al ser la fuente de todo. Por consiguiente, mi buen primo, no es preciso que Harry conozca en ninguna circunstancia el ofrecimiento del rey.

VERNON.—Referidle lo que queráis; yo diré que eso es la verdad. Aquí llega vuestro sobrino.

Entran HOTSPUR *y* DOUGLAS. *Los siguen Oficiales y Soldados*

HOTSPUR.—Mi tío ha regresado. Poned en libertad a milord de Westmoreland. Tío mío, ¿qué noticias?

WORCESTER.—El rey os llama al combate sin demora.

DOUGLAS.—Enviadle el reto por el lord de Westmoreland.

HOTSPUR.—Lord Douglas, id vos mismo y decídselo así.

DOUGLAS.—A fe, que sí; iré y de muy buena gana. *(Sale.)*

WORCESTER.—No hay aparente clemencia en el rey.

HOTSPUR.—¿Le habéis mendigado nada semejante? ¡Plegue a Dios que no!

WORCESTER.—Le he hablado dulcemente de nuestros resquemores y de la violación de sus juramentos, los cuales reparó con nuevos perjurios de que jamás fué perjuro. Nos llama traidores, rebeldes, y quiere castigar en nuestras personas ese nombre odioso por medio de sus altivas armas.

Vuelve a entrar DOUGLAS

DOUGLAS.—¡A las armas, caballeros, a las armas! Pues acabo de lanzar un bravo desafío al rostro del rey Enrique, y Westmoreland, que estaba en rehenes, se lo lleva. Este desafío no puede surtir otro efecto que el de acelerar la pelea.

WORCESTER.—El príncipe de Gales se ha adelantado al rey, sobrino, y le ha propuesto provocaros a singular combate.

HOTSPUR.—¡Oh, pluguiera al Cielo que la contienda se limitase a nuestras dos cabezas, y que nadie tuviera hoy corto el respiro más que yo y Enrique Monmouth! Dime, dime: ¿en qué forma lanzó su desafío? ¿Pareció hacerlo con desprecio?

VERNON.—No, por mi alma; nunca en mi vida he oído lanzar más modestamente un desafío, a menos que no fue-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

se un hermano provocar a otro hermano a los nobles ejercicios y a las prácticas de armas. Os ha rendido todos los homenajes que se pueden rendir a un hombre; ha bordado sus alabanzas con una elocuencia de príncipe; ha hablado de vuestros méritos como una crónica, elevándose siempre por encima de todo elogio como demasiado débil para juzgaros, y, lo que es verdaderamente digno de un príncipe, ha hecho humilde mención de sí mismo y reprobado con tal gracia su libertina juventud como aquel instante de la doble facultad de si hubiera dicho que estaba dotado en enseñar y aprender. Hizo pausa con esto; pero he de declarar ante el mundo, si sobrevive a los peligros de esta jornada, que Inglaterra no habrá poseído jamás una esperanza tan hermosa y tan mal apreciado espíritu por las locuras de su juventud.

HOTSPUR.—Creo que estás enamorado de sus locuras. Jamás he sabido de un príncipe tan desenfrenado en su libertinaje. Pero, sea como fuere, hoy, esta noche, le aprisionaré tan fuertemente entre mis brazos de soldado que se asfixiará bajo mi cortesía. ¡A las armas, a las armas rápidamente! Y vosotros, ¡compañeros, soldados, amigos, considerad vosotros mismos lo que tenéis que hacer para exhortaros a ser valientes, mejor que yo pudiera con mis escasos dones de elocuencia!

Entra un MENSAJERO

MENSAJERO.—Milord, aquí traigo cartas para vos.

HOTSPUR.—No puedo leerlas ahora. ¡Eh, caballeros, el tiempo de la vida es corto! Gastar ese bravo período villanamente fuera demasiado largo, cuando la misma vida, galopando sobre la manecilla de un reloj, acabaría su viaje llegando en una hora. Si vivimos, viviremos para arrastrarnos a los pies de los reyes; si morimos, ¡bella muerte cuando la compartimos con los príncipes! En cuanto a nuestras conciencias, las armas son nobles cuando la razón por que se toman es justa.

Entra otro MENSAJERO

MENSAJERO.—Milord, preparaos; el rey avanza a grandes pasos.

HOTSPUR.—Le agradezco que me corte la arenga, porque no hago profesión de hablador. Que cada uno lo haga lo mejor que pueda. Aquí saco una espada, cuya hoja cuento teñir con la mejor sangre que podría hallar en los azares de este día peligroso. Ahora, ¡*Espérance*, Percy, y adelante! Haced resonar ruidosos instrumentos de guerra y abracémonos todos al son de esta música, porque, del cielo a la tierra, algunos de nosotros jamás se harán una segunda cortesía. *(Suenan las trompetas, se abrazan y salen.)*

ESCENA III

Entre los dos campamentos

Señal de la batalla. Movimiento de tropas y escaramuzas. Entran peleando DOUGLAS *y* BLUNT

BLUNT.—¿Cuál es tu nombre, que así me detienes en la batalla? ¿Qué honor buscas en conquistar mi cabeza?

DOUGLAS.—Has de saber que mi nombre es Douglas, y te persigo así en la batalla porque me han dicho que eres el rey.

BLUNT.—Te han dicho la verdad.

DOUGLAS.—Lord Stafford ha pagado cara su semejanza contigo, pues esta espada ha puesto fin a sus días, en lugar de poner fin a los tuyos, rey Enrique; eso es lo que ella va a hacer contigo, a menos que te me rindas como prisionero.

BLUNT.—No soy, por nacimiento, de los que se rinden, valeroso escocés, y vas a encontrar un rey que vengará la muerte de lord Stafford. *(Luchan y es muerto* BLUNT.)

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Entra HOTSPUR

HOTSPUR.—¡Oh Douglas! Si hubieses combatido en el Holmedon así, jamás habría yo triunfado de un escocés.

DOUGLAS.—Todo se ha acabado. La victoria es completa. Ahí yace el rey sin aliento.

HOTSPUR.—¿Dónde?

DOUGLAS.—Aquí.

HOTSPUR.—¿Este, Douglas? No; conozco perfectamente su cara. Era un valiente caballero, de nombre Blunt; estaba equipado absolutamente igual que el rey.

DOUGLAS.—¡Que un necio acompañe tu alma dondequiera que vaya! ¡Has adquirido muy caro un título prestado! ¿Por qué me dijiste que eras el rey?

HOTSPUR.—Hay muchos que combaten con igual equipo que el rey.

DOUGLAS.—Bien; por mi espada, que mataré a todos sus equipos, destruiré todo su guardarropa, pieza por pieza, hasta que encuentre al rey.

HOTSPUR.—¡Adelante y continuemos! Nuestros soldados prosiguen bravamente la victoria. *(Salen.)*

Alarmas. Entra FALSTAFF

FALSTAFF.—En Londres sabía yo cómo escapar de un fogonazo a quema ropa; pero aquí le temo a los disparos. Aquí no saben apuntar sino sobre la testa. ¡Tengamos calma! ¿Quién eres tú? ¡Sir Walter Blunt! ¡He aquí un honor para vos! ¡Y un honor que no es una vanidad!... Estoy tan ardiendo como plomo y tan pesado también. ¡Que Dios desvíe de mí el plomo! No tengo necesidad de pesar más que mis tripas. He conducido a mis andrajosos a un lugar donde han sido hechos polvo; de mis ciento cincuenta, no hay sino tres que están con vida, y ésos, destinados a mendigar el resto de sus días en los extremos de la ciudad. Pero ¿quién viene ahí?

Entra el PRÍNCIPE

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Cómo!, ¿te estás ahí sin hacer nada? Préstame tu espada. Gran número de caballeros, cuya vida está por vengar, yacen fríos y rígidos bajo las herraduras de los caballos del enemigo, ebrio de su triunfo. Te lo ruego, préstame tu espada.

FALSTAFF. — ¡Oh Hal! Te lo suplico. Dame permiso para respirar un poco. El turco Gregorio jamás realizó hechos de armas parecidos a los que yo he ejecutado hoy. He ajustado las cuentas a Percy; le he puesto en lugar seguro.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Está en lugar seguro, en efecto, y bastante vivo para matarte. Por favor, préstame tu espada.

FALSTAFF.—¡Por mi vida!, si Percy está vivo, no puedo darte mi espada; pero toma mi pistola, si la quieres.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Dámela. ¿Cómo es que está en su funda?

FALSTAFF.—Sí, Hal; está caliente, está caliente. Hay aquí con qué saquear una ciudad. *(El* PRÍNCIPE *saca de la funda una botella de canarias.)*

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Cómo! ¿Es éste momento de bromear y chancear? *(Le devuelve la botella y sale.)*

FALSTAFF.—Bueno; si Percy vive, le perforaré. Si se encuentra en mi camino, bien; pero si no se encuentra, si yo voy a buscarlo expresamente, que me haga picadillo. No quiero un honor que haga una mueca como la de sir Walter. Dadme la vida; si puedo salvarla, bueno; si no, el honor llegará sin que se le haya llamado, y todo se acabó. *(Sale.)*

ESCENA IV

Alarmas. Escaramuzas. Entran el REY ENRIQUE, *el* PRÍNCIPE, JUAN DE LANCASTER *y* WESTMORELAND

REY.—Por favor, Harry, retírate. Sangras demasiado. Lord Juan de Lancaster, id con él.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

PRÍNCIPE JUAN.—No; yo no, a menos que me suceda el sangrar también.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Suplico a Vuestra Majestad que retorne, para que vuestra retirada no alarme a nuestros amigos.

REY.—Es lo que voy a hacer. Milord de Westmoreland, conducidle a su tienda.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Conducirme, milord? No necesito vuestra ayuda. ¡Dios impida que un arañazo tan débil como éste aleje al príncipe de Gales donde la ensangrentada nobleza yace pisoteada y donde las armas de los rebeldes triunfan en la mortandad!

PRÍNCIPE JUAN.—Hablamos demasiado tiempo. Venid, primo Westmoreland; nuestro deber nos llama de este lado. ¡En el nombre de Dios, venid! *(Salen* JUAN DE LANCASTER *y* WESTMORELAND.)

PRÍNCIPE ENRIQUE. ¡Por el cielo! ¡Me has engañado, Lancaster! No te creía poseedor de tal villanía. Antes te amaba como a un hermano, Juan; pero ahora te respeto como a mi alma.

REY.—Le he visto contener a Percy con la punta de su espada con más vigor del que podía esperarse de un guerrero tan joven.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Oh, este niño nos infunde valor a todos! *(Sale.)*

Fragores de combate. Entra DOUGLAS

DOUGLAS.—¿Otro rey todavía? Brotan como las cabezas de la hidra. Yo soy ese Douglas que es fatal a todos los que llevan tus colores. ¿Quién eres tú, que imitas la persona del rey?

REY.—El mismo rey, que siente con todo su corazón que hayas encontrado tantas sombras suyas, sin encontrar al mismo rey. Tengo dos hijos que os buscan sobre el campo de batalla a ti y a Percy; pero puesto que un feliz azar te conduce a mí, allá voy a atacarte. Así que, defiéndete.

DOUGLAS. — Temo que seas aún una imitación, y, sin embargo, tu actitud es la de un rey; pero quienquiera que seas, estoy seguro que eres mío, y mira cómo voy a vencerte. *(Combaten. El* REY *queda en peligro.)*

Vuelve a entrar el PRÍNCIPE

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Levanta la cabeza, vil escocés, o corres el riesgo de no volverla a levantar jamás! Las almas de los valientes Shirley, Stafford y Blunt han pasado a mis armas. El que te amenaza es el príncipe de Gales, que no prometió nunca lo que pensó cumplir. *(Pelean.* DOUGLAS *huye.)* ¡Valor, mi señor! ¿Cómo se encuentra Vuestra Gracia? Sir Nicolás Gawsey ha enviado a buscar refuerzos, y Clifton también. Voy derecho a reunirme con Clifton.

REY.—Detente y respira un poco. Te has redimido de la opinión que tenía recientemente de ti, y por la valiente ayuda que me has prestado has conseguido probar que tenías alguna preocupación por mi vida.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Oh Dios! Me han hecho una injuria demasiado grande los que han pretendido que suspiraba por vuestra muerte. Si ello fuera así, os hubiera dejado perecer sin parar la mano ultrajante de Douglas, que habría labrado vuestro fin tan rápidamente como pudieran hacerlo todas las pócimas venenosas del mundo, y habría ahorrado a vuestro hijo el trabajo de mataros a traición.

REY.—¡Marcha en busca de Clifton! Yo iré con Nicolás Gawsey. *(Sale.)*

Entra HOTSPUR

HOTSPUR.—Si no me equivoco, eres Enrique Monmouth.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Hablas como si yo quisiera negar mi nombre.

HOTSPUR. — Mi nombre es Enrique Percy.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Bien; entonces, veo a un valentísimo rebelde de este nombre. Soy el príncipe de Gales; y no

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

creas, Percy, poder compartir por más tiempo la gloria conmigo. Dos estrellas no pueden moverse en la misma órbita. Inglaterra no puede contener ya el doble reino de Enrique Percy y del príncipe de Gales.

HOTSPUR. — No, y no será, Enrique, pues la hora que debe poner fin a uno de los dos ha sonado. ¡Y pluguiera a Dios que tu renombre en las armas fuese ahora tan grande como el mío!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Lo habré convertido en más grande antes de separarme de ti, y todos los laureles que han florecido sobre tu yelmo los cortaré para colocarme una guirnalda en mi cabeza.

HOTSPUR.—No puedo tolerar por más tiempo tus bravatas. *(Combaten.)*

Entra FALSTAFF

FALSTAFF.—¡Bien dicho, Hal! ¡Sus y a él, Hal! En verdad que no vas a encontrarte con un juego de niños, te lo aseguro.

Vuelve a entrar DOUGLAS; *combate con* FALSTAFF, *que cae como muerto. Sale* DOUGLAS. HOTSPUR *es herido y cae*

HOTSPUR.—¡Oh Enrique, me has robado mi juventud! Soporto mejor la pérdida de esta frágil existencia que la de los títulos de orgullo que me has arrebatado; su pérdida hiere más cruelmente mis pensamientos que tu espada mi carne; pero el pensamiento es el esclavo de la vida, y la vida es el loco del tiempo, y el tiempo, que domina al mundo entero, debe detenerse. ¡Oh, podría profetizar! Pero esta terrosa y fría mano de la muerte contiene mi lengua... No, Percy; eres polvo y alimento para.. *(Muere.)*

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Para los gusanos, bravo Percy. ¡Que te vaya bien, gran corazón! ¡Ambición mal tejida, cuán destrozado te ves! Cuando este cuerpo contenía un alma, un reino no era espacio bastante grande para él; pero ahora, dos pies de la más vil tierra son una medida suficiente. Esta tierra que te sostiene cadáver no cuenta entre los vivos tan bravo caballero. Si pudieras hacerte cargo de mis cumplidos, no mostraría un afecto tan fervoroso; pero ahora quiero ocultar con mis adulaciones tu faz estropeada, y me agradeceré a mí mismo haber llenado en honor tuyo estos hermosos ritos de ternura. ¡Adiós, y llévate contigo al cielo las alabanzas que te dedico! ¡Tu ignominia dormirá contigo en la tumba y no será recordada en tu epitafio! *(Ve a* FALSTAFF *en el suelo.)* ¡Cómo! ¡Viejo conocido! ¿No podía toda esta carne conservar un poco de vida? ¡Pobre Juanito, adiós! ¡Prescindiría mejor de un hombre honrado que de ti! ¡Oh, sentiría tu pérdida fuertemente si estuviera dominado por la vanidad! La muerte no ha golpeado hoy a un ciervo más gordo, aunque sí mucho más preciado en esta pelea sangrienta. Veré que seas embalsamado dentro de poco; hasta entonces, reposa en sangre al lado del noble Percy. *(Sale.)*

FALSTAFF. — *(Levantándose.)* ¡Embalsamado! Si me embalsamaras hoy, os daría permiso para salarme y comerme también mañana. ¡Sangre de Cristo! A tiempo estuve de hacerme el muerto, que, si no, ese furioso pendenciero de escocés me habría hecho pagar su escote y el importe completo también. ¿Fingir? Estoy acostumbrado; no he fingido nada; lo que es fingir es el morir; pues el que está muerto es una imitación de hombre, que no tiene en él la vida de un hombre. Pero el que finge la muerte cuando vive, no hace un fingimiento, pues es la verdadera y perfecta imagen de la vida misma. La mejor parte del valor es la discreción, y gracias a esta mejor parte he salvado la vida. ¡Voto a Dios! Tengo miedo de este barril de pólvora, aun muerto. ¿Y si fingiera también la muerte y se levantase? A fe mía que me asusta pensar que pudiera fingirla mejor. Por tanto, voy a asegurarme, sí, y juraré que le he matado. ¿Por qué no habría podido

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

incorporarse tan bien como yo? Nadie puede refutarme, sino testigos, y nadie me ve. Por consiguiente, bribón *(Apuñalándole.)*, con una nueva herida en la herida, venid conmigo. *(Carga con* HOTSPUR *a la espalda.)*

Vuelven a entrar el PRÍNCIPE *y* JUAN DE LANCASTER

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Ven, hermano Juan, que has bautizado bravamente en sangre tu juvenil espada.

PRÍNCIPE JUAN.—Pero, calla, ¿qué tenemos aquí? ¿No me habías dicho que ese hombre gordo estaba muerto?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Si, le he visto en tierra muerto, inanimado y sangrante. ¿Vives, o eres una visión que danza delante de nuestra vista? Te lo ruego, habla. No nos fiaremos de nuestros ojos sin que nuestros oídos nos confirmen su testimonio. No eres lo que pareces.

FALSTAFF.—No, es cierto. No soy un hombre doble; pero si no soy Juanito Falstaff, entonces soy Juanón. Ved aquí a Percy. *(Echa el cadáver al suelo.)* Si vuestro padre quiere concederme alguna recompensa, bien; si no, que él mate por sí mismo al próximo Percy que se presente. Espero ser conde o duque, puedo asegurároslo.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Cómo! Yo mismo maté a Percy y te vi a ti muerto.

FALSTAFF.—¿De veras? ¡Señor, señor, cuán dado al error es este mundo! Os concedo que estuviese en tierra y falto de aliento, que sí estaba; pero ambos nos levantamos al propio instante y hemos combatido una hora larga del reloj de Sherewsbury. Si se me puede creer, bien; si no, que aquellos que tienen poder para recompensar el valor lleven el pecado sobre sus cabezas. Que me muera, si no le he hecho esta herida en el costado. Si el hombre estuviese vivo y me desmintiese, ¡voto a Dios que le haría comer un pedazo de mi espada!

PRÍNCIPE JUAN.—Es la más extraña historia que he escuchado en todos los días de mi vida.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Lo que hay de extraño es este camarada, hermano Juan. Vamos, llevad vuestra carga noblemente sobre las espaldas. Por mi parte, si una mentira puede hacerte feliz, tendré cuidado de dorar la tuya con las más bellas palabras que estén a mi alcance. *(Toque de retreta.)* La trompeta toca retirada. La jornada nos pertenece. Vamos, hermano, marchemos hasta lo más alto del campo de batalla para ver qué amigos están vivos y cuáles muertos. *(Salen el* PRÍNCIPE ENRIQUE *y* JUAN DE LANCASTER.)

FALSTAFF.—Quiero seguir, como me dicen, para obtener recompensa. ¡El que me recompense a mí, que Dios le recompense! Si llego a ser más grande, estaré menos grueso, pues me purgaré y dejaré el canarias y viviré decentemente, como conviene a un noble. *(Sale.)*

ESCENA V

Otra parte del campo de batalla

Suenan las trompetas. Entra el REY ENRIQUE, *el* PRÍNCIPE, JUAN DE LANCASTER, WESTMORELAND *y otros con* WORCESTER *y* VERNON, *prisioneros*

REY.—¡Este es el castigo que encuentra siempre la rebelión! ¡Worcester, el mal te inspiró! ¿No os habíamos enviado a todos nuestra gracia, nuestro perdón y nuestros ofrecimientos afectuosos? ¿Y tú has osado presentar ofrecimientos en sentido contrario? ¿Abusar de la confianza de tu pariente? Tres caballeros de nuestro partido, un noble conde y buen número de seres humanos han muerto hoy, que vivieran a estas horas si como un cristiano hubieses transmitido entre nuestros ejércitos fieles mensajes.

WORCESTER.—Lo que he hecho, mi seguridad me obligaba a hacerlo, y abrazo mi destino pacientemente, puesto que cae sobre mí sin que pueda evitarlo.

REY.—Conducid a Worcester a la

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

muerte, y que Vernon le siga. Esperaremos para pronunciarnos sobre los otros culpables. *(Salen* WORCESTER *y* VERNON *custodiados.)* ¿Cuál es el estado del campo de batalla?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—El noble escocés lord Douglas, desde que ha visto la suerte de la jornada alejarse de él, al noble Percy muerto y a todos sus hombres sobrecogidos de terror, ha huido con el resto de los enemigos, y, al descender de una colina estaba tan extenuado, que le han cogido los perseguidores. Douglas está bajo mi tienda, y solicito de Vuestra Majestad poder disponer de él.

REY.—Con todo mi corazón.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Entonces, hermano Juan de Lancaster, a vos es a quien pertenece esta honorable generosidad. Personaos donde se halla Douglas y ponedle a disposición de sí mismo, libre y sin rescate; su valor, que nuestras cimeras han experimentado hoy, nos ha enseñado cómo nos es preciso honrar las grandes proezas, aun cuando sean debidas al arrojo de nuestros adversarios.

PRÍNCIPE JUAN.—Agradezco a Vuestra Gracia este acto de tan alta cortesía, que cumplimentaré inmediatamente.

REY.—Ahora he aquí lo que nos resta hacer. Debemos dividir nuestras tropas. Vos, mi hijo Juan, y vos, mi primo Westmoreland, os dirigiréis sobre York para detener a Northumberland y al prelado Scroop, que, según sabemos, se arman activamente. Yo mismo y vos, hijo mío, Enrique, marcharemos hacia el País de Gales para combatir a Glendower y al conde de March. La rebelión perderá todo su poder en ese reino cuando haya sufrido una derrota semejante a la de esta jornada. Y puesto que este asunto ha comenzado tan bien, no lo abandonemos sin haber reconquistado todos nuestros bienes. *(Salen.)*



scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

LA SEGUNDA PARTE DEL REY ENRIQUE IV

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández



scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

LA SEGUNDA PARTE DEL REY ENRIQUE IV

(THE SECOND PART OF KING HENRY IV)

DRAMATIS PERSONÆ

El Rumor, presentador.		Paje de Falstaff	
El Rey Enrique IV.		Travers	Secretarios de Northumberland.
Enrique, Príncipe de Gales, despues Enrique V	Hijos del Rey.	Morton	
Tomás, Duque de Clarence		Bardolf.	
Juan de Lancaster		Pistol.	
Humphrey de Gloucester		Poins.	
Conde de Warwick ...	Partidarios del Rey.	Peto.	
Conde de Westmorfland		Shallow	Jueces de paz.
Conde de Surrey		Silencio	
Gower		Davy, criado de Shallow.	
Harcourt		Mouldy *(Mohoso)*	Reclutas.
Blunt		Shadow *(Sombra)*	
Lord Justicia Mayor del Tribunal Real.		Wart *(Verruga)*	
Criado del Justicia Mayor.		Feeble *(Débil)*	
Conde de Northumberland	Adversarios del Rey.	Bullcalf *(Ternero Estúpido)*	
Ricardo Scroop, arzobispo de York		Fang *(Garra)*	Agentes del Sheriff.
Lord Mowbray		Snare *(Trampa)*	
Lord Hastings		Un Portero.	
Lord Bardolf		Un bailarín, recitador del Epílogo.	
Sir Juan Coleville		Ladi Northumberland.	
Sir Juan Falstaff.		Ladi Percy.	
		Mistress Quickly, hostelera de la taberna de Eastcheap.	
		Doll Tearsheet.	
		Lores y acompañantes; Oficiales, Soldados, Mensajeros, Mozos de mesón. Bedeles, Palafraneros, etc.	

Escena.—Inglaterra.

PROLOGO

Warworth.—Delante del castillo de Northumberland

Entra el Rumor, *en traje cubierto de lenguas pintadas*

Rumor. — Abrid los oídos, porque ¿quién de vosotros, cuando habla el bullicioso Rumor, podrá impedir que se divulguen sus palabras? Yo soy quien desde el Orto al lánguido Occidente, tomando a los vientos por mis caballos de posta, descubro perpetuamente los actos comenzados sobre esta terrestre esfera. De mis lenguas se escapan con-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

tinuas calumnias, que expreso en todos los idiomas, y de que me sirvo para llenar de falsos informes los oídos humanos. Hablo de paz, mientras una hostilidad oculta hiere al mundo bajo la capa de una sonriente seguridad. Y ¿quién sino el Rumor, quién sino yo solo es el que hace acelerar el espanto por las concentraciones de los soldados y los preparativos de defensa, cuando el año que se cree dominado por el temible y tiránico dios de la guerra lo está a la vez por toda otra calamidad? El Rumor es una flauta donde soplan las sospechas, los recelos, las conjeturas, y tan sencilla y fácil de tocar, que ese monstruo sin arte, de cabezas innúmeras, la multitud eternamente discordante y bullidora, puede hacerla resonar. Pero ¿qué necesidad tengo de describir así mi persona, bien conocida, delante de mi propia casa? ¿Por qué está aquí el Rumor? Porque corre a anticipar la victoria del rey Enrique, quien, en un combate sangriento cerca de Shrewsbury, ha derrotado al joven Hotspur y a sus tropas y extinguido la llama de la audaz rebelión con la sangre misma de los rebeldes. Pero ¿qué obligación tengo de decir la verdad por anticipado? Mi oficio es esparcir fuera el ruido de que Enrique Monmouth ha caído bajo la cólera de la espada del noble Hotspur, y que el rey, ante la furia de Douglas, ha inclinado tan bajo como la muerte su testa ungida. He propagado ese rumor por todas las localidades comprendidas entre el leal campo de batalla de Shrewsbury y esa madriguera corroída de piedras maltratadas por el tiempo, donde el padre de Hotspur, el viejo Northumberland, simula una enfermedad. Los correos llegan sin aliento, y no hay uno solo que traiga otras noticias que las que tienen de mí. Llevan consigo prestadas a las lenguas del Rumor, los dulces consuelos de la mentira, peores que las verdaderas desgracias. *(Sale.)*

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Warworth.—Delante del castillo de Northumberland

Entra LORD BARDOLF

LORD BARDOLF.—¡Hola! ¿Quién guarda aquí la puerta?

Se presenta el PORTERO

¿Dónde está el conde?

PORTERO.—¿A quién he de anunciar?

LORD BARDOLF.—Di al conde que lord Bardolf le espera.

PORTERO.—Su Señoría se está paseando por el jardín; plazca tan sólo a Vuestro Honor llamar a la puerta, y el mismo conde os responderá.

LORD BARDOLF.—Aquí viene el conde. *(Sale el* PORTERO.*)*

Entra NORTHUMBERLAND

NORTHUMBERLAND.—¿Qué noticias hay, lord Bardolf? Cada minuto debe ser en estos momentos el padre de alguna sorpresa. La hora presente es borrascosa. La discordia, parecida a un caballo harto de pienso ardiente, muerde furiosamente el bocado y atropella cuanto se pone delante de sí.

LORD BARDOLF.—Os traigo noticias ciertas de Shrewsbury, noble conde.

NORTHUMBERLAND. — ¡Quiera Dios que sean buenas!

LORD BARDOLF.—Tan buenas como el corazón puede desearlas. El rey está he-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

rido casi de muerte; merced a la fortuna feliz de milord, vuestro hijo, el príncipe Enrique yace atravesado de parte a parte; los Blunt, muertos por la mano de Douglas; el joven príncipe Juan, Westmoreland y Stafford han huído del campo de batalla, y el cochino de Enrique Monmouth, el pontón sir Juan, se halla prisionero de vuestro hijo. ¡Oh, una jornada semejante, tan bien defendida, tan bien dispuesta, tan completamente ganada, jamás ha honrado ningún siglo desde los triunfos del César!

NORTHUMBERLAND.—¿Cuál es la fuente de esas noticias? ¿Habéis visto vos el campo de batalla? ¿Venís de Shrewsbury?

LORD BARDOLF.—He hablado con uno que venía de allí, milord. Un caballero bien educado y de buen nombre, que me dió espontáneamente estas noticias como verdaderas.

NORTHUMBERLAND.—Aquí viene mi criado Travers, a quien envié el martes en busca de noticias.

LORD BARDOLF.—Le he adelantado en el camino, y no sabe otra cosa cierta sino lo que ha podido conocer por mí.

Entra TRAVERS

NORTHUMBERLAND.—Vamos a ver, Travers: ¿qué noticias traéis?

TRAVERS.—Milord, sir Juan Umfreville me hizo retroceder por las alegres nuevas que me dió; y como iba mejor montado, me adelantó bien pronto. Detrás de él ha venido un caballero que espoleaba con dureza y que, casi sin aliento a fuerza de correr, se ha detenido cerca de mí para que respirara su ensangrentado caballo. Me ha preguntado por el camino de Crester y he inquirido de él qué noticias traía de Shrewsbury. Me ha respondido que la rebelión había tenido mala suerte y que la espuela de Enrique Percy se había enfriado. Con esto ha vuelto la cabeza a su noble caballo, e inclinándose hacia adelante, hundió sus espuelas hasta la roseta contra los palpitantes ijares del animal, y partió, sin otras preguntas, a un galope tal, que parecía devorar el camino.

NORTHUMBERLAND. — ¡Ah! Repítelo. ¿Ha dicho que la espuela del joven Harry Percy estaba enfriada? ¿Que Espuelacaliente se había convertido en Espuelafría? ¿Que la rebelión había tenido mala suerte?

LORD BARDOLF.—Milord, os voy a decir lo que hay de ello. Si mi joven señor, vuestro hijo, no ha obtenido la victoria, por mi honor que cederé mi baronía por un nudo de seda. No hablemos de eso.

NORTHUMBERLAND. — ¿Por qué, entonces, ese caballero que aceleró la marcha de su corcel junto a Travers ha anunciado tales reveses?

LORD BARDOLF.—¿Quién? ¿Aquel hombre? Sería algún pobre diablo que había robado el caballo que montaba y, por mi vida, que hablaba a la ventura. Ved, aquí vienen más noticias.

NORTHUMBERLAND.—Sí, la frente de este hombre, parecida a la portada de un libro, anuncia el contenido de un trágico volumen. Semejante es el aspecto de la playa cuando el proceloso oleaje ha dejado la huella de su destrucción.

Entra MORTON

Dime, Morton: ¿vienes de Shrewsbury?

MORTON.—He huído de Shrewsbury, mi noble señor, donde la muerte ha tomado la repugnante máscara para espantar a vuestro partido.

NORTHUMBERLAND.—¿Cómo van mi hijo y mi hermano? Tiemblas, y la palidez de tus mejillas refiere con más claridad tu mensaje que tu lengua. Un hombre como tú, tan lánguido, tan abatido, tan embotado, de tan muerta mirada, de semblante tan destrozado por el dolor, fué el que descorrió las cortinas de Príamo en la noche desolada para decirle que media ciudad de Troya estaba

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ardiendo; pero Príamo adivinó el incendio antes que él hubiese recobrado el uso de su lengua y yo adivino la muerte de Percy antes que tú me la narres. He aquí lo que me dirías: «Vuestro hijo ha hecho esto y aquello; vuestro hermano, lo otro; así ha combatido el noble Douglas», poniendo atento mi ávido oído para escuchar sus atrevidas hazañas. Pero, al fin, y esta vez me infundirás interés más profundo por oírte, dejarás escapar un suspiro, que disipará todas las alabanzas, y terminarás así: «Hermano, hijo y todos han muerto.»

MORTON.—Douglas está vivo, y vuestro hermano vive aún; pero en cuanto a mi señor, vuestro hijo...

NORTHUMBERLAND.—¡Ha muerto, oh!... ¡Ved cómo se anticipa la sospecha a la palabra! El que teme solamente lo que no querría saber, por instinto reconoce en los ojos de los otros que lo que temía ha sucedido. Habla, sin embargo, Morton. Di a tu conde que su adivinación ha mentido, y tomaré ello como un suave disgusto, y te enriqueceré a pesar de inferirme tal daño.

MORTON.—Sois demasiado grande para ser desmentido por mí; vuestro presentimiento no es sino por demás justificado; vuestros temores no son sino demasiado ciertos.

NORTHUMBERLAND.—Sin embargo, a pesar de todo, no dices que Percy ha muerto. Leo una extraña confesión en tus ojos; sacudes la cabeza y miras como ante un peligro o una falta el decir la verdad. Si le han matado, dímelo; la lengua que relate su muerte no puede ofender. Peca el que desmiente una muerte cierta, pero no el que dice que los muertos no están vivos. No obstante, el que lleva el primero las noticias adversas sólo tiene un oficio ingrato, y su voz resuena siempre, desde entonces, en nuestra alma como una sorda campana que nos recuerda el toque de difuntos de un amigo.

LORD BARDOLF.—Yo no puedo creer, milord, que vuestro hijo haya muerto.

MORTON.—Siento en el alma forzaros a creer lo que pluguiera al Cielo que yo no hubiese visto; pero mis ojos le vieron todo ensangrentado, dando débiles golpes, agotado y sin aliento, frente a Enrique Monmouth, cuya fulminante cólera ha abatido al Percy que nunca tuvo miedo, sobre la tierra, de donde no se levantará más con vida. En una palabra: la muerte de aquel cuyo ardor encendía al más burdo aldeano de su ejército, una vez consumada, ha quitado todo el valor a sus tropas, de valentía mejor templada; pues era del metal de su alma de donde su partido tomaba el acero de su resistencia, y ese metal, al hacerse pedazos, todos los otros cayeron como plomo blando y pesado. Y por lo mismo que las cosas pesadas por sí son las que, cuando se las impulsa, corren con más grande velocidad, así los nuestros, convertidos en pesados por la pérdida de Espuelacaliente, prestaron con sus terrores tal ligereza a este peso, que las flechas no vuelan más velozmente hacia su objetivo que nuestros soldados, en pos de su salvación, volaban en su huída del campo de batalla. Entonces, el noble Worcester fué hecho muy pronto prisionero; y a ese furioso escocés, el sanguinario Douglas, cuya espada valientemente laboriosa había matado por tres veces el fantasma del rey, ha comenzado a faltarle el corazón, y ha proporcionado una excusa a la afrenta de los que habían vuelto la espalda. En su fuga ha flaqueado el temor, y ha sido capturado. El resumen de todo es que el rey ha vencido, y que ha enviado a toda prisa para asaltaros, milord, fuerzas bajo el mando del joven Lancaster y de Westmoreland. Tales son las noticias completas.

NORTHUMBERLAND.—Harto tiempo tendré para llorar estas desgracias. En el mismo veneno hay un remedio, y esas noticias, que si hubiesen sido felices me habrían enfermado, siendo malas me han hecho, hasta cierto punto, recobrar la salud. Lo mismo que el inválido cu-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

yas articulaciones debilitadas por la fiebre ceden *bajo el peso de la vida* como goznes sin fuerza, en la impaciencia de su mal se escapa como una llama de los brazos de su guardián, así mis miembros, debilitados por el pesar, pero ahora exasperados por el dolor, tienen tres veces su vigor ordinario. Así, pues, ¡fuera, cómodas muletas! ¡Un escamoso guantelete con puño de acero debe ahora enguantar esta mano! Y en adelante, ¡fuera, gorro enfermo! Eres un preventivo demasiado fútil para la cabeza que los príncipes, ebrios por el triunfo, se disponen a apuntar. Ceñid ya mi frente de hierro, y que venga la hora más trágica que el tiempo y la desgracia puedan traer para mirar con ceño al desesperado Northumberland. ¡Que el cielo bese a la tierra! ¡Que la mano de la Naturaleza no detenga más en sus límites las olas impetuosas! ¡Que muera todo orden! ¡Y que este mundo no sea ya un teatro que alimente la discordia en soporíferas jornadas, sino que el alma del primer Caín reine en todos los pechos, de suerte que todos los corazones, al ser empujados a actos sangrientos, acaben esta tragedia brutal, y quede la noche sola para sepultar a los muertos!

TRAVERS.—Esa excesiva cólera os hace daño, mi señor.

LORD BARDOLF.—Amable conde, que Vuestro Honor no se divorcie de la prudencia.

MORTON.—Las vidas de todos vuestros amados cómplices tienen por apoyo vuestra salud, que habrá de sucumbir necesariamente si la abandonáis a las tempestades de la cólera. Antes de decir: «¡Sublevémonos!», estabais, sin duda, mi noble señor, sometidos por anticipado al desenlace de la guerra, y habíais calculado todas las eventualidades posibles. Sabíais de antemano que en el azar de los golpes vuestro hijo podía sucumbir; sabíais que iba delante de los peligros sobre un puente estrecho, de donde era más probable que cayese que lo pudiera atravesar; sabíais que su carne estaba expuesta a recibir heridas y cuchilladas, y que su espíritu impetuoso le conduciría allí donde hubiera mayor suma de riesgos que correr... Sin embargo, dijisteis: «¡Adelante!»; y ninguna de estas posibilidades, aunque alguna hubiera de temerse en gran manera, ha podido desviaros de esta acción inquebrantablemente decidida. ¿Qué ha sucedido, pues; qué es lo que esta audaz empresa ha producido, sino lo que era posible que produjese?

LORD BARDOLF. — Todos nosotros, los que estamos envueltos en este naufragio, sabíamos que nos aventurábamos en mares tan peligrosos, que había diez *probabilidades* contra una de salir de ellos con bien; y, sin embargo, nos hemos expuesto, pues el botín que perseguíamos ahogaba en nosotros la consideración del riesgo probable en perspectiva. Pues que estamos derrotados, expongámonos una segunda vez. Vamos; arriesguémoslo todo: cuerpo y bienes.

MORTON.—Es más que tiempo. Mi muy noble señor, sé de fuente segura, y os digo la verdad, que el noble arzobispo de York se ha sublevado con tropas bien pertrechadas. Es hombre que sujeta a sus partidarios con una doble cadena. Milord, vuestro hijo no tenía con él más que los cuerpos, las sombras, las apariencias de hombres; pues esta misma palabra de rebelión separaba la acción de sus cuerpos a la adhesión de sus almas, y combatían con repugnancia, por compromiso, como se bebe una pócima; tanto, que solas sus armas parecían estar de nuestro lado; pero en cuanto a sus espíritus y sus almas, esta palabra rebelión les había helado como peces en un estanque. Mas ahora el obispo da a la insurrección un color religioso; como se supone que sus pensamientos *son piadosos y sinceros*, las almas le siguen tan bien como los cuerpos; infunde un carácter sugestivo a la insurrección mostrando la sangre del simpático rey Ricardo raída de las pie-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

dras de Pomfret; hace descender del cielo su querella y su causa; dice a sus hombres que viene a levantar a su sangrante país del trance de muerte bajo el poderoso Bolingbroke, y grandes y pequeños se agrupan para seguirle.

NORTHUMBERLAND.—Conocía ya esas noticias; pero, a decir verdad, el presente disgusto las había borrado de mi imaginación. Venid conmigo, y que cada uno dé su opinión sobre los mejores medios de seguridad y de venganza. Expidamos correos y cartas, y hagamos amigos con rapidez. Jamás hemos tenido tan pocos y jamás necesitamos tanto de ellos. *(Salen.)*

ESCENA II

Londres.— Una calle

Entra FALSTAFF, *con su* PAJE, *que lleva su espada y su broquel*

FALSTAFF.—Pícaro, coloso: ¿qué dice el doctor de mi orina?

PAJE.—Dijo, señor, que la orina en sí era buena y sana; pero que en cuanto a la persona de la cual salía, tenía más enfermedades de las que pensaba.

FALSTAFF.—Las gentes de toda índole cifran su orgullo en burlarse a mi costa. El cerebro de esta estúpida arcilla, el hombre, no es capaz de inventar algo que haga reír más de lo inventado por mí sobre mí. No solamente soy ingenioso por mí mismo, sino la causa de que tengan ingenio los demás. Marcho delante de ti como una puerca que hubiese ahogado toda su *lechigada* menos una cría. Si el príncipe te ha puesto a mi servicio para otro menester que el de servirme de contraste, no tengo, ¡pardiez!, juicio ninguno. Tú, hijo de puta mandrágora, harías mucho mejor figura colocado en mi sombrero que la que haces sobre mis talones sirviéndome de escolta. No he sido todavía servido por una figulina de ágata; sin embargo, no os engastaré en oro ni en plata, sino en una vil montura, y os devolveré como una joya a vuestro dueño, a ese jovenzuelo el príncipe, vuestro amo, cuya barbilla está todavía sin plumas. No tendré yo más barba en la palma de la mano que la que él tenga en sus mejillas; y, no obstante, no titubearé en decir que su cara es una cara real. Dios podrá terminarla cuando quiera, porque ahora no tiene todavía ni un pelo. Puede guardarlo eternamente como una efigie regia, pues un barbero jamás ganará con ella seis peniques; y sin embargo, quiere gallear como si fuese hombre desde el tiempo que su padre era todavía soltero. Puede conservar su propia gracia; pero casi ha perdido la mía, se lo anticipo. ¿Qué ha dicho el señor Dombledon con respecto del raso para mi capa corta y mis pantalones anchos?

PAJE.—Ha dicho, señor, que es preciso darle mejor garantía que Bardolf. No quiere aceptar su bono ni el vuestro. No le gusta esa seguridad.

FALSTAFF.—¡Que sea condenado, como un glotón, y quiera Dios que se le queme la lengua!... ¡Un achitofel, hijo de puta, bribón, encanallado de esa laya, tener un caballero en sus garras y reclamar todavía seguridad! Estos rufianes de cabeza monda os llevan ahora tacones altos y manojos de llaves en la cintura; y si un hombre pasa entre ellos pidiendo rotunda y honestamente un crédito, le reclaman seguridades. Preferiría que me taparan la boca con ratas muertas antes que con esa palabra: «seguridad». Contaba yo con que me enviarían veintidós yardas de raso, como soy un verdadero caballero, y él me envía «seguridad». Bien; puede dormir en «seguridad», porque tiene el cuerno de la abundancia, y la ligereza de su mejor brillo a través de él, y, sin embargo, no puede mirar, aunque tenga su propio farol para alumbrarse. ¿Dónde está Bardolf?

PAJE.—Ha marchado a Smithfield a comprar un caballo a vuestra señoría.

FALSTAFF.—Lo ha comprado en San

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Pablo, y se va a comprar el *caballo* a *Smithfield*; si pudiera ahora procurarme una esposa en un burdel, estaría servido, montado y casado.

PAJE.—Aquí viene el gentilhombre que metió en prisión al príncipe por haberle golpeado a *causa* de Bardolf.

FALSTAFF.—Sígueme de cerca; no quiero verle.

Entra el LORD JUSTICIA MAYOR *y un* SECRETARIO

JUSTICIA.—¿Quién es ése que se va de ahí?

SECRETARIO.—Falstaff, si place a vuestra señoría.

JUSTICIA.—¿*El que estaba* acusado en el asunto del robo?

SECRETARIO.—El mismo, milord; pero ha rendido después buenos servicios en Shrewsbury, y, si lo que he oído es verdad, parte ahora con *una misión* a las *órdenes* del lord Juan de Lancaster.

JUSTICIA.—¡Cómo! ¿Parte para York? Llamadle.

SECRETARIO.—¡Sir Juan Falstaff!

FALSTAFF.—Niño, dile que soy sordo.

PAJE.—*Es menester* que habléis más alto; mi amo es sordo.

JUSTICIA.—Estoy seguro de que no lo es para escuchar alguna cosa buena... Id y dadle en el codo; necesito hablarle.

SECRETARIO.—¡*Sir Juan!*

FALSTAFF.—¡Cómo! ¿Un joven pícaro que mendiga? ¿No hay guerras? ¿No hay trabajo? ¿Es que el rey no tiene necesidad de sus súbditos? ¿Es que los rebeldes no precisan de soldados? Aunque *no haya honor sino* en uno de los dos partidos, sin embargo, más vergonzoso es mendigar que alistarse en el peor bando; aun cuando fuera tan malo que no pudiera expresarlo el nombre de rebelión.

SECRETARIO.—Os equivocáis conmigo, señor.

FALSTAFF.—¡Cómo, señor! ¿Es que os dije que fueseis un hombre honrado? Poniendo aparte mis títulos de soldado y de caballero, hubiera mentido con toda mi boca si hubiese dicho eso.

SECRETARIO.—Os ruego, señor, que pongáis a un lado vuestros títulos de caballero y de soldado, y permitidme que os diga *que mentís con* toda vuestra boca si decís que soy otra cosa que un hombre honrado.

FALSTAFF.—¿Darte yo permiso para hablarme así? ¿Renunciar yo a lo que es inseparable de *mi persona*? Si llegas a *obtener* de mí un permiso de ese género, puedes colgarme, y si te lo tomas, mejor te sería que fueses colgado. ¡Fuera de aquí, sabueso carcelario! ¡Despeja!

SECRETARIO.—*Señor*, milord querría hablaros.

JUSTICIA.—Sir Juan Falstaff, una palabra con vos.

FALSTAFF.—¡Mi buen lord! ¡Dios dé a vuestra señoría *una buena jornada*! Me contenta ver a vuestra señoría en la calle; había oído decir que vuestra señoría estaba enfermo; supongo que vuestra señoría habrá salido por consejo de su médico. Aunque vuestra señoría *no haya pasado* aún de la juventud, os resentís un poco de la edad, tenéis algún dejo de la salumbre del tiempo, y con la mayor humildad suplico a vuestra señoría que mire con escrupuloso cuidado por su *salud*.

JUSTICIA.—Sir Juan, os mandé llamar antes de vuestra expedición a Shrewsbury.

FALSTAFF.—Si no le disgusta a vuestra señoría, he de manifestarle que me consta *que Su Majestad* ha regresado del País de Gales un poco descontento.

JUSTICIA.—No hablo de Su Majestad. Lo que digo es que no vinisteis cuando os mandé buscar.

FALSTAFF.—Y sé, además, que Su Alteza ha tenido un acceso de la misma hija de puta apoplejía.

JUSTICIA.—Bueno; ¡que Dios le mejore! Os ruego que me dejéis hablaros.

FALSTAFF.—Esta apoplejía es, a mi entender, una especie de letargo, si no le

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

desagrada a vuestra señoría; una especie de sueño de la sangre, con un hilo de puta de zumbido de oídos.

JUSTICIA. — ¿Quién os habla de eso? Sea lo que quiera.

FALSTAFF.—Tiene su origen en los grandes disgustos, los excesos de trabajo y las perturbaciones del cerebro. He leído la causa de sus efectos en Galeno. Es una forma de sordera.

JUSTICIA. — Presumo que habéis caído en esa dolencia, pues no oís lo que os digo.

FALSTAFF. — Muy bien, milord; muy bien. La dolencia que me aflige es más bien, no os disgustéis, la dolencia de no escuchar, el mal de la inatención.

JUSTICIA.—Colgaros por los talones será el medio de provocar atención en vuestros oídos, y no me daría ningún reparo en llegar a ser vuestro médico.

FALSTAFF.—Soy tan pobre como Job, milord, pero no tan paciente. Vuestra señoría puede administrarme, a causa de mi pobreza, la pócima de la prisión; pero hasta qué punto sería vuestro paciente para seguir vuestras prescripciones, es cuestión sobre la cual los sabios podrían tener un dracma de escrúpulo y aun un escrúpulo entero.

JUSTICIA.—Os había mandado llamar para que me respondierais de acusaciones que pesaban contra vos por vuestra vida.

FALSTAFF.—Y yo no vine por hallarme bien enterado de las leyes militares de este país, que me lo aconsejaron así.

JUSTICIA. — Bueno; la verdad es, sir Juan, que vivís en una gran infamia.

FALSTAFF.—El que se ciña mi cinturón no puede vivir en una más pequeña.

JUSTICIA.—Vuestros recursos son muy pequeños, y vuestros gastos, grandes.

FALSTAFF.—Preferiría que fuese lo contrario: querría que mis recursos fuesen más grandes y mi cintura más chica.

JUSTICIA.—Habéis extraviado al joven príncipe.

FALSTAFF.—Al contrario: es el joven príncipe quien me ha extraviado a mí. Yo soy el individuo de gran vientre, y él, el perro que me guía.

JUSTICIA. — Bien; no quisiera reabrir una herida recientemente cerrada. Vuestros servicios del día en Shrewsbury doraron un poco vuestra hazaña nocturna en Gadshill. Podéis agradecer a los trastornos de estos momentos el haber escapado sin molestias por vuestra acción.

FALSTAFF.— ¡Milord!...

JUSTICIA.—Pero, puesto que todo va bien, dejadlo así; no despertéis al lobo, que duerme.

FALSTAFF.—Despertar a un lobo es tan malo como oler un zorro.

JUSTICIA. — ¡Pardiez! Sois como una candela: la mejor parte es la quemada.

FALSTAFF.—Un cirio, milord, todo sebo. Si yo os dijese que es de cera mi gordura, diría la verdad.

JUSTICIA. — No hay una sola cana en vuestro rostro que no os haga recordar el sentimiento de la seriedad.

FALSTAFF.—El sentimiento de la obesidad, obesidad, obesidad.

JUSTICIA. — Seguís al joven príncipe arriba y abajo, como un ángel malo.

FALSTAFF.—No tanto, milord; vuestro «ángel» malo es ligero, pero espero que el que me eche la vista encima me cogerá sin fijarse en el peso; y, sin embargo, en algunos aspectos, confieso que no puedo pasar..., no puedo decir por qué. La virtud es tan poco estimada en estos tiempos de mercantilismo, que el valor se ha convertido en exhibidor de osos. El genio se ha hecho mozo de mesón y gasta su viva inteligencia en extender cuentas; los demás dones que pertenecen al hombre, dada la manera como la milicia de este siglo los acomoda, no valen una grosella. Vos, que sois viejo, no comprendéis las capacidades de nosotros, los que somos jóvenes. Apreciáis el valor de vuestro hígado por la amargura de vuestra bilis; pero los que estamos en la primavera de nuestra juventud nos mostramos a veces algo calaveras, es menester confesarlo.

JUSTICIA. — ¿Osáis inscribir vuestro

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

nombre en el registro de la juventud, vos, sobre quien el tiempo, con todos sus caracteres, ha escrito «vejez»? ¿No tenéis los ojos húmedos, las manos secas, las mejillas amarillentas, la barba blanca, la pierna floja, el vientre hinchado? ¿No tenéis la voz cascada, el resuello corto, la barbilla doble, la inteligencia simple? Cada una de vuestras partes, ¿no está marchita de antigüedad? Y ¿queréis todavía llamaros joven? ¡Uf, uf, uf! ¡Qué asco, sir Juan!

FALSTAFF.—Milord, nací hacia las tres de la tarde con la cabeza blanca y el vientre algo redondo. En cuanto a mi voz, la he perdido al lanzar aclamaciones y al cantar antífonas. No quiero entretenerme más en probaros mi juventud. La verdad es que no soy viejo más que en juicio y en entendimiento; que el que quiera apostar conmigo mil marcos a quién hace mejores cabriolas, que me preste el dinero y ya verás después. Cuanto a la bofetada que el príncipe os ha dado, él la ha dado como un príncipe rudo y vos la habéis recibido como un lord sensible. Le he reprendido por eso, y el joven león se arrepiente de ello, no como para vestir de tela de sacos y cenizas, ¡diantre!, sino bajo seda nueva y añejo canarias.

JUSTICIA.—Bien. ¡Dios envíe al príncipe mejor compañero!

FALSTAFF.—¡Dios envíe al compañero mejor príncipe! No puedo conseguir desembarazarme de él.

JUSTICIA.—Bien; el rey os ha separado a vos y al príncipe Enrique. Sé que marcháis con lord Juan de Lancaster contra el arzobispo y el conde de Northumberland.

FALSTAFF.—Sí, y agradezco estos informes a vuestro gentil y delicado talento. Pero haced por rogar todos cuantos besáis a miladi. Paz en el interior, que nuestros ejércitos no vengan a las manos en una calurosa jornada; porque, por el Señor, no llevo más que dos camisas conmigo y no tengo deseos de sudar de una manera extraordinaria. Que haga por casualidad un día caluroso, y si enarbolo otra cosa que mi botella, que no pueda escupir blanco más en mi vida. Ninguna acción peligrosa asoma la cabeza que no esté enzarzado en ella. Bien; no puedo durar eternamente; pero ésa fué siempre la manía de nuestra nación inglesa: cuando tiene una cosa buena, la vulgariza. Si queréis de modo absoluto que yo sea viejo, deberíais darme reposo. ¡Pluguiera a Dios que mi nombre no fuese tan terrible para el enemigo! Preferiría ser roído de muerte por el moho que estar reducido a la nada por el perpetuo movimiento.

JUSTICIA.—Bien; sed honrado, sed honrado, y que Dios bendiga vuestra expedición.

FALSTAFF.—¿Tendría vuestra señoría la bondad de prestarme mil libras para mi equipo?

JUSTICIA.—Ni un penique, ni un penique. Sois demasiado inquieto para llevar «cruces». Seguid bien, y dad mis recuerdos a mi primo Westmoreland. *(Sale el* JUSTICIA MAYOR *con su* SECRETARIO.)

FALSTAFF.—Si lo hago, que me sacudan con un mazo manejado por tres mocetones. El hombre no puede separar la vejez de la avaricia, como no se pueden apartar los miembros jóvenes y la lascivia; pero la gota embrutece la una y el venéreo destruye los otros; y así, ambas edades me ahorran la pena de maldecirlas... ¡Muchacho!

PAJE.—¡Señor!

FALSTAFF.—¿Cuánto tengo en mi bolsa?

PAJE.—Siete groats y dos peniques.

FALSTAFF.—No puedo hallar remedio contra esta consumición de mi bolsa. Pedir prestado no hace sino prolongar y prolongar su existencia; pero el mal es incurable. Ve a llevar esta carta a milord de Lancaster; ésta, al príncipe; ésta, al conde de Westmoreland, y esta otra, a la vieja señora Ursula, a la que he jurado casarme con ella una vez por semana desde el día en que vislumbré el primer pelo blanco de mi barbilla.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

En marcha; ya sabéis dónde encontrarme. *(Sale el* PAJE.) ¡El venéreo sea de esta gota, o la gota de este venéreo! Porque el uno o la otra me juegan esta bribonada con este dedo gordo del pie. Después de todo, poco importa que cojee. Tengo las guerras para colorearme, y mi pensión parecerá más justificada. Un buen talento debe hacer uso de todo: tornaré mis enfermedades en provecho propio. *(Sale.)*

ESCENA III

York.—Aposento en el palacio del Arzobispo

Entra el ARZOBISPO *de* YORK, LORD HASTINGS, MOWBRAY *y* BARDOLF

ARZOBISPO.—Ya habéis oído nuestra causa y conocéis nuestros recursos; os lo ruego, mis nobles amigos: expresad todos francamente vuestra opinión sobre nuestras posibilidades de éxito. Vos, primero, lord mariscal: ¿qué decís a ello?

MOWBRAY.—Admito la perfecta legitimidad de nuestro alzamiento; pero estaría mucho más satisfecho si con nuestros medios pudiésemos presentar a las fuerzas y a la potencia del rey un frente de combate bastante sólido y extenso.

HASTINGS.—Nuestras tropas reunidas presentan actualmente un total de veinticinco mil hombres elegidos, y para nuestros refuerzos contamos firmemente con el poderoso Northumberland, cuyo corazón arde con fuego que atizaron las injurias.

LORD BARDOLF.—La cuestión, entonces, lord Hastings, se plantea así: ¿podemos resistir con nuestros veinticinco mil hombres presentes sin Northumberland?

HASTINGS.—Con él, podemos.

LORD BARDOLF.—Sí, ¡pardiez!, ése es el quid; pero si nos juzgamos demasiado débiles sin él, mi opinión es que no debemos avanzar muy lejos antes de tener su ayuda en la mano; porque en un asunto que presenta un aspecto tan terrible como éste, no se puede admitir la conjetura, la posibilidad, la espera problemática de socorros inciertos.

ARZOBISPO.—Es muy verdad lord Bardolf; porque ése fué en suma el caso del joven Hotspur en Shrewsbury.

LORD BARDOLF.—En efecto milord; se apoyó en la esperanza, vivió del aire de la promesa de socorro, jactándose con la ilusión de una fuerza mucho más pequeña que el más pequeño de sus pensamientos; y así, con esta gran imaginación, propia de los locos, fué como condujo sus tropas a la muerte y saltó con los ojos cerrados en el abismo.

ARZOBISPO.—Pero, con permiso vuestro, jamás hubo daño en calcular las probabilidades y los motivos de esperanza.

LORD BARDOLF.—Sí, en una guerra de la naturaleza de la que está empeñada actualmente, en una acción como la de estos instantes, la esperanza de una causa que está en sus comienzos parécese a la que una primavera precoz puede inspirar por sus brotes nacientes; la esperanza no da más razones para contar con que esos brotes se convertirán en frutos, que las razones de la desesperanza para temer que las heladas los destruyan. Cuando tenemos la intención de construir, examinamos primero el emplazamiento, después dibujamos el plano; y cuando vemos la forma de la casa, entonces calculamos el coste de la erección. Y si encontramos que excede de nuestros recursos, ¿qué hacemos entonces? Reanudamos nuestro proyecto sobre un plano menos amplio o renunciamos por completo a construir. Mucho más es necesario todavía en esta gran empresa, que consiste casi en desarraigar un reino para elevar otro, estudiar nuestro terreno y nuestro plano. Nos es preciso partir de una base segura, consultar a los expertos, hacer la cuenta de nuestros propios recursos para saber si la acción en que nos empeñamos podrá mantenerse contra la acción

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

opuesta; de otro modo, es formar las tropas sobre el papel y en cifras y emplear la palabra hombres, en vez de realidad de hombres. Nos asemejaríamos al que dibuja el plano de una casa sin recursos para construirla, y que, abandonándola a medio hacer, deja la parte que ha levantado con grandes gastos como una esclava desnuda destinada a recibir los llantos de las nubes, como una presa condenada a soportar la tiranía del riguroso invierno.

HASTINGS.—Concedamos que nuestras esperanzas, que, sin embargo, son bien prometedoras desde su nacimiento, han nacido muertas, y que poseemos ya todo cuanto podemos aguardar, hasta el último hombre. Creo que, tal como estamos, componemos una fuerza bastante poderosa para equilibrarla con la del rey.

LORD BARDOLF.—¡Cómo! ¿Es que no tiene el rey más de veinticinco mil hombres?

HASTINGS.—No tiene más para oponérsenos; ni quizá tantos, lord Bardolf, pues sus fuerzas, para hacer frente a los peligros actuales, han tenido que dividirse en tres cuerpos de ejército: uno de ellos, contra los franceses; otro, contra Glendower, y el tercero, necesariamente, contra nosotros; así, ese rey vacilante está cortado en tres, y sus arcas suenan con la oquedad del vacío y de la pobreza.

ARZOBISPO.—No hay temor de que reuna sus varias divisiones y venga contra nosotros con toda su fuerza.

HASTINGS.—Si lo hicese, dejaría su retaguardia sin protección y tendría pisándole sus talones a franceses y galeses. No temáis eso.

LORD BARDOLF.—¿Cuáles son los jefes probables de las fuerzas que enviará aquí contra nosotros?

HASTINGS.—El duque de Lancaster y Westmoreland; contra los galeses, el rey en persona y Enrique Monmouth; pero respecto de quién sea el lugarteniente enviado contra los franceses, no tengo noticia cierta.

ARZOBISPO.—Sublevémonos y proclamemos el motivo de nuestra toma de armas. La nación está enferma de su propia elección. El ansia, el afecto que sentía por él la ha estragado; construcción movediza e insegura es la edificada sobre el corazón del vulgo. ¡Oh loca multitud! ¡Con qué ruidosos aplausos atronabas el cielo bendiciendo a Bolingbroke antes que fuera lo que querías que fuese! Y ahora que estás satisfecha en tus deseos, te hallas tan harta de él, bestial glotona, que tú misma te afanas por vomitarlo. Así, así, perra del vulgo, echaste fuera de tu pecho voraz al real Ricardo; y ahora quisieras tornar a comer el muerto que has vomitado, y aúllas por encontrarlo. ¿Cómo confiar en estos tiempos? Aquellos que cuando Ricardo vivía deseaban verle difunto, llegan ahora a sentirse enamorados ante su tumba. Y tú, multitud, que arrojabas cieno sobre su augusta cabeza cuando atravesó Londres suspirando detrás de los talones del admirado Bolingbroke, estás gritando hoy: «¡Oh tierra, devuélvenos aquel rey y toma este otro!» ¡Oh pensamientos de los hombres malditos! El pasado y el futuro parecen lo mejor; las cosas presentes, las peores.

MOWBRAY.—Vamos a reunir nuestras fuerzas y a ponernos en marcha.

HASTINGS.—Somos súbditos del tiempo, y el tiempo nos manda partir. *(Salen.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Londres.—Una calle

Entran MISTRESS QUICKLY, FANG (GARRA) *y su ayudante y* SNARE (TRAMPA), *que le sigue*

QUICKLY.—Maese Garra, ¿habéis presentado la demanda?

GARRA.—Está presentada.

QUICKLY.—¿Dónde está vuestro adjunto? ¿Es un adjunto vigoroso? ¿Será capaz de resistir?

GARRA.—Bribón, ¿dónde está Trampa?

QUICKLY.—¡Oh señor! ¡Ah! ¡Buen señor Trampa!

TRAMPA.—Heme aquí, heme aquí.

GARRA.—Trampa, debemos prender a sir Juan Falstaff.

QUICKLY.—Sí, buen señor Trampa; le he demandado por muchas cosas.

TRAMPA.—Eso tal vez podrá costarnos la vida a alguno de nosotros, porque hará uso del puñal.

QUICKLY.—¡Ay, qué desgracia! ¡Tened cuidado con él! Me apuñaló en mi propio domicilio, y lo más brutalmente del mundo. En realidad, no le preocupa el mal que pueda hacer cuando saca su arma; da estocadas como un diablo y no respeta mujer, ni hombre, ni niño.

GARRA.—Si puedo cerrar contra él, no me dan cuidado sus golpes.

QUICKLY.—No, ni a mí tampoco; estaré en contacto vuestro.

GARRA.—Con sólo que pueda agarrarle una vez, si le tengo tan sólo una vez bajo mis puños...

QUICKLY.—Estoy arruinada con su partida; y os certifico que ocupa en mi libro de cuentas un espacio que no se acaba nunca... Mi buen maese Garra, aseguradle fuertemente; mi buen maese Trampa, no le dejéis escapar. Viene continuamente a Pie-Corner (salvando vuestros respetos) a comprar una silla; y está invitado a cenar en Lubber's Sead, en Lumbert-Street, con el maestro Smooth, el comerciante de sedas. Yo os ruego, puesto que mi acción está emprendida y mi caso es claramente conocido de todo el mundo, que se le obligue a darme caución. Cien marcos es una gruesa suma para qué una pobre mujer sola en el mundo los pierda, y yo los he perdido, y perdido, y perdido, y he sido estafada, estafada, y estafada, desde el principio hasta hoy, lo que es una vergüenza pensarlo. No hay honradez en tales maneras de obrar, a menos que una mujer no sea una burra y una bestia, encargada de llevar la culpa de todos los pillos. Vedle allá, que llega con ese redomado bellaco, nariz de malvasía, Bardolf. Cumplid vuestro oficio, cumplid vuestro oficio, señor Garra y señor Trampa; cumplidme, cumplidme, cumplidme vuestro oficio.

Entran SIR JUAN FALSTAFF, *su* PAJE *y* BARDOLF

FALSTAFF.—¿Qué hay? ¿A quién se le ha muerto la yegua? ¿Qué ocurre?

GARRA.—Sir Juan, os detengo a requerimiento de la señora Quickly.

FALSTAFF.—¡Atrás, pillo! ¡Desenvaina, Bardolf! ¡Córtame la cabeza de este villano! ¡Arrójame a esa mujerzuela al canal!

QUICHLY.—¿Arrojarme a mí al canal? ¡Yo sí que te arrojaré al canal a ti! ¿Arrojarme tú? ¿Arrojarme tú, pícaro bastardo? ¡Al asesino, al asesino! ¡Ah villano «homicidia»! ¿Matarás a los oficiales de Dios y del rey? ¡Oh bellaco «homicidia»! ¡Eres un «homicidia», un

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

matador de hombres, un matador de mujeres!

FALSTAFF. — Mantenedlos a distancia, Bardolf.

GARRA.—¡Socorro, socorro!

QUICKLY.—¡Buenas gentes, venid uno o dos de refuerzo! ¿Quieres tú? ¿No quieres? ¿Quieres tú? ¿No quieres? ¡Anda, granuja, anda tú! ¡Anda tú, cañamón!

FALSTAFF. — ¡Atrás, fregona! ¡Atrás, rufiana! ¡Atrás, pelafustana! ¡Yo provocaré vuestra catástrofe!

Entra el LORD JUSTICIA MAYOR *con su séquito*

JUSTICIA.—¿Qué pasa? ¡Haya paz aquí, eh!

QUICKLY.—¡Mi buen lord! ¡Sed bueno para conmigo! Os ruego que me defendáis.

JUSTICIA.—¿Qué es eso, sir Juan? ¡Cómo! ¿Estáis disputando aquí? ¿Conviene ello a vuestra situación en el momento en que os halláis y en vuestro empleo? Debiais estar ya en camino de York. Soltadle y dejádmelo. ¿Por qué te agarras a él?

QUICKLY.—¡Oh mi muy venerable señor! ¡No se disguste vuestra gracia! Soy una pobre viuda de Eastcheap. y está detenido a petición mía.

JUSTICIA.—¿Por qué suma?

QUICKLY.—Por más de una suma, milord: es por todo, por todo lo que tengo. Ha devorado mi casa y mi comercio entero; se ha engullido toda mi sustancia en su oronda barriga; pero yo haré que me la devuelvas otra vez, o cabalgaré todas las noches sobre ti como una yegua de pesadilla.

FALSTAFF.—Creo que más bien seré yo quien cabalgue sobre la yegua, si puedo ganar la ventaja del terreno.

JUSTICIA.—¿Qué quiere decir esto, sir Juan? ¡Quitad allá! ¿Qué hombre de corazón querría soportar esta tempestad de recriminaciones? ¿No os da vergüenza obligar a una pobre viuda a recurrir a medios tan violentos para recobrar lo que le es debido?

FALSTAFF.—¿Qué gran suma es la que te debo?

QUICKLY. — ¡Pardiez! Si fueses un hombre honrado, me deberías tu persona y el dinero incluso. Me juraste sobre una copa con cinceladuras doradas, sentado en la mesa redonda, en mi sala del Delfín, delante de un fuego de carbón de hulla, un miércoles de la semana de Pentecostés, cuando el príncipe te rompió la cabeza por comparar a su padre con un cantante de Windsor..., me juraste entonces, al lavar yo tu herida, casarte conmigo y hacerme tu señora esposa. ¿Puedes negarlo? ¿Es que la buena mujer Keech, la esposa del carnicero, no vino a la sazón y me llamó comadre Quickly? ¿No venía a pedirme prestado un poco de vinagre, y nos dijo que tenía un buen plato de langostinos? ¿No expresaste en seguida el deseo de comer unos pocos, y te hice la observación de que era perjucidial teniendo una herida abierta? ¿Y no me manifestaste, cuando ella marchó escaleras abajo, el deseo de que no tuviera tanta familiaridad con tal clase de gente pobre, diciendo que más adelante ellas me llamarían madama? ¿Y no me besaste y me dijiste que fuera a buscar treinta chelines? Apelo ahora a que jures lo contrario. Niégalo, si puedes.

FALSTAFF.—Milord, es una pobre alma loca. Y arriba, y abajo, por toda la ciudad va dicendo que su hijo mayor se os parece; ha estado en buena posición, y la verdad es que la pobreza la ha chiflado. Pero, en cuanto a esos idiotas de oficiales, os suplico que me permitáis imponerles un castigo.

JUSTICIA.—Sir Juan, sir Juan, conozco bien vuestra manera de tergiversar la verdad, una torcedura que la hace asemejarse a la mentira. Ni vuestra confiada frente ni el tropel de palabras que se escapan de vuestros labios con una impertinencia más que impúdica, pueden desviarme de una equilibrada con-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

sideración. A lo que me parece, habéis abusado del espíritu crédulo y confiado de esta mujer, para obligarla a que subviniera a la vez a las necesidades de vuestra persona y de vuestra bolsa.

QUICKLY.—Sí, en verdad, milord.

JUSTICIA.—¡Silencio! Te lo ruego. Pagadle la deuda en que estáis con ella e indemnizadla de la villanía que le habéis hecho. Podéis resarcirla de una de esas cosas con buena moneda, y de la otra con el arrepentimiento corriente.

FALSTAFF.—Milord, no puedo dejar pasar tal imputación sin réplica. Calificáis de impertinencia impúdica una proeza honorable. Si un hombre hace reverencia y no dice nada, es un hombre virtuoso. No, milord, mis humildes deberes para con vos, una vez tenidos en la memoria, me evitan el ser vuestro cortesano. Os digo que deseo verme libre de estos oficiales por estar singularmente apremiado por asuntos del rey.

JUSTICIA.—Habláis como un hombre que se cree autorizado a obrar mal; pero reparad los desperfectos que causáis a vuestra reputación y satisfaced a la pobre mujer.

FALSTAFF.—Posadera, venid aquí. *(La lleva aparte.)*

Entra GOWER

JUSTICIA.—¡Hola, maese Gower! ¿Qué noticias hay?

GOWER.—El rey, milord, y Enrique, príncipe de Gales, están muy cerca de aquí. Este papel os dirá el resto. *(Le da una carta.)*

FALSTAFF.—Tan cierto como soy un caballero.

QUICKLY.—¡Bah!, siempre decís lo mismo.

FALSTAFF.—Tan cierto como soy un caballero. Vamos, no hablemos más de ello.

QUICKLY.—Por esta tierra de Dios que piso, que me veré obligada a empeñar mi vajilla de plata y los tapices del comedor.

FALSTAFF.—Copas de cristal, copas de cristal es lo único preciso para beber, y para tus paredes, cualquier tontería bonita; la historia del Hijo Pródigo o una cacería alemana en acuarela valen por un millar de esas colgaduras de alcoba y de esos tapices comidos por los insectos. Que sean diez libras si quieres. Vamos, salvo tu mal humor, no hay mejor muchacha en Inglaterra. Vamos, enjuga tu rostro y retira la demanda. Vamos, no debes tener ese ceño conmigo. ¿Es que no me conoces? Vamos, vamos, vamos, se ve que te han empujado a esta acción.

QUICKLY.—Te lo ruego, sir Juan, que sean solamente veinte nobles, por mi salvación, que me da vergüenza empeñar mi vajilla de plata; lo digo en serio, vamos.

FALSTAFF.—No hablemos más; veré de encontrarlo en otra parte. Siempre seréis una boba.

QUICKLY.—Bueno, tendréis ese dinero, aun cuando tuviera que empeñar mi vestido. Espero que vendréis a cenar. ¿Me pagaréis todo junto?

FALSTAFF.—¿Quiero vivir yo? *(A* BARDOLF.) Anda con ella, anda con ella. ¡Echa bien el anzuelo! ¡Echa bien el anzuelo!

QUICKLY.—¿Queréis que Doll Tearsheet venga a buscaros a la hora de comer?

FALSTAFF.—Ni una palabra más. ¡Que venga! *(Salen* MISTRESS QUICKLY, BARDOLF, *Oficiales y el* PAJE.)

JUSTICIA.—He sabido mejores noticias.

FALSTAFF.—¿Qué noticias, mi buen lord?

JUSTICIA.—¿Dónde ha pernoctado el rey la noche pasada?

GOWER.—En Basingstoke, milord.

FALSTAFF.—Creo, milord, que todo va bien. ¿Qué noticias son ésas, milord?

JUSTICIA.—¿Regresan todas sus fuerzas?

GOWER.—No; mil quinientos hombres de infantería y quinientos de caballería han ido a reunirse con milord de Lan-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

caster para marchar contra Nortumberland y el arzobispo.

FALSTAFF.—¿Vuelve el rey del País de Gales, mi noble señor?

JUSTICIA.—Voy a entregaros cartas al instante. Vamos, venid conmigo, mi buen señor Gower.

FALSTAFF.—¡Milord!

JUSTICIA.—¿Qué hay?

FALSTAFF.—Maese Gower: ¿queréis cenar conmigo?

GOWER.—Debo seguir a mi buen señor, aquí presente; os lo agradezco, mi buen sir Juan.

JUSTICIA.—Sir Juan, perdéis aquí demasiado tiempo, teniendo, como sabéis, que reunir los soldados en los condados a medida que vais de camino.

FALSTAFF.—¿Queréis cenar conmigo, maese Gower?

JUSTICIA.—¿Qué maese tonto es el que os ha enseñado esas maneras, sir Juan?

FALSTAFF.—Maese Gower, si estas maneras no me van bien, el que me las enseñó fué un tonto. He aquí la verdadera gracia de la esgrima, milord; golpe por golpe, y en paz.

JUSTICIA.—¡Que el Señor te ilumine! Eres un gran loco. *(Salen.)*

ESCENA II

El mismo lugar.—Otra calle

Entran el PRÍNCIPE ENRIQUE *y* POINS

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Te aseguro que estoy extremadamente fatigado.

POINS.—¿Así estamos? Pensé que la fatiga no osaría atacar a personas de tan alta alcurnia.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Ya lo creo que sí; me ataca, aunque una confesión semejante no embellezca la figura de mi grandeza. ¿No es también un poco vil que un hombre como yo tenga gana de un poco de cerveza?

POINS.—Cierto: un príncipe no debería tener hábitos tan vulgares, que recuerdan un brebaje tan mediocre.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Probablemente; luego mi apetito no debe de haber sido engendrado principescamente, pues, por mi fe, la pobre criatura recuerda ahora la pequeña cerveza. Pero, en verdad, estas humildes aficiones me indisponen con mi grandeza. ¡Qué oprobio para mí acordarme de tu nombre, estar obligado mañana a reconocer tu semblante, llevar nota del número de pares de medias de seda que posees, es decir, los que ves y los otros, que eran tu par color de melocotón, o de levantar inventario de tus camisas, que se componen de dos: la una, para lo superfluo; la otra, para lo necesario! Pero eso el guarda del juego de tenis lo sabe mejor que yo, pues cuando no tienes la raqueta allí, es que tu ropa blanca está en decadencia y no has jugado desde hace largo tiempo a consecuencia de la estratagema tragada por tus Países Bajos para devorar tu Holanda. ¡Dios sabe si los pequeños seres que bullen bajo las ruinas de tu ropa interior heredarán el reino de los cielos! Pero las comadronas dicen que no es culpa de los niños; y así es como el mundo se aumenta y las familias se fortalecen considerablemente.

POINS.—¡Cuán fuera de lugar están esos pensamientos, tan vacíos de sentido, después de vuestros duros trabajos! Decidme si hay muchos príncipes jóvenes que, teniendo su padre enfermo, como el vuestro está ahora, obrarían así.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Te digo una cosa, Poins?

POINS.—Sí, a fe, y que sea una excelentísima cosa.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Es bastante buena para las inteligencias que no tienen una cultura más alta que la que tú posees.

POINS.—Vaya, estoy dispuesto a sostener el choque con esa cosa que tenéis que decirme.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Pardiez! Te diré que no es conveniente que esté triste ahora que mi padre está enfermo, aun-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

que pueda confesarte (como a un hombre que, a falta de otro mejor, me place llamar amigo) que tendría motivo para estar triste, y demasiado triste, en verdad.

POINS.—Muy difícilmente por tal motivo.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Por esta mano, que me crees, como Falstaff, en el libro del diablo por obstinación y reincidencia. Es el fin el que juzga al hombre. Pero te lo digo: mi corazón sangra interiormente de ver a mi padre enfermo; únicamente porque vivo en tan perversa compañía como la tuya debo, con razón, echar a un lado toda ostentación de pesar.

POINS.—¿La razón?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Qué pensarías de mí si llorara?

POINS.—Pensaría que eres un solemnísimo hipócrita.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Ese sería un pensamiento de cualquiera, y tú eres un camarada consagrado a pensar como todos piensan. No hay hombre en el mundo cuyo pensamiento siga mejor el gran camino que tú. Cualquiera me miraría como un hipócrita, en efecto. Y ¿cómo vuestra muy estimable inteligencia se ha atiborrado de pensar así?

POINS.—Pues porque habéis sido un disoluto excesivamente sugestionado por Falstaff.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Y por ti.

POINS.—Por esta luz, os fío que se habla bien de mí; puedo escucharlo con mis propias orejas. Lo peor que se puede decir es que soy un segundón de familia y un mozo hábil de manos; esas dos cosas las confieso, y nada puedo contra ellas. ¡Por la misa! Aquí llega Bardolf.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Y el pilluelo que le di a Falstaff. Lo ha recibido cristiano de mis manos, y mira si el gran bribón no le ha transformado en mono a estas fechas.

Entran BARDOLF *y el* PAJE

BARDOLF.—¡Dios proteja a vuestra gracia!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Y a la vuestra, muy noble Bardolf!

BARDOLF.—*(Al* PAJE.) Venid, asno virtuoso, necio tímido. ¿Vais a ruborizaros por ventura? ¿Por qué enrojecéis ahora? ¡Qué virginal hombre de armas estáis siendo! ¿Es asunto tan grande granjear el virgo de una jarra de azumbre?

PAJE.—Hace poco, milord, me ha llamado por una celosía pintada de rojo, y no pude distinguir ninguna parte de su rostro desde la ventana; al fin he percibido sus ojos, y me ha parecido que había hecho dos agujeros en el nuevo guardapié de la mujer del cervecero y que miraba a través de ellos.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿No ha hecho progresos el chico?

BARDOLF.—¡Afuera, conejo salido de verdadera raza de puta, afuera!

PAJE.—¡Afuera vos, crapuloso sueño de Altea, afuera!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Instrúyenos, niño. ¿Qué sueño es ése, niño?

PAJE.—¡Pardiez! Mi buen señor. Altea soñó que paría una tea ardiendo, y por eso le llamo sueño de Altea.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—He ahí una buena interpretación que vale una corona de recompensa. Aquí la tienes, niño. *(Le da dinero.)*

POINS.—¡Oh, si este buen capullo pudiera ser preservado de los gusanos! Toma, ahí tienes seis peniques para preservarte de ellos.

BARDOLF.—Si entre todos no le hacéis colgar, las horcas tendrán la culpa.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Y ¿cómo va tu amo, Bardolf?

BARDOLF.—Bien, mi buen señor. Ha sabido la llegada de vuestra gracia a la ciudad. Aquí tengo una carta para vos. *(Le da la carta.)*

POINS.—Entrégala con el debido res-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

peto. Y ¿cómo va ese verano de San Martín, vuestro amo?

BARDOLF.—*Con salud, corporalmente*, señor.

POINS.—¡Pardiez! La parte inmortal tiene necesidad de un médico; pero ésa no le trastorna; aunque la lleve enferma no se muere.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—He permitido a este lobanillo ser tan familiar conmigo como mi perro, y usa de su privilegio, porque ved cómo me escribe.

POINS.—*(Lee.)* «Juan Falstaff, caballero.» No deja nunca de hacérselo saber a todo el mundo, siempre que la ocasión se le presenta. Es enteramente igual a los que son parientes del rey: que no se pinchan jamás el dedo sin que exclamen: «He aquí un poco de sangre real vertida.» «¿Cómo es eso?», arguye alguno que aparenta no comprender. Entonces la respuesta os cae a plomo, como el gorro de un prestamista: «Soy el primo del rey, señor.»

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Diantre! Serán parientes nuestros, aunque tengamos que ir a buscar el parentesco hasta Jafet. Pero vamos a la carta.

POINS.—*(Lee.)* «Sir Juan Falstaff, caballero, presenta sus respetos al hijo del rey y más próximo allegado a su padre, Enrique, príncipe de Gales.» Bueno; esto es un certificado.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Calla!

POINS.—*(Lee.)* «Imitaré a los honorables romanos en su brevedad...» Seguramente quiere significar brevedad de aliento, falta de resuello... «Me encomiendo a ti, te encomiendo a ti, y a ti te dejo. No seas demasiado familiar con Poins, porque abusa tanto de tus favores, que jura que vas a casarte con su hermana Nell. Arrepiéntete de tus tiempos de holganza como mejor puedas; y después de esto, adiós. Tuyo, por sí o por no—lo que equivale a decir según como le trates—, Juanito Falstaff para mis familiares, Juan para mis hermanos y hermanas, y sir Juan para toda Europa.» Señor mío, voy a empapar esta carta en vino de Canarias y hacérsela tragar.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Eso equivaldría a hacerle tragar veinte de sus palabras. Pero ¿me tratáis como dice, Ned? ¿Debo casarme con vuestra hermana?

POINS.—¡Que no envíe Dios peor fortuna a la jovencita! Pero yo jamás he dicho eso.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Bueno; así jugamos los locos con el tiempo, y los espíritus de los sabios planean por las nubes y se burlan de nosotros. ¿Está vuestro amo aquí, en Londres?

BARDOLF.—Sí, milord.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Dónde cena? ¿El viejo cochino sigue nutriéndose en la antigua porqueriza?

BARDOLF.—En el antiguo sitio, milord, en Eastcheap.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿En qué compañía?

PAJE.—Con efesios, milord, gentes de la vieja iglesia.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Cenan algunas mujeres con él?

PAJE.—Ninguna, mi señor, si no es la vieja señora Quickly y la señora Doll Tearsheet.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Qué pagana puede ser ésa?

PAJE.—Una dama de calidad, señor, y parienta de mi amo.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—De parentesco tan próximo como el de las vaquillas de la parroquia con el toro de la ciudad. Vamos a sorprenderlos en la cena, Ned.

POINS.—Soy vuestra sombra, mi señor; os seguiré.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Pillastre, tú, muchacho, y vos, Bardolf, ni una palabra a vuestro amo de mi llegada a esta ciudad. Tomad por vuestro silencio. *(Les da dinero.)*

BARDOLF.—No tengo lengua, milord.

PAJE.—Y en cuanto a la mía, señor, la gobernaré.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Pasadlo bien; andad. *(Salen* BARDOLF *y el* PAJE.) Esta

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Doll Tearsheet debe de ser alguna hembra corrida.

POINS.—Os lo garantizo: tan corrida como el camino entre Saint-Albans y Londres.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Cómo haríamos para ver a Falstaff revelarse a nosotros bajo su verdadero aspecto sin ser notados por él?

POINS.—Pongámonos vos y yo jubones de cuero y delantales y sirvámosle la mesa como mozos.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Descender de un dios a un toro? ¡Es una horrible caída! Ese fué el caso de Júpiter. ¿Descender de príncipe a criado? ¡Es una baja transformación! Así será la mía; pues, después de todo, la ejecución del proyecto debe estar relacionada con la locura de su concepción. Sígueme, Ned. *(Salen.)*

ESCENA III

Warworth.—Delante del castillo de Northumberland

Entran NORTHUMBERLAND, LADI NORTHUMBERLAND *y* LADI PERCY

NORTHUMBERLAND. — Os ruego, amada esposa mía, y vos, mi dulce hija, que allanéis el camino de mis raudos asuntos. No pongáis semblante propio de los días que atravesamos y no seáis, como ellos, perturbadores para Percy.

LADI PERCY.—He cedido ya y no hablaré más; haced lo que gustéis; que vuestro saber sea vuestro guía.

NORTHUMBERLAND.—¡Ay! Mi dulce esposa, mi honor está en rehenes, y nada que no sea mi partida podrá lograr su rescate.

LADI PERCY.—¡Oh, sin embargo, en nombre de Dios, no vayáis a esas guerras! Hubo un tiempo, padre, en que quebrantasteis vuestra palabra, y ese día os era mucho más preciado que el de hoy: entonces vuestro Percy, mi bien amado Harry, volvió con afán los ojos hacia el Norte para ver si su padre llegaba con sus tropas; pero miró en vano. ¿Quién os persuadió en aquella ocasión a quedaros en casa? Hubo a la sazón dos honores perdidos: el vuestro y el de vuestro hijo. Por el vuestro... ¡quiera el Dios del cielo hacerle resplandecer! En cuanto al suyo, estaba unido a él como el sol a la bóveda gris del firmamento. Con su luz, toda la caballería de Inglaterra movíase para realizar grandes hazañas; era verdaderamente el espejo ante el cual se contemplaba la joven nobleza. No tenía piernas el que no imitaba su marcha; y su atropellamiento de palabra, que la Naturaleza había hecho en él un defecto, llegó a ser la manera de hablar de los valientes, pues aquellos que podían hablar reposada y lentamente cambiaban su propia perfección por el apresuramiento, con tal de asemejársele; de suerte que, por el discurso, por el porte, por la manera de vivir, por los placeres preferidos, por los hábitos militares, por las particularidades de la Naturaleza, era el molde y el espejo, el manuscrito y el libro que servían para formarse los otros. Y a él, a aquel ser maravilloso, a aquel milagro de hombres, que no tenía segundo en nadie y que no fué secundado por vos, fué a quien dejasteis frente a frente, en una situación desventajosa, con el terrible dios de la guerra; fué a él a quien dejasteis disputar un campo de batalla donde no tenía otra defensa que el sonido del nombre de Hotspur. Así lo dejasteis abandonado. Jamás, ¡oh!, jamás hagáis a su espectro la injuria de obligar vuestro honor a más exactitud y delicadeza con los otros que le forzasteis a tener con él. Dejadlos obrar solos; el mariscal y el arzobispo son poderosos; si mi dulce Harry hubiese tenido solamente la mitad de sus fuerzas, hoy, colgada del cuello de Hotspur, podría yo hablar de la tumba de Monmouth.

NORTHUMBERLAND.—¡Maldita sea vuestra sensibilidad! Bella hija mía, que qui-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

táis todo mi valor con vuestras lamentaciones sobre antiguas catástrofes. Pero es preciso que parta y que vaya al encuentro del peligro, sin que él venga a buscarme en otro sitio donde me hallaría menos preparado.

LADI NORTHUMBERLAND.—¡Oh! Huid a Escocia, hasta que los nobles y los plebeyos, armados, hayan podido hacer alguna demostración de su pujanza.

LADI PERCY.—Si ganan terreno y ventaja sobre el rey, juntaos a ellos entonces como una armadura de acero que puede añadir fuerza a la fuerza; pero en nombre de todo nuestro cariño, dejadlos primero probar. Así hizo nuestro hijo; así se le dejó hacer; así me quedé viuda y nunca tendré vida bastante para regar con mis lágrimas su recuerdo con el fin de que crezca y se eleve tan alto como el cielo en memoria de mi noble esposo.

NORTHUMBERLAND.—Vamos, vamos, entrad conmigo. Mi espíritu está como la marea cuando se ha elevado a la más grande altura: se mantiene inmóvil y no corre hacia ningún lado. Iría de buena gana a unirme con el arzobispo, pero mil razones me retienen. Me decidiré por Escocia; allí permaneceré hasta que la hora y el triunfo reclamen aquí mi compañía. *(Salen.)*

ESCENA IV

Londres.—Aposento de la taberna La Cabeza del Jabalí, en Eastcheap

Entran dos Mozos de mesón

Mozo 1.º—¿Qué diablos has traído ahí? ¿Peros-juanes? Ya sabéis que sir Juan no puede sufrir un pero-juan.

MOZO 2.º—¡Por la misa, que dices verdad! El príncipe puso una vez un plato de peros-juanes delante de él y le dijo que hacían otros cinco sir Juanes, y quitándose el sombrero, añadió: «Me voy a despedir ahora de estos seis viejos, resecos, orondos arrugados caballeros.» Esto le encolerizó enormemente, pero lo ha olvidado.

Mozo 1.º—Bueno; entonces llévatelos y ponlos a cubierto, y mira si puedes encontrar la murga de Sneak; a la señora Tearsheet le gustaría oír un poco de música. Despacha. El cuarto donde cenan está caldeado con exceso; van a venir en seguida.

Mozo 2.º—Camarada, el príncipe y el señor Poins van a venir al momento; se pondrán dos de nuestros jubones y de nuestros delantales, y no debe saberlo sir Juan. Bardolf ha venido a advertírnoslo.

Mozo 1.º—¡Anda la misa! ¡Vamos a presenciar una rara diversión! (1). Será una excelente *estratagema*.

Mozo 2.º—Voy a ver si puedo encontrar a Sneak. *(Sale.)*

Entra MISTRESS QUICKLY *y* DOLL TEARSHET

QUICKLY. — Verdaderamente, corazón querido, me parece que os halláis ahora en un excelente buen «timple»; vuestro «pululso» late tan extraordinariamente como el corazón puede apetecerlo, y en cuanto a vuestras mejillas, os garantizo que están tan encarnadas como cualquier rosa, dicho sea con sinceridad, ¡eh! Pero, por mi fe, habéis bebido demasiado canarias; es un vino maravillosamente penetrante y que perfuma la sangre antes que se pueda decir: «¿Qué es esto?» ¿Cómo os sentís ahora?

DOLL.—Mejor que estaba... ¡Hem!

QUICKLY.—¡Pardiez! Muy bien dicho: un buen corazón vale por todo el oro... He aquí que viene sir Juan.

Entra FALSTAFF, *cantando*

FALSTAFF. — «Cuando Arturo primero en la Corte...» Vaciad el orinal. *(Sale el*

(1) *Old utis*, en el texto. *Utis* es una variante de *utas*, la octava de un festival. Aquí en sentido traslaticio, vale *marrymaking*.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Mozo 1.º) «Y era un digno rey...» ¿Qué hay, señora Doll?

QUICKLY.—Enferma de «niusias», sí, de veras.

FALSTAFF.—Así es el sexo de todas; en cuanto lo tienen quieto, se ponen enfermas (1).

DOLL.—¡Canalla, crapuloso! ¿Son ésos todos los consuelos que me das?

FALSTAFF.—Hacéis gordos a los canallas, señora Doll.

DOLL.—¿Hacerlos yo? Las golosinas y las enfermedades los hacen; yo, no.

FALSTAFF.—Si el cocinero ayuda a hacer las golosinas, vos ayudáis a hacer las enfermedades, Doll. Cogimos eso de vos, cogimos eso de vos, Doll. Concededme eso, mi pobre virtud, concededme eso.

DOLL.—Sí, ¡pardiez!, cogisteis nuestras cadenas y nuestras alhajas.

FALSTAFF. — «Vuestros broches, vuestras perlas y vuestros brazaletes», pues para servir a las armas bravamente, sabéis que es preciso avanzar sin arrastrarse, atravesar la brecha con la pica bravamente tendida e ir bravamente a casa del cirujano; es necesario lanzarse bravamente contra las recámaras cargadas...

DOLL.—¡Andad que os ahorquen, congrio encenagado; andad que os ahorquen!

QUICKLY.—Ya estáis con vuestras viejas costumbres: no podéis vivir sin tener alguna disputa. Los dos estáis tan reumáticos como dos «tostadas secas»; no podéis soportar las «conformedades» el uno del otro. Y, ¡buenos tiempos!, es menester que haya uno debajo del otro, y ése debéis ser vos (*A* DOLL.), vos, que sois el barco más frágil, como suele decirse, el barco más vacío (2).

DOLL.—¿Es que un barco frágil puede soportar un tonel tan grande lleno? Hay en él todo el cargamento de un traficante de vinos de Burdeos; no habéis visto jamás un buque cuya cala esté más repleta. Vamos, quiero ser amiga tuya, Juanito. Sales para las guerras, y si te vuelvo a ver o no, a nadie le importa.

Vuelve a entrar el primer MOZO DEL MESÓN

Mozo 1.º—Señor, el abanderado Pistol está abajo, y desearía hablaros.

DOLL.—¡Ahorcado sea ese canalla pendenciero! No le dejéis llegar hasta aquí. ¡Es el taimado más grosero de Inglaterra!

QUICKLY.—Si es un pendenciero, que no venga aquí. No, por mi fe; necesito vivir con mis vecinos; no quiero pendencieros. Tengo buen nombre y fama entre las más honradas gentes. ¡Cerrad la puerta! ¡Que no entren pendencieros aquí! No he vivido hasta el presente para tener ahora pendencias. ¡Cerrad la puerta, os lo ruego!

FALSTAFF.—¿Oyes, posadera?

QUICKLY.—Os lo ruego, tranquilizaos, sir *Juan*; *no entrarán alborotadores aquí*.

FALSTAFF.—¿Oyes? Es mi abanderado.

QUICKLY.—Ta, ta, ta, sir Juan, no me habléis de eso; vuestro pendenciero abanderado no se ha hecho para mi puerta. Estaba yo el otro día con míster Tisick, el diputado (ocurrió esto no más allá del miércoles), cuando me dijo, dice: «Vecina Quickly—nuestro ministro míster Dumbe estaba presente—, vecina Quickly, me dijo, no recibáis más que paisanos; tenéis una mala reputación...» Sé bien por qué lo decía, y ya le podría yo decir... «Porque—dijo—, sois una mujer honrada y a quien se estima. Por consiguiente, poned cuidado en los huéspedes que recibis, no recibáis a esos camaradas pendencieros.» Aquí no viene ninguno. Os hubiera asombrado oír lo que dijo. No, no quiero pendencieros.

FALSTAFF.—No es un pendenciero, posadera, es un petardista inofensivo, a

(1) Juego de palabras entre *qualm* y *calm*, arrastrado por la voz *sect*.

(2) Toda esta escena abunda en licenciosos equivocos, dificiles de verter.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

fe mía. Le podéis zamarrear tan lindamente como si fuera un pequeño lebrel. No osaría reñir con una gallina de Berbería, con sólo que le viese erizar las plumas en señal de resistencia. Hacedlo venir, mozo. *(Sale el* Mozo.*)*

QUICKLY.—¿Petardista le llamáis? No cerraré mi puerta nunca a un hombre honrado, ni tampoco a un petardista, pero no me gustan las pendencias; por mi fe, que me pongo muy mala cuando me pronuncian esa palabra «pendencia». Fijaos cómo tiemblo, señores. Mirad, os lo certifico.

FALSTAFF.—Tembláis, en efecto, posadera.

QUICKLY.—¿No tiemblo? Sí, en verdad. Tiemblo como si fuera una hoja de álamo temblón. No puedo sufrir a los pendencieros.

Entran PISTOL, BARDOLF *y el* PAJE

PISTOL.—¡Dios os guarde, sir Juan!

FALSTAFF.—Bien venido seáis, abanderado Pistol. Aquí, Pistol, os cargo con una copa de vino de Canarias; descargaos vos sobre la posadera.

PISTOL.—Descargaría sobre ella muy bien, sir Juan, una pistola de dos balas.

FALSTAFF.—Está a prueba de pistola, señor; apenas si la heriríais.

QUICKLY. — Vamos, no quiero beber pruebas ni tampoco balas; no quiero beber más que aquello que pueda hacerme bien para complacer a quienquiera que sea.

PISTOL.—Os cargaré a vos entonces, señora Dorotea.

DOLL.—¿Cargarme? Os desprecio, miserable sujeto. ¡Cómo! ¡Vos, un pobre ruin, pícaro, petardista, descamisado! ¡Bonito galán, a fe! ¡Atrás, granuja redomado, atrás! Yo soy carne para vuestro amo.

PISTOL.—Os conozco, señora Dorotea.

DOLL. — ¡Atrás, bribón cortabolsas: atrás, sucio bitoque! ¡Por este vino, que os envaino mi cuchillo en vuestras podridas mandíbulas como hagáis el soldadote grosero conmigo! ¡Atrás, canalla, borracho! ¡Atrás, desmirriado juglar de guarnición de espada! ¿Desde cuándo esas maneras, me queréis decir, señor? ¡Luz de Dios, por dos agujetas que lleva en el hombro! ¡Vaya!

PISTOL.—¡Que Dios me quite la vida si no os mato la gorguera por lo que decís!

FALSTAFF.—¡Basta, Pistol! No quisiera que os disparaseis aquí. Descargad vuestra persona de nuestra compañía, Pistol.

QUICKLY.—No, mi buen capitán Pistol; aquí, no, simpático capitán.

DOLL.—¿Capitán tú, abominable condenado vagabundo? ¿No te da vergüenza de oírte llamar capitán? Si los capitanes fuesen de mi opinión, os apalearían, por usar títulos sin haberlos ganado. ¿Capitán tú, patán, por qué? ¿Por haber desgarrado la gorguera de una pobre puta en un prostíbulo? ¡El capitán! ¡Que ahorquen al bribón! Vive de ciruelas cocidas, llenas de moho, y de pastelillos secos. ¡Capitán! ¡Luz de Dios! Estos bellacos harán de la palabra «capitán» una palabra tan odiosa como la de «ocupar», que era una palabra excelentemente honesta antes de las malas acepciones que se le han dado. Por eso los capitanes tienen necesidad de fijarse en ello.

BARDOLF.—Te lo juro, vámonos abajo, mi buen abanderado.

FALSTAFF.—Escucha aquí, señora Doll.

PISTOL.—Yo, no; te lo declaro, cabo Bardolf; seré capaz de hacerla pedazos..., me vengaré de ella.

PAJE.—Te lo suplico, vamos abajo.

PISTOL.—Por esta mano, que antes de bajar le veré primero condenada en el lago maldito de Plutón, en lo profundo de la sima infernal, con el Erebo y los viles tormentos, por ende. Echad el anzuelo y la caña, os digo. ¡Abajo, abajo, perros! ¡Abajo, truhanes! ¿No tenemos aquí a Irene?

QUICKLY.—¡Buen capitán, «Pisel», calmaos; es demasiado tarde, a fe mía! Os

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

lo «suplicio», «inmoderad» vuestra cólera.

PISTOL.—¡En verdad que son buenas pretensiones! ¿Es que los marmitones y los malos rocines de Asia, harto cebados, que no pueden correr más de treinta millas diarias, van a compararse con los Césares, los «Caníbales» y los griegos troyanos? No, antes condenadlos con el rey Cerbero, ¡y que el cielo ruja! ¿Vamos, por tonterías, a convertirnos en juguetes?

QUICKLY.—A fe, capitán, que son para nosotros muy crueles esas palabras.

BARDOLF.—Marcha, mi buen abanderado, que, si no, va esto a degenerar pronto en pendencia.

PISTOL.—¡Que mueran los hombres como perros! ¡Dad las coronas como alfileres! ¿No tenemos a Irene aquí?

QUICKLY.—Por mi palabra, capitán, que no tenemos aquí ninguna de ese nombre. ¡Cómo, buenos tiempos! ¿Creéis que la escondería? ¡En el nombre del Cielo, estad tranquilo!

PISTOL.—Entonces, come y engorda, mi bella calípolis. Vamos, dadnos un poco de vino de Canarias.

Si fortuna me tormente, sperato me contento.

¿Tememos a las andanadas? No, que el demonio haga fuego. Dadme vino canario, y tú, mi bien amada, reposa aquí. *(Deja a un lado su espada.)* Vamos a poner los puntos finales aquí. ¿Y los etcéteras no se cuentan para nada?

FALSTAFF. — Quisiera estar tranquilo, Pistol.

PISTOL.—Mi amable caballero, beso tu puño. ¡Cómo! Hemos visto las siete estrellas.

DOLL.—¡En nombre de Dios! ¡Echadle por las escaleras abajo! No puedo sufrir las palabras retumbantes de este granuja.

PISTOL.—¡Arrojarme por la escalera! ¿Es que no conocemos los jumentos de Galloway?

FALSTAFF.—¡Echale abajo, Bardolf, como si tirases un chelín de jugar al tejo! ¡Pardiez! Si no hace más que decir tonterías; está de más aquí.

BARDOLF.—Vamos, bajad las escaleras.

PISTOL.—¡Cómo! ¿Vamos a tener una incisión? ¿Nos vamos a hacer una sangría? *(Saca la espada.)* En ese caso, ¡que la muerte me aplaste dormido y abrevie mis días lamentables! Entonces, ¡que las heridas mortales, espantosas, horripilantes, les devanen las tres hermanas! ¡Ven, Atropos, digo!

QUICKLY.—¡Qué bonitamente se presenta la cosa!

FALSTAFF.—Dame mi estoque, muchacho.

DOLL.—Te lo ruego, Juanito, te lo ruego, no desenvaines.

FALSTAFF.—¡Bajad las escaleras! *(Desenvaina.)*

QUICKLY. — ¡Qué bonito escándalo! Dejaré la propiedad de la casa antes que tener estos «tirrores» y estos sustos. Se van a matar, estoy segura. ¡Ay, ay, envainad las espadas, envainad las espadas! *(Salen* PISTOL *y* BARDOLF.)

DOLL.—Por favor, Juanito, ten calma. ¡El rufián se marchó! ¡Ah, qué valiente bellaquito putañero sois!

QUICKLY.—¿No estáis herido en la ingle? Me pareció que os había dado un mal golpe en el vientre.

Vuelve a entrar BARDOLF

FALSTAFF.—¿Le habéis plantado en la puerta?

BARDOLF.—Sí, señor. El canalla está borracho. Le habéis herido en el hombro, señor.

FALSTAFF.—¡Ese bribón, desafiarme!

DOLL. — ¡Ah encantador bellaquito! ¡Ay pobre mono, cómo sudas! Déjame limpiarte la cara. ¡Venid acá, pedazo de hijo de puta! ¡Ah pillo, por mi fe, cómo te quiero! Eres tan valeroso como Héctor de Troya; vales por cinco Agamenones y por diez veces los Nueve de la Fama. ¡Ah granuja!

FALSTAFF.—¡Zafio bribón! ¡Yo le haré saltar al pícaro sobre la manta!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

DOLL.—Hazlo si tienes corazón para atreverte. Si lo haces, te zarandearé bien... entre un par de sábanas.

Entran Músicos

PAJE.—La música ha llegado, señor.

FALSTAFF.—¡Que toquen! Tocad, señores. Siéntate en mis rodillas, Doll. *(Música.)* ¡Un canalla, un jactancioso camorrista! El bergante se ha escapado de mi como el azogue.

DOLL.—Y cuenta que tú le perseguiste a paso de iglesia. ¡Ah hijo de puta, airoso cochinillo de San Bartolomé! ¿Cuándo cesarás de batirte de dia y de esgrimir por la noche, y comenzarás a encaminar tu veterano cuerpo hacia el cielo?

Entran por detrás el PRÍNCIPE ENRIQUE *y* POINS, *disfrazados de mozos de mesón*

FALSTAFF.—¡Silencio, mi buena Doll! No hables como una calavera de muerto. No me hagas recordar mi fin.

DOLL.—Bribón, ¿qué carácter tiene el príncipe?

FALSTAFF.—El de un buen muchacho sin cerebro. Habría sido un buen panetero. Habría cortado bien el pan.

DOLL.—Dicen que Poins tiene mucho talento.

FALSTAFF.—¡El mucho talento! ¡Ahorcado se vea el beduíno! Su talento es tan espeso como la mostaza de Tewkesbury; no hay más entendimiento en él que un mazo.

DOLL.—¿Por qué, pues, el príncipe le quiere tanto?

FALSTAFF.—Porque sus piernas son del mismo grosor, juega bien a los tejos, come congrio e hinojo y se traga los cabos de vela encendidos como si fueran «flapdrogones». Porque monta los caballos de madera con los chicos, salta con los pies juntos los escabeles, jura con cierto gracejo y lleva botas tan lustrosas como si fueran muestras de zapatero y no provoca conflictos contando historias secretas. Por estas cualidades y otras de payaso, que denotan un débil espíritu y un cuerpo robusto, es por lo que el príncipe le prefiere; porque el príncipe es otro Poins, por su parte; el peso de un cabello igualaría en la balanza sus valores.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿No merecía este cubo de rueda que le cortáramos las orejas?

POINS.—Zurrémosle delante de su concubina.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Mira, el viejo arrugado se hace rascar la nuca como un loro.

POINS.—¿No es extraño que el deseo sobreviva tantos años a la potencia?

FALSTAF.—Bésame, Doll.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Saturno y Venus este año en conjunción! ¿Qué dice a esto el almanaque?

POINS.—Pues aguardad un poco, no sea que su fiero Trigón, su criado, esté dispuesto a decir alguna palabra de dulzura dedicada a las viejas tabletas de su amo, a su libro de cuentas, a su agenda.

FALSTAFF.—¿Es por complacencia por lo que me acaricias?

DOLL.—No; verdaderamente te beso por el afecto constante de mi corazón.

FALSTAFF.—Soy viejo, soy viejo.

DOLL.—Te amo mucho más que a todos esos indignos jóvenes.

FALSTAFF.—¿De qué tela quieres tener un jubón? Recibiré dinero el jueves. Mañana tendrás un gorro. Vamos, venga una canción alegre. Se hace ya tarde; vamos a la cama. Me olvidarás cuando me haya marchado.

DOLL.—A fe que me harás llorar si hablas así; procura enterarte si vuelvo a vestir trajes lujosos hasta tu regreso. Bueno, escuchemos el final de la canción.

FALSTAFF.—¡Un poco de vino canario, Francisco!

PRÍNCIPE ENRIQUE Y POINS.—¡Al instante, al instante, señor! *(Avanzan.)*

FALSTAFF.—¡Ah, un hijo bastardo del rey!... Y tú, ¿no eres hermano de Poins?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Bien, esfera de continentes lleno de pecados! ¿Qué vida llevas?

FALSTAFF.—Una vida mejor que la tuya. Yo soy un caballero. Tú, un mozo extraedor de vino.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Es muy verdad, señor, y por eso he venido a extraerte las orejas.

QUICKLY.—¡Oh, que el Señor proteja tu buena gracia! ¡Que seas bien venido a Londres! ¡El Cielo bendiga tu bella figura! Pero qué, ¿habéis vuelto del País de Gales?

FALSTAFF.—¡Loca y pervertida casta de majestad! *(Apoya una mano sobre* DOLL.) Por esta carne floja y esta sangre corrompida, sed bien venido.

DOLL.—¡Cómo, gordo idiota! Os desprecio.

POINS.—Señor, si no le encolerizáis, va a frustrar nuestra venganza y a echarlo todo a broma.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Hideputa, almacén de sebo! ¿En qué términos bajos hablabais de mí hace sólo un momento, delante de esta honrada, virtuosa y cívica dama?

QUICKLY.—¡Bendito sea vuestro buen corazón! Ella es lo que decís, por mi fe.

FALSTAFF.—¿Es que me has oído?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Sí, y sabías que estaba cerca de ti, como lo sabías cuando huiste en Gadshill; sabías que estaba junto a tus talones, y hablaste así para poner a prueba mi paciencia.

FALSTAFF.—No, no y no; nada de ello; no pensaba que estuvieseis al alcance de mi voz.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Pues os obligaré a confesar vuestro insulto premeditado, y luego ya sabré cómo he de corregiros.

FALSTAFF.—No hay insulto, Hal; por mi honor que no hay insulto.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Cómo! ¿No es un insulto despreciarme y llamarme panetero, cortapán y no sé cuántas cosas más todavía?

FALSTAFF.—No hay insulto, Hal.

POINS.—¿No hay insulto?

FALSTAFF.—Ni el menor insulto, Ned; ni el menor insulto, honrado Ned. Le he despreciado delante de los perversos, a fin de que los perversos no pudieran tomar afecto por él; haciendo esto, he cumplido el papel de un amigo lleno de solicitud y de un súbdito leal, y tu padre me debe gratitud por ello. No hay insulto, Hal; nada de insulto, Ned, nada de insulto; no, hijos míos, aseguro que nada.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Mira ahora cómo, por puro temor y entera cobardía, ultrajas a esta virtuosa dama para ponerte a bien con nosotros! ¿Está entre los perversos? Y la hostelera, ¿es de los perversos? ¿Y el paje? O el honrado Bardolf, cuya nariz arde de celo, ¿es un perverso?

POINS.—Responde, olmo muerto, responde.

FALSTAFF.—El demonio ha inscrito irremediablemente a Bardolf entre sus listas; y su cara será la cocina particular de Lucifer, donde no hará más que asar borrachones. En cuanto al paje, hay un buen ángel en torno de él; pero el diablo le hace señas asimismo.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Y las mujeres?

FALSTAFF.—Una de ellas está ya en el infierno, y arde la pobre alma. En cuanto a la otra, le debo dinero, y si está condenada por eso, no lo sé.

QUICKLY.—No, os lo garantizo.

FALSTAFF.—No; creo, en efecto, que no lo estás; creo que estás exculpada de ello; pero, ¡pardiez!, hay otra acusación contra ti: la de consentir que se coma carne en tu casa, en contra de la ley; delito por el cual pienso que bramarás.

QUICKLY.—Todos los posaderos hacen lo mismo. ¿Qué supone un cuarto o dos de carnero en toda una Cuaresma?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Vos, señora...

DOLL.—¿Qué dice vuestra gracia?

FALSTAFF.—Su gracia dice cosas contra las que se revoluciona su carne. *(Llaman dentro.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

QUICKLY. — ¿Quién llama tan fuerte? Id a ver la puerta, Francisco.

Entra PETO

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Peto! ¡Hola! ¿Qué noticias hay?

PETO.—El rey vuestro padre está en Westminster. Llegan del Norte veinte correos extenuados y que no pueden más; y, según yo venía, me he encontrado en el camino a una docena de capitanes sin prenda de cabeza, sudorosos, llamando a las tabernas y preguntando a todo el mundo dónde estaba sir Juan Falstaff.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Por el Cielo, Poins! Siento mucho condenarme por desperdiciar un tiempo precioso tan estérilmente, mientras la tempestad de conmociones, parecida al viento del Sur cargado de vapores sombríos, comienza a estallar y derramarse sobre nuestras cabezas desnudas y desarmadas. Dame mi espada y mi capa. Falstaff, buenas noches. *(Salen el* PRÍNCIPE ENRIQUE, POINS, PETO *y* BARDOLF.)

FALSTAFF.—He aquí que al llegar el bocado más exquisito de la noche nos vemos obligados a partir sin meterle el diente. *(Llaman dentro de nuevo.)* ¡Siguen llamando a la puerta!

Vuelve a entrar BARDOLF

¡Hola! ¿Qué pasa?

BARDOLF.—Es preciso que os presentéis inmediatamente en la Corte, señor; una docena de capitanes os espera a la puerta.

FALSTAFF.—*(Al* PAJE.) Paga a los músicos, bergante. Adiós, posadera; adiós, Doll. ¿Veis, hijas mías, cómo se busca a los hombres de mérito? Los que no sirven para nada pueden dormir, mientras que al hombre de acción se le llama. Adiós, buenas hijas mías; si no recibo la orden de marcha inmediata, os veré antes de mi partida.

DOLL. — No puedo hablar. ¡Si mi corazón no estuviera a punto de estallar!... Vamos, mi dulce Juanito, ten mucho cuidado contigo.

FALSTAFF. — Adiós, adiós. *(Salen* FALSTAFF *y* BARDOFL.)

QUICKLY.—¡Bueno; que te vaya bien! Te he conocido veintinueve años, desde la llegada del tiempo de los guisantes; pero el hombre más honrado y de corazón más leal... ¡Anda, que te vaya bien!

BARDOLF. — *(Dentro.)* ¡Señora Tearsheet!

QUICKLY.—¿Qué ocurre?

BARDOLF. — Decid a la señora Tearsheet que venga a hablar con mi amo.

QUICKLY.—¡Oh, corred, Doll, corred; corred, mi buena Doll! *(Salen.)*

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Westminster.—Aposento en el Palacio Real

Entra el REY ENRIQUE, *en bata de noche, con un* PAJE

REY.—Id, enviad aquí a los condes de Surrey y de Warwick; pero antes que vengan, recomendadles que lean atentamente estas cartas y las mediten bien; hacedlo a toda prisa. *(Sale el* PAJE.) ¡Cuántos millares de mis pobres súbditos sueñan a esta hora! ¡Oh sueño, gentil sueño, dulce reparador de la Naturaleza! ¿Cómo es posible que te haya ahuyentado, para que no quieras venir a posarte sobre mis párpados y sumir en el olvido mis pensamientos? ¿Por qué,

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

sueño, te acuestas en las chozas ahumadas, donde no tienes para tenderte más que duros camastros, y para invitarte al reposo más que el zumbido de las moscas nocturnas, en vez de penetrar en las alcobas perfumadas de los grandes, bajo el dosel de suntuosos lechos, donde estarías arrullado por los sones de las dulces melodías? ¡Oh dios estúpido! ¿Por qué duermes con las gentes bajas en camas infectas y dejas el lecho real convertirse en una garita de centinela o un campanario público de alarma? Puedes cerrar los ojos del grumete encaramado en lo alto del mástil bajo el influjo del vértigo; puedes mecer su cerebro con el movimiento de la ola brutal e impetuosa aun durante la visita de los vientos, que, al aprisionar la cresta a las oleadas implacables, rizan sus monstruosas cabezas, las suspenden hacia las nubes y pasan con tan ruidoso clamor, que la muerte misma se despierta con estruendo. Puedes, ¡oh sueño arbitrario!, dar el descanso al grumete empapado de agua en una hora tan ruda, y ¿le rehusas tu favor en la noche más calmada y tranquila a un rey poseedor de todos los medios y recursos que te pueden solicitar? ¡Dormid, pues, humildes dichosos! Con inquietud reclina la cabeza el que lleva una corona.

Entran WARWICK *y* SURREY

WARWICK.—¡Mil buenos días a Vuestra Majestad!

REY.—¿Es hora de buenos días, locos?

WARWICK.—Es la una, y dada.

REY.—Bien; entonces, buenos días a todos vosotros, milores. ¿Habéis leído las cartas que os he enviado?

WARWICK.—Las hemos leído, mi soberano.

REY.—En ese caso, veis cuán impuro está el cuerpo de nuestro reino, qué tremendas enfermedades crecen en él y hasta qué punto está el peligro cerca del corazón.

WARWICK.—No hay todavía sino un estado de malestar, que con buenos consejos y algunos remedios puede ser restablecido a su primitiva normalidad. Milord Northumberland estará pronto enfriado.

REY.—¡Oh Dios, si se pudiese leer el libro del Destino y ver las revoluciones de los tiempos, unas veces allanar las montañas y disolver en el mar el continente (fatigado de su sólida firmeza), y otras veces hacer demasiado grande para los lomos de Neptuno la cintura de acantilados sobre el Océano! ¡Si se pudiese ver cómo las circunstancias se burlan de nosotros y de qué licores diferentes las vicisitudes de las cosas llenan la copa de la móvil fortuna! ¡Oh, si esto se viera, el joven más afortunado, al descubrir el viaje que le es preciso hacer, sus peligros probables, sus penalidades en perspectiva, querría cerrar el libro, sentarse y morir! No hace diez años que Ricardo y Northumberland eran grandes amigos y se divertían juntos, y dos años más tarde estaban en guerra. No hace sino ocho años, este Percy era el hombre más cercano a mi alma, trabajaba en mis asuntos como un hermano y ponía a mis plantas su afecto y su vida; sí, y por mi amor desafiaba a Ricardo en su misma casa. Pero el que de vosotros estuviera presente *(A* WARWICK.) —vos, primo Nevil, estabais allí, si bien recuerdo— cuando Ricardo, con los ojos inundados en un mar de lágrimas, acusado, insultado por Northumberland, pronunció estas palabras, que se han probado como proféticas: «Northumberland, escala por la cual mi primo Bolingbroke sube al trono (y, sin embargo, Dios sabe que yo no tenía tal intención, y a no haber sido por la necesidad que abrumó al Estado de manera extremada, no nos viéramos obligados a abrazarnos yo y la grandeza), tiempo vendrá —así se expresó—, tiempo vendrá en que este sucio pecado, reuniendo todas sus fuerzas, reventará en putrefacción como una úlcera.» Y en ese tono continuó prediciendo la situación

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

presente y la ruptura de nuestra amistad.

WARWICK.—La vida de todos los hombres constituye una historia que representa la naturaleza de los tiempos que fueron; y por la observación de esta historia, un hombre puede vaticinar, casi a ciencia cierta, las cosas probables que están todavía por nacer y que reposan envueltas en sus semillas y en sus débiles orígenes. Tales cosas el tiempo las cultiva y las hace florecer, y por la forma fatal de los acontecimientos de entonces, pudo el rey Ricardo adivinar, con una claridad perfecta, que el gran Northumberland, traidor a la sazón hacia él, haría brotar de esta simiente de traición una traición más grande que no encontraría tierra para arraigar y crecer más que en vos mismo.

REY.—¿Son estas cosas, pues, necesidades? Entonces tomémoslas como necesidades. ¡Necesidad! Esa es la palabra precisamente que nos llama en la hora actual. Dicen que el obispo y Northumberland disponen de un ejército de cincuenta mil hombres.

WARWICK.—Eso no puede ser, mi soberano. El rumor, como la voz y el eco, dobla el número de los que se temen. Dígnese vuestra gracia ir al lecho. Por mi alma, señor, que las fuerzas enviadas ya por vuestra majestad sofocarán muy holgadamente esta rebelión. Para tranquilizaros más aún, he recibido la noticia positiva de que Glendower ha muerto. Vuestra majestad ha estado enfermo esta quincena, y las vigilias prolongadas tienen forzosamente que empeorar vuestra indisposición.

REY. — Voy a seguir vuestro consejo. Si estas guerras interiores se terminaran alguna vez, partiríamos, mis queridos lores, para Tierra Santa. *(Salen.)*

ESCENA II

Una plazoleta delante de la casa del juez de paz Shallow, en el Gloucestershire

Entran SHALLOW *y* SILENCIO, *que se encuentran;* MOULDY (MOHOSO), SHADOW (SOMBRA), WART (VERRUGA), FEBLE (DÉBIL), BULLCALFF (TERNERO) *y Criados, que los siguen*

SHALLOW.—Venid, venid, venid, señor; dadme vuestra mano, señor; dadme vuestra mano, señor; por el crucifijo, que sois un hombre madrugador. Y ¿cómo va mi buen primo Silencio?

SILENCIO.—Buenos días, mi buen primo Shallow.

SHALLOW. — Y ¿cómo va mi prima, vuestra compañera de lecho? ¿Y vuestra incomparable hija, mi ahijada Elena?

SILENCIO.—¡Ay, es un simple mirlo negro, primo Shallow!

SHALLOW.—Por sí o por no, me atrevo a afirmar que mi primo Guillermo se ha convertido en un buen colegial. Está todavía en Oxford, ¿no es eso?

SILENCIO. — Verdaderamente, señor, y mucho me cuesta.

SHALLOW. — Será menester que pase pronto a las aulas de Derecho. Yo estuve un tiempo en la de San Clemente, donde supongo que todavía se hablará de este loco de Shallow.

SILENCIO.—Se os llamaba «el fornido Shallow» entonces, primo.

SHALLOW.—¡Por la misa!, se me llamaba con toda clase de nombres, y, a la verdad, que hubiera acometido toda suerte de cosas rotundamente. Estuve allí con el pequeño John Doit, de Staffordshire; con el negro George Barnes, Francis Pickbone y Guillermito Squele, un muchacho de Cotswold. No hubierais visto en todas las escuelas de Derecho cuatro camorristas semejantes. Y puedo deciros que sabíamos dónde estaban los «bonarobas», y teníamos los mejores bajo nuestra dirección. Allí estaba Juanito Falstaff, ahora sir Juan, que era todo

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

un niño y paje de Tomás Mowbray, duque de Norfolk.

SILENCIO.—¿Ese sir Juan que va a venir aquí dentro de poco por soldados, primo?

SHALLOW.—El mismo sir Juan, exactamente el mismo. Lo vi romper la cabeza de Skogan en la puerta del patio, cuando no era más que un chiquillo, no más alto que esto, y el mismo día se batió con un tal Sampson Stockfish, un frutero, detrás de Gray's Inn. ¡Ah, los alegres días que he pasado allí! ¡Y cuando se considera cuántos de mis viejos conocimientos no existen ya!...

SILENCIO. — Todos los seguiremos, primo.

SHALLOW.—Es cierto, es cierto; muy seguro, muy seguro; «la muerte, como dice el Salmista, es segura para todos»; todos morirán. ¿Cuánto vale un buen par de toros en la feria de Stamford?

SILENCIO.—Te aseguro, primo, que no he estado allí.

SHALLOW.—La muerte es segura para todos... El viejo Double de vuestra localidad, ¿vive todavía?

SILENCIO.—Ha muerto, señor.

SHALLOW. — ¡Muerto! ¡Jesús, Jesús! ¿Lo veis? ¡Tan buen arquero, y muerto! ¡El, que hacía tan certeros tiros! Juan de Gante le quería mucho y había apostado grandes sumas sobre su cabeza. ¡Muerto! Os habría dado en el blanco a doscientas cuarenta pasos y lanzado una flecha a doscientos ochenta y aun doscientos noventa; de tal forma, que era un placer verle. ¿A cómo está la docena de ovejas ahora?

SILENCIO. — Eso es según como sean. Una veintena de buenas ovejas puede valer diez libras.

SHALLOW.—Pero ¿de veras ha muerto el viejo Double?

SILENCIO. — Por allí vienen dos de los hombres de sir Juan Falstaff, según creo.

Entra BARDOLF *con un hombre*

BARDOLF.—Buenos días, honorables señores. Por favor, ¿cuál de vuestras señorías es el juez Shallow?

SHALLOW. — Yo soy Roberto Shallow, señor; un pobre «esquire» de este condado y uno de los jueces de paz del rey. ¿Qué deseáis de mí, queréis decirme?

BARDOLF. — Mi capitán, señor, me encarga que os salude. Mi capitán, sir Juan Falstaff, un robusto caballero, por el Cielo, y un valerosísimo militar.

SHALLOW.—Sean bien venidos sus cumplimientos, señor. Le he conocido excelente espadachín. ¿Y puedo preguntar cómo va miladi, su esposa?

BARDOLF.—Perdón, señor; pero un soldado está mejor acomodado con otra cosa que con una mujer.

SHALLOW. — Muy bien dicho, señor, a fe mía, verdaderamente muy bien dicho. «¡Está mejor acomodado!» Excelente, sí; verdaderamente excelente. Las frases buenas son, con seguridad, lo fueron siempre, muy recomendables. «¡Acomodado!» Eso viene de «acomodo». Excelente. Muy buena frase.

BARDOLF. — Perdón, señor. He oído la palabra. ¿Llamáis a eso «frase»? Por esta luz, que no sé lo que es «frase». Pero sostendré con mi espada que esa palabra es una palabra que le va bien a un soldado, y una palabra excelentísima para el mando. «Acomodado», es decir, cuando un hombre es lo que se dice «acomodado»; o cuando un hombre, siendo lo que es, puede pasar por acomodado, lo que resulta una excelente cosa.

SHALLOW. — Con mucho tino. Mirad: ahí viene el buen sir Juan.

Entra FALSTAFF

Dadme vuestra buena mano; dadme la buena mano de vuestra señora. A fe que tenéis aire de encontraros bien y que lleváis muy bien vuestros años. Me felicito de veros, mi buen sir Juan.

FALSTAFF.—Encantado estoy de veros con buena salud, señor Roberto Shal-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

low... ¿El señor es maese Surecard, acaso?

SHALLOW.—No, sir Juan; es mi primo Silencio, que está de suplente conmigo.

FALSTAFF.—Mi buen señor Silencio, os conviene mucho ser un hombre de paz.

SILENCIO.—Vuestra señoría excelentísima sea bien venido.

FALSTAFF. — ¡Uf, qué calor hace! Señores, ¿me habéis reclutado aquí media docena de hombres para el servicio?

SHALLOW.—¡Pardiez!, ciertamente, señor. ¿Queréis sentaros?

FALSTAFF.—Dejádmelos ver, os ruego.

SHALLOW.—¿Dónde está la lista, dónde está la lista, dónde está la lista? Veamos un poco, veamos, veamos un poco. Eso es, eso es, eso es, eso es, eso es, eso es, eso es, sí, ¡pardiez!, señor. ¡Rodolfo Mohoso! Preséntense a medida que os llame. Que lo hagan así, que lo hagan así. Veamos: ¿dónde está Mohoso?

MOHOSO.—Presente, para serviros.

SHALLOW.—¿Qué os parece, sir Juan? Es un mozo bien conformado, fuerte y de buena familia.

FALSTAFF.—¿Tu nombre es Mohoso?

MOHOSO.—Sí, si no os parece mal.

FALSTAFF. — Entonces no hay tiempo que perder para emplearte.

SHALLOW.—¡Ja, ja, ja! ¡Magnífico, a fe mía! Las cosas que están mohosas hay necesidad de emplearlas en seguida. ¡Extraordinariamente bien; bien dicho, sir Juan, muy bien dicho!

FALSTAFF.—*(A* SHALLOW.) ¡Picadle! (1).

MOHOSO. — Estaba ya bastante picado si hubierais querido dejarme tranquilo. Mi anciana madre no va a saber ahora cómo encontrar quien le haga la labranza y sus trabajos pesados. No tenéis necesidad de apuntarme. Hay otros que pueden partir mejor que yo.

FALSTAFF. Vamos, silencio, Mohoso; partiréis, Mohoso; es tiempo ya de que seáis usado.

MOHOSO.—¡Usado!

SHALLOW. — ¡Silencio, mozo, silencio! Retiraos. ¿Sabéis dónde estáis? Al siguiente, sir Juan... Veamos... ¡Simón Sombra!

FALSTAFF. — ¡Diantre! Dádmela para ponerme debajo Este probablemente resultará un soldado frío.

SHALLOW.—¿Dónde está Sombra?

SOMBRA.—Aquí, señor.

FALSTAFF.—¿De quién eres hijo?

SOMBRA.—Hijo de mi madre, señor.

FALSTAFF. — ¡Hijo de tu madre! Es probable. Y sombra de tu padre. Así el hijo de la hembra es la sombra del macho. Esto es frecuente, en verdad; porque no siempre hay mucho de la sustancia del padre.

SHALLOW.—¿Os conviene, sir Juan?

FALSTAFF.—Sombra servirá para el verano... Tomad nota de él, porque tenemos cierto número de sombras para llenar el registro de nuestros cuadros.

SHALLOW.—¡Tomás Verruga!

FALSTAFF.—¿Dónde está?

VERRUGA.—Aquí está, señor.

FALSTAFF.—¿Tu nombre es Verruga?

VERRUGA.—Sí, señor.

FALSTAFF.—Eres una verruga muy estropeada.

SHALLOW.—¿Le pico, sir Juan?

FALSTAFF.—Será inútil; porque su traje está hecho sobre su espalda, y todas las costuras las lleva prendidas con alfileres; no le piquéis más de lo que está.

SHALLOW.—¡Ja, ja, ja!... Tenéis razón, señor, tenéis razón. Os felicito cordialmente... ¡Francisco Débil!

DÉBIL.—Presente, señor.

FALSTAFF.—¿Cuál es tu oficio, Débil?

DÉBIL.—Sastre de señoras, señor.

SHALLOW.—¿Le pico, señor?

FALSTAFF.—Podéis hacerlo; pero si hubiese sido sastre de hombre, él os hubiese picado a vos... ¿Harás tantos agujeros en un batallón enemigo como has hecho en un jubón de mujer?

DÉBIL.—Haré todo lo que pueda, señor; no podéis exigir más.

(1) *Prick him.* En toda la escena menudean los juegos de palabras con el verbo *to prick*, «apuntar, punzar, picar, copiar»...

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

FALSTAFF. — ¡Bien dicho, buen sastre de señoras! ¡Bien dicho, valeroso Débil! Serás tan valiente como la paloma colérica o el más magnánimo ratón... Picad bien al sastre de señoras, señor Shallow; picadle hondo, señor Shallow.

DÉBIL.—Hubiera querido que Verruga marchara, señor.

FALSTAFF.—Y yo hubiera querido que fueras satre de hombres, a fin de que le arreglaras y pusieras en estado de marchar. Yo no puedo hacer un simple soldado de un hombre que es jefe de *tantos miles*, Que te baste esto, impetuoso Débil.

DÉBIL.—Eso me bastará, señor.

FALSTAFF.—Te quedo obligado, respetable Débil. ¿Quién es el siguiente?

SHALLOW. — ¡Pedro Ternero... del Prado!

FALSTAFF.—¿Sí? ¡Pardiez! Veamos ese Ternero.

TERNERO.—Aquí está, señor.

FALSTAFF.—¡Vive Dios, un mozo del todo apropiado para mi servicio! Vamos, pícame al Ternero hasta que muja.

TERNERO.—¡Por Dios, mi buen señor capitán!

FALSTAFF.—¿Cómo muges antes de ser picado?

TERNERO. — ¡Oh Dios! Señor, soy un hombre enfermo.

FALSTAFF. — ¿Qué enfermedad tienes?

TERNERO.—Un hijo de puta de resfriado, señor...; una tos, señor..., que cogí tocando en las fiestas del rey el día de su coronación, señor.

FALSTAFF.—Vamos, irás a la guerra en traje de casa; haremos pasar tu catarro y tomaré mis medidas para que tus amigos toquen por ti... ¿Han sido llamados todos?

SHALLOW.—Hay dos más del número pedido; de aquí no debéis tomar sino cuatro, señor. Y ahora os ruego que vengáis a comer conmigo.

FALSTAFF. — Vamos, iré a beber una copa con vos, pero no puedo esperar hasta comer. Me alegro de veros, por mi fe, señor Shallow.

SHALLOW.— ¡Oh sir Juan! ¿Os acordáis cuando pasamos toda una noche en el molino de viento de los campos de San Jorge?

FALSTAFF.—No hablemos más de eso, mi buen señor Shallow; no hablemos más de eso.

SHALLOW. — ¡Ah, fué una noche divertida! Y Juana Nightwork, ¿vive todavía?

FALSTAFF.—Vive todavía, maese Shallow.

SHALLOW.—Nunca me pudo ver.

FALSTAFF.—Nunca, nunca; siempre decía que no podía sufrir a maese Shallow.

SHALLOW.—¡Por la misa!, yo la encolerizaba mucho. Era por aquella época una «bonaroba». ¿Está bien conservada?

FALSTAFF. — Está vieja, vieja, señor Shallow.

SHALLOW. — ¡Claro!, debe de ser ya vieja. No puede dejar de ser vieja; ciertamente, es vieja. Había tenido a Robin Nohtwork antes que yo fuera estudiante en San Clemente.

SILENCIO. — Hace cincuenta y cinco años de eso.

SHALLOW.— ¡Ah primo Silencio, si hubieses visto lo que el caballero y yo hemos visto! ¡Eh, sir Juan! ¿He hablado bien?

FALSTAFF.—Hemos oído los carillones de la medianoche, maese Shallow.

SHALLOW.—Los hemos oído, los hemos oído, los hemos oído; nuestra consigna era: «¡Hem, muchachos!» Venid, vamos a comer. Venid, vamos a comer. ¡Oh, los días que hemos visto! Venid, venid. (*Salen* FALSTAFF, SHALLOW *y* SILENCIO.)

TERNERO. — Mi buen señor cabo Bardolf, sed mi amigo. He aquí cuatro *enriques* de diez chelines en moneda francesa, para vos. En honor a la verdad, señor, me gustaría tanto ser ahorcado como partir. Y, sin embargo, señor, por mi parte me es igual; pero obedece a que no quisiera, porque tengo el propósito de quedarme con mis amigos; de

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

otro modo, señor, lo que es por mí, no me inquieta nada.

BARDOLF.—Bien; poneos a un lado.

MOHOSO. — Ahora, mi buen señor cabo capitán, por consideración a mi anciana madre, sed mi amigo. No tiene a nadie en casa que la cuide cuando yo marche, y es vieja y no puede ayudarme. Tendréis cuarenta chelines.

BARDOLF.—Vamos, separaos a un lado.

DÉBIL.—Por mi fe, a mí me es igual. Un hombre no puede morir más que una vez. Debemos a Dios una muerte. No tendré jamás un alma cobarde. Si ése es mi destino, sea; si no, sea también. Ningún hombre es demasiado bueno para servir a su príncipe, y, siga el camino que quiera, el que muera este año estará libre para el próximo.

BARDOLF.—Bien dicho; eres un bravo mozo.

DÉBIL.—Por mi fe, jamás tendré alma de cobarde.

Vuelven a entrar FALSTAFF, SHALLOW *y* SILENCIO

FALSTAFF.—Veamos, señor: ¿qué hombres me llevo?

SHALLOW.—Escoged los cuatro que os plazca.

BARDOLF. — *(Aparte, a* FALSTAFF.) Señor, una palabra. Tengo tres libras para librar a Mohoso y a Ternero.

FALSTAFF. — *(Aparte, a* BARDOLF.) Está bien; retírate.

SHALLOW. — Vamos, sir Juan: ¿cuáles son los cuatro que tomáis?

FALSTAFF.—Escoged por mí.

SHALLOW. — ¡Pardiez! Entonces escojo a Mohoso, Ternero, Sombra y Débil.

FALSTAFF. — Avanzad aquí, Mohoso y Ternero. Vos, Mohoso, permaneced en casa hasta que seáis apto para el servicio. Y en cuanto a vos, Ternero, creced hasta que seáis lo bastante fuerte para la milicia; no quiero a ninguno de vosotros dos.

SHALLOW.—Sir Juan, sir Juan, no os llevéis de prejuicios. Vuestros hombres son los más aptos, y quisiera veros servido por los mejores.

FALSTAFF. — ¿Es que pretendéis enseñarme, maese Shallow, a escoger un hombre? ¿Es que a mí me importan los miembros, la musculatura, la talla, la prestancia y la abultada corpulencia de un hombre? Dadme el espíritu, maese Shallow... Aquí está Verruga; ved qué apariencia de andrajoso tiene; él os cargará y os descargará con la rapidez del martillo de un peltrero; va a retroceder y avanzar más veloz que el hombre que llena y vacía los cubos de un cervecero. Y este mismo camarada, que no tiene más que media cara, Sombra, dadme a este hombre. No presenta punto de mira al adversario; el enemigo podrá de igual modo apuntar al filo de un cortaplumas; y para la retirada, como sastre de señoras, este Débil sabrá correr rápidamente. ¡Oh, dadme hombres de desecho y desechadme los grandes hombres!... Ponedme un arcabuz en las manos de Verruga, Bardolf.

BARDOLF. — Tomad, Verruga, y preparaos; así, así, así.

FALSTAFF. — Vamos, manejadme vuestro arcabuz. Así..., muy bien...; marchad; muy bien, excelentemente bien... ¡Oh! Dadme siempre para tiradores estos hombres pequeños, delgados, viejos, arrugados, pelones. Perfectamente ejecutado, Verruga; eres un valiente astroso; toma, aquí tienes un tostón para ti.

SHALLOW.—No es dueño todavía de su arma; no ejecuta bien los movimientos. Me acuerdo que sobre la pradera de Mile End, cuando yo estaba en el colegio de San Clemente (hacía entonces de sir Dagonet en la farsa de Arturo), había allí un avispado hombrecillo que os manejaba así su arma; os la volvía así y así, y os avanzaba así y así. «¡Ris!, ¡ras!, ¡ras!», hacía; y exclamaba: «¡Bum!», y volvía a marchar y regresaba; no veré jamás a un mozo semejante.

FALSTAFF. — Estos camaradas marcha-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

rán muy bien, maese Shallow. Adiós, maese Silencio; no usaré muchas palabras con vos. Que lo paséis bien ambos, señores. Os doy las gracias. Es preciso que haga una docena de millas antes de la noche; Bardolf, dadles las cotas a los soldados.

SHALLOW.—¡Sir Juan, que el Señor os bendiga y haga prosperar vuestros negocios! ¡Que Dios nos envíe la paz! A vuestra vuelta, visitad mi casa; renovemos nuestro viejo conocimiento. Es posible que vaya con vos a la Corte.

FALSTAFF.—Quisiera que tuvierais ese pensamiento, maese Shallow.

SHALLOW.—Vamos, digo todo en una sola palabra: buena salud. *(Salen* SHALLOW *y* SILENCIO.)

FALSTAFF.—Pasadlo bien, amables señores. Adelante, Bardolf. Conducid esos hombres. *(Salen* BARDOLF, *Reclutas, etc.)* A mi regreso explotaré a esos jueces de paz. Veo el fondo del juez Shallow. ¡Señor, Señor, cuán inclinados somos los viejos al vicio de la mentira! Este mismo muerto de hambre de juez no ha hecho nada más que hablarme de las farsas de su juventud y de las proezas que ha llevado a cabo en los alrededores de Turnbull Street, y de tres palabras que pronunciaba, había una mentira. Pagaba más tributo de embustes a su oyente que el tributo debido al Gran Turco. Lo recuerdo en la escuela de San Clemente como un hombre que hacía su colación con unas migas de queso; cuando estaba desnudo, parecía un rábano hendido sobre el que se hubiese fijado una cabeza fantásticamente esculpida con un cuchillo. Estaba de tal manera hético, que sus proporciones eran invisibles para cualquier vista que no fuese excelente. Dijérase el genio mismo del hombre. Sin embargo, era lascivo como un mono, y las putas le llamaban Mandrágora. Estaba siempre atrasado en la moda. Cantaba a sus concubinas, azotadas públicamente, las canciones que oía silbar a los arrieros, y juraba que eran sus fantasías o sus inspiraciones nocturnas. Y ahora esta daga del Vicio ha llegado a ser un caballero, y habla con tanta familiaridad de Juan de Gante como si hubiese sido su hermano jurado; y yo juraría que jamás le vió sino una sola vez en el circo del torneo, donde Juan de Gante le rompió la cabeza por ir a zamparse entre los hombres del mariscal. Yo le vi, y dije a Juan de Gante que zurraba a su propio nombre, pues hubierais podido hacerle entrar, a él y a todas sus prendas, en una piel de anguila. El estuche de un oboe hubiese sido para él un castillo, un palacio, y ahora sostiene tierras y ganados. Bueno; reharé conocimiento con él, si retorno, y malo será que no encuentre en su casa dos piedras filosofales por una. Si el tierno albur puede ser un cebo para el viejo lucio (1), no veo razón, según la ley de la Naturaleza, para que no le atrape. Que el tiempo me presente una ocasión, y es cosa hecha. *(Sale.)*

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Un bosque en el Yorkshire

Entran el ARZOBISPO DE YORK, MOWBRAY, HASTINGS *y otros*

ARZOBISPO.—¿Cómo se llama este bosque?

HASTINGS.—El bosque de Gualtrec, si no desagrada a vuestra gracia.

ARZOBISPO.—Detengámonos aquí, milo-

(1) *Pike*, en el texto. *Pike* es sinónimo de *luce*, y *luce* se pronuncia como *Lucy*. Según veremos en *Las alegres casadas de Windsor*, donde se repite el mismo juego de palabras. Shakespeare representó en el juez Shallow a sir Thomas Lucy, caballero de Charlecote.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

res, y enviemos exploradores para saber la cifra de nuestros enemigos.

HASTINGS.—Los hemos enviado ya.

ARZOBISPO.—Está muy bien hecho. Mis amigos y hermanos en esta gran empresa, debo informaros que he recibido cartas de Northumberland, de data reciente. He aquí el sentido, el tono y la sustancia de ellas en toda su frialdad: desearía que su persona estuviese aquí con todas las fuerzas que correspondiesen dignamente a su calidad; estas fuerzas no ha podido levantarlas; así que está retirado en Escocia, para aguardar allí el retorno de la suerte (1); y concluye ansiando de todo corazón que nuestra empresa pueda triunfar sobre las eventualidades de la fortuna y del terrible encuentro con nuestro adversario.

MOWBRAY.—De modo que las esperanzas que teníamos puestas en él caen a tierra y se rompen en pedazos.

Entra un MENSAJERO

HASTINGS. — ¡Hola! ¿Qué novedades hay?

MENSAJERO.—Al oeste del bosque, apenas a una milla, los enemigos avanzan en buen orden; por el terreno que cubren, juzgo que su número es, o debe de elevarse, a cerca de treinta mil.

MOWBRAY.—Justamente la cifra que les habíamos fijado. Marchemos y presentémosles batalla.

ARZOBISPO.—¿Quién es el jefe escogido de las fuerzas que se enfrentan con nosotros?

MOWBRAY.—Creo que es milord Westmoreland.

Entra WESTMORELAND

WESTMORELAND. — Salud, y afectuosos cumplidos de nuestro general, el príncipe lord Juan, duque de Lancaster.

ARZOBISPO. — Decidnos tranquilamente lo que motiva vuestra visita, milord de Westmoreland.

WESTMORELAND.—Entonces, milord, es a Vuestra Gracia a quien dirigiré principalmente la sustancia de mi discurso. Si esta rebelión naciese de por sí entre las multitudes bajas y abyectas; si estuviera conducida por juventudes sanguinarias, reclutada entre harapientos y sostenida por niños y mendigos...; ¡si, digo yo, esta condenada conmoción se hubiese mostrado bajo su aspecto verdadero, nativo y más apropiado, vos, reverendo padre, y estos nobles señores, no habríais estado aquí decorando con vuestras nobles dignidades la forma repugnante de una vil y sangrienta insurrección! Vos, lord arzobispo, cuya sede se afirma sobre la paz civil; cuya blanqueada barba lleva la marca de la mano plateada de la paz; cuya sabiduría y buenas letras la paz ha tutelado; cuyas albas vestiduras simbolizan la inocencia de la paloma y el sacrosanto espíritu de la paz, ¿por qué traducís tan mal estos caracteres de vuestra persona, fuera del lenguaje de paz que lleva impresa tal gracia, en el áspero y ruidoso lenguaje de la guerra? ¿Por qué cambiáis vuestros libros por grebas, vuestra tinta por sangre, vuestra pluma por lanzas y vuestra lengua divina por una trompeta sonora y una llama de guerra?

ARZOBISPO.—¿Por qué obro así?... Tal es la cuestión, en efecto. Brevemente os haré el resumen: nosotros estamos todos enfermos; y, a consecuencia de nuestras horas de excesos y de locuras, nos hemos acarreado una fiebre ardiente que requiere una sangría; de esta enfermedad, nuestro último rey, Ricardo, fué infectado y murió. Pero, mi muy noble lord de Westmoreland, yo no me presento aquí como médico; no vengo tampoco como enemigo de la paz a manejar columnas de soldados; si nuestra paz trajo un instante la fisonomía terrible de la guerra, es más bien para poner a dieta a las almas impuras en-

(1) *To ripe his growing fortunes.* Literalmente: para madurar su creciente fortuna; o mejor, el crecimiento de su suerte.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

fermas de felicidad y purgar los humores que comienzan a obstruir en sus venas el libre curso de la vida. Entendedme más llanamente: he pesado con equidad en una justa balanza los daños que nuestras armas pueden hacer y los males que sufrimos, y encuentro que nuestros agravios pesan más que nuestras ofensas. Vemos en qué dirección marcha la corriente de la época, y estamos obligados a salir de nuestro apacible reposo por el violento torrente de las circunstancias. Y hemos resumido todos nuestros agravios, que en tiempo oportuno mostraremos en artículos, cuyo resumen hemos querido presentar al rey hace mucho tiempo, y no hemos podido obtener audiencia, a pesar de nuestras instancias. Cuando estábamos dolidos y queríamos exponer nuestros agravios, el acceso a su persona nos era denegado aun por aquellos mismos que más daño nos habían hecho. Los peligros de los días de un pasado reciente, cuyo recuerdo está escrito en la tierra con caracteres de sangre todavía visibles (y los ejemplos que cada minuto engendra), hoy mismo, nos han impulsado a empuñar estas armas rebeldes en apariencia, no para romper la paz de ningún modo, sino para establecer una paz verdadera, en la que concurren los dos conceptos de nombre y de realidad.

WESTMORELAND.—¿Cuándo, pues, se ha denegado vuestra apelación? ¿Cuándo habéis sido humillado por el rey? ¿Qué par ha sido excitado para cerraros la puerta?... ¿Por qué habéis sellado este libro ilegal y sangriento de fría rebelión con el sello divino y os habéis consagrado a la espada cruel de la insurrección?

ARZOBISPO.—Por mi hermano en general, el interés común, y por el hermano nacido en un hogar de crueldad, a quien consagro mi querella en particular.

WESTMORELAND.—No hay necesidad de tales métodos de enderezamiento, y si fuesen necesarios, no os pertenece a vos su aplicación.

MOWBRAY.—¿Por qué no a él, por su parte, como a todos nosotros, que sentimos las lesiones de los días pasados, y que sufrimos la opresión de la mano pesada e inicua del presente sobre nuestros honores?

WESTMORELAND. — ¡Oh mi buen lord Mowbray! Comprended las necesidades de nuestra época, y veréis que es vuestra época, y no el rey, quien os injuria. No obstante, por lo que os conviene, no me parece que ni el rey ni el tiempo presente os hayan dado el menor motivo de ofensa. ¿No habéis sido restituído en todos los señoríos del duque de Norfolk, vuestro noble padre, de tan buena memoria?

MOWBRAY.—¿Qué género de honra había perdido mi padre para que fuese necesario restaurársela en mi alma y en mi aliento? El rey, que le amaba, fué, aunque le contrariase, constreñido a desterrarle, a causa de exigencias e imposiciones extrañas; pero cuando mi padre y Enrique Bolingbroke, estando a caballo y alzados ambos sobre sus sillas, avanzaban el uno contra el otro con sus bridones relinchantes, aguijoneados por la espuela, sus lanzas en ristre, sus viseras caladas, sus ojos llameantes a través del acero de las celadas, y la sonora trompeta atronaba para su choque..., entonces, entonces, en el momento que nada impedía a mi padre alcanzar el pecho de Bolingbroke, ¡oh!, entonces el rey arrojó a la palestra su bastón de mando (aquel bastón a que iba unida su propia vida); y al arrojarlo, arrojó él mismo su realeza y las existencias de todos los que después han perecido bajo Bolingbroke por sentencia o por el filo de la espada.

WESTMORELAND. — Lord Mowbray, habláis de un tiempo que no conocéis. El conde de Hereford era entonces reputado el más valiente caballero de Inglaterra. ¿Quién sabe a cuál de los dos campeones habría sonreído aquel día la fortuna? Pero si vuestro padre hubiese salido vencedor, no hubiera jamás logrado

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

su victoria fuera de Coventry; porque todo el país, con voz unánime, gritaba odio contra él, y las plegarias y el afecto de todos se dirigían hacia Hereford, al cual adoraban, bendecían y honraban, en verdad, más que al rey. Pero esto es una simple digresión, que me aleja de mi propósito. Vengo de parte del príncipe, mi general, para conocer vuestros agravios; para deciros, de parte de Su Gracia, que consiente en concederos audiencia, y que, si le parece que vuestras demandas son justas, serán satisfechas y se borrará todo lo que haya podido provocar el que se os crea enemigos suyos.

MOWBRAY.—Pero nos ha obligado a arrancar este ofrecimiento y cede a la política, no a la amistad.

WESTMORELAND.—Mowbray, sois en extremo presuntuoso por tomar así la cosa; este ofrecimiento viene de clemencia, y no de temor; porque, mirad, nuestro ejército, que está al alcance de la vista, se halla demasiado confiado en su fuerza, por mi honor, para permitir que acuda a su pensamiento el temor. Nuestro ejército abunda en grandes hombres más que el vuestro, y se hallan más perfeccionados en el manejo de las armas; nuestras armaduras son tan fuertes como las vuestras, y nuestra causa es mejor. Siendo así, la razón quiere que nuestros corazones sean tan buenos como los vuestros. No digáis, pues, que nuestro ofrecimiento es compelido.

MOWBRAY.—Bueno; si se admite mi opinión, no aceptamos parlamento.

WESTMORELAND.—Eso prueba solamente cuán vergonzosa es vuestra ofensa. Un cofre podrido no soporta el ser manipulado.

HASTINGS.—El príncipe Juan ¿tiene plenos poderes, la amplia facultad de su padre, para escucharnos y determinar de una manera absoluta las condiciones que establezcamos?

WESTMORELAND.—Eso va implicado en el nombre de general; me extraña que hagáis una pregunta tan ligera.

ARZOBISPO.—Entonces, tomad, milord de Westmoreland, esta cédula, que contiene la exposición general de nuestros agravios; que cada uno de estos agravios sea satisfecho; que todos los miembros de nuestra causa, presentes y ausentes, queden salvaguardados por una leal y auténtica amnistía; que la ejecución inmediata de nuestras voluntades nos sea garantizada en todo lo que concierne a nuestras personas o a nuestras intenciones, y volveremos al orden legal y depondremos nuestras armas en brazos de la paz.

WESTMORELAND.—Voy a enseñar esto al general. ¿Os placería, milores, que nos encontrásemos a la vista de nuestros ejércitos y que se acuerde la paz (¡que Dios nos conceda ese favor!), o, en caso contrario, saquemos sobre el terreno mismo las espadas, que deben decidirla?

ARZOBISPO.—Milord, así lo haremos. *(Sale* WESTMORELAND.*)*

MOWBRAY.—Hay algo dentro de mi pecho que me dice que ninguna de nuestras condiciones de paz será mantenida.

HASTINGS.—No lo temáis. Si podemos hacer nuestra paz sobre términos tan amplios y tan absolutos como reclaman nuestras condiciones, nuestra paz será tan sólida como las rocas.

MOWBRAY.—Sí, pero la opinión que se tendrá de nosotros será tal, que sobre el pretexto más fútil y menos fundado, sobre la razón más vana, más menuda, más quimérica, el rey se acordará de esta empresa; y aunque fuésemos mártires de nuestra devoción por él, nuestros actos serán aventajados por un aire tan violento, que nuestro grano le parecerá igual de ligero que nuestra paja, y lo bueno no podrá jamás sernos separado de lo malo.

ARZOBISPO.—No, no, milord. Notad esto: el rey está fatigado de estas discordias delicadas y de estas pequeñas disensiones, pues ha descubierto que desembarazarse de una persona dudosa por la muerte es hacerla revivir entre las

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

que le suceden; por consiguiente, querrá limpiar enteramente sus tabletas y rehusará guardar en su memoria ningún recuerdo que pueda transmitir la historia de sus reveses y conservarla viva en la posteridad; pues sabe perfectamente que no puede escardar este país tan radicalmente como quisiera, ni satisfacer sus sospechas en toda ocasión. Sus amigos tienen, como sus enemigos, raíces tan bien enlazadas y tan comunes, que cuando se esfuerza por desarraigar a un enemigo, arrancándole del suelo, quebranta a un amigo. De suerte que este país, parecido a una esposa que le ha exasperado hasta impulsarle a pegarle, en el momento en que quiere golpear, le presenta su hijo y paraliza el castigo que estaba decidido en el brazo que se levantaba para imponerlo.

HASTINGS.—Además, el rey ha gastado todas sus varas en sus recientes ofensores; de modo que le faltan hoy instrumentos propios de castigo, y su poder, como el de un león sin garras, puede amenazar, pero no ejecutar sus amenazas.

ARZOBISPO.—Es muy verdad, y, por consiguiente, estad seguro, mi buen lord mariscal, que si operamos bien hoy nuestra reconciliación, nuestra paz, parecida a un miembro roto que ha sido unido, quedará más fuerte por la fractura.

MOWBRAY.—Que así sea. He ahí a milord de Westmoreland, que retorna.

Vuelve a entrar WESTMORELAND

WESTMORELAND.—El príncipe está muy próximo. ¿Le placerá a vuestra señoría salir al encuentro de Su Gracia, a una distancia igual de nuestros dos ejércitos?

MOWBRAY.—¡En nombre de Dios!, que Vuestra Gracia de York tenga a bien avanzar el primero, entonces.

ARZOBISPO.—Precededme y presentad mis respetos a Su Gracia. Milord, vamos. *(Salen.)*

ESCENA II

Otra parte del bosque

Entran, de un lado, MOWBRAY, *el* ARZOBISPO, HASTINGS *y algunos más; del otro lado,* JUAN DE LANCASTER, WESTMORELAND, *Oficiales y séquito*

PRÍNCIPE JUAN.—Me complace hallaros aquí, mi primo Mowbray. Buenos días a vos, noble lord arzobispo, y a vos también, lord Hastings, y a todos vosotros. Milord de York, hacíais mejor figura cuando vuestro rebaño, reunido por la campana, se apretaba en torno de vos para escuchar con respeto vuestra exposición del texto sagrado, que la que hacéis aquí bajo una armadura de hierro, animando con vuestro tambor una muchedumbre de rebeldes, cambiando la palabra en espada y la vida en muerte. Si el hombre que es muy querido del corazón de un monarca y que prospera al sol de su favor, quiere abusar de la protección del rey, ¡qué desgracia, ¡ay!, no puede ocasionar a la sombra de tal grandeza! Eso es lo que habéis hecho vos, lord obispo. ¿Quién no ha oído decir cuán profunda es vuestra ciencia en los libros de Dios? Para nosotros, erais el orador de su parlamento: nos figurábamos vuestra voz como la voz de Dios mismo; erais el intérprete, el negociador entre la gracia, las obras santas del cielo y nuestras oscuras obras de la tierra. ¡Oh! ¿Quién creería que abusabais de lo sagrado de vuestras funciones, que empleabais la protección y la gracia del Cielo como un favorito falso emplea la palabra del príncipe para cometer actos deshonrosos? Bajo la capa de un fingido celo por Dios, habéis llamado a las armas a los súbditos de su lugarteniente, mi padre, y los habéis congregado aquí contra la paz de Dios y del rey.

ARZOBISPO.—Mi buen lord de Lancaster: no estoy aquí contra la paz de vuestro padre; pero, como he dicho a milord de Westmoreland, es la época de

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

desorden en que estamos la que nos ha constreñido, por sentido común, a agruparnos y a unirnos bajo esta forma monstruosa, para mantener nuestra seguridad. He enviado a Vuestra Gracia la exposición detallada, uno por uno, de nuestros agravios, exposición que ha sido con desprecio rechazada desde la Corte. De ahí ha nacido esta hidra, el hijo de la guerra; hidra cuyos ojos peligrosos pueden quedar adormecidos por sortilegio dando satisfacción a nuestras muy justas y muy legítimas demandas; pues la leal obediencia, curada de esta locura, se echará cómodamente a los pies de la majestad.

MOWBRAY.—Si *no*, estamos dispuestos a recurrir a los azares de la suerte hasta nuestro último hombre.

HASTINGS.—Y si somos derrotados aquí, tenemos aliados para continuar nuestra empresa; si ellos fracasan también, sus amigos continuarán su obra; y así los triunfos nacerán de los fracasos y los herederos de los herederos sostendrán esta querella, mientras en Inglaterra quede una generación.

PRÍNCIPE JUAN.—Sois demasiado superficial, Hastings; demasiado superficial para sondear el fondo del porvenir.

WESTMORELAND. — ¿Placería a Vuestra Gracia hacerle saber directamente hasta qué punto aceptáis sus artículos?

PRÍNCIPE JUAN.—Yo los acepto todos y los admito de buena voluntad. Juro aquí por el honor de mi sangre que los designios de mi padre han sido mal juzgados y que alguno de los que le rodean ha abusado demasiado ligeramente de su autoridad y falseado sus intenciones... Milord, estos agravios serán pronto satisfechos; por mi alma, que lo serán. Si esto os agrada, devolved vuestros soldados a sus diversos condados, como haremos con los nuestros; después bebamos amistosamente y abracémonos entre nuestros dos ejércitos, a fin de que todos los ojos puedan llevar como prendas a sus casas el restablecimiento de nuestra concordia y amistad.

ARZOBISPO.—Tengo vuestra palabra de príncipe para la satisfacción de estos agravios.

PRÍNCIPE JUAN.—Yo os la doy y la mantendré. Ahora bebo por Vuestra Gracia.

HASTINGS.—*(A un Oficial.)* Id, capitán; llevad al ejército estas noticias de paz. Que se les dé su sueldo y se los licencie. Sé que estarán muy contentos de ello. Daos prisa, capitán. *(Sale el Oficial.)*

ARZOBISPO.—Bebo a vuestra salud, mi noble lord Westmoreland.

WESTMORELAND.—Yo lo hago por Vuestra Gracia; si supierais qué trabajos me he tomado para traer la paz actual, beberíais de todo corazón; pero probaré en adelante mi afecto abiertamente.

ARZOBISPO.—No dudo de vos.

WESTMORELAND.—Me felicito de ello. A vuestra salud, milord de Mowbray, mi amable primo.

MOWBRAY.—Me deseáis la salud muy oportunamente, porque acabo de sentirme un tanto enfermo.

ARZOBISPO.—Contra las desgracias, los hombres están siempre alegres; pero la tristeza precede a los felices acontecimientos.

WESTMORELAND. — Estad, pues, alegre, primo, puesto que una súbita tristeza nos permite decir: se prepara algo feliz para mañana.

ARZOBISPO.—Por mí, me siento con el alma contenta, os lo aseguro.

MOWBRAY.—Eso es tanto peor, si vuestro proverbio dice verdad. *(Aclamaciones fuera.)*

PRÍNCIPE JUAN.—La palabra de paz acaba de ser pronunciada; escuchad cómo aplauden.

MOWBRAY.—He ahí los gritos que habrían causado placer escuchar después de la victoria.

ARZOBISPO.—Una paz es de la naturaleza de una conquista; porque así los dos partidos están noblemente subyugados y ninguno de ellos es el vencido.

PRÍNCIPE JUAN.—Id, milord, y haced

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

también licenciar nuestro ejército. *(Sale* WESTMORELAND.) Si os agrada, mi buen lord, haremos desfilar nuestras tropas delante de nosotros, a fin de que podamos juzgar de los hombres con que hubiéramos tenido que luchar.

ARZOBISPO. — Id, mi buen lord Hastings, y antes de licenciarlos hacedles desfilar por delante de nosotros. *(Sale* HASTINGS.)

Vuelve a entrar WESTMORELAND

PRÍNCIPE JUAN.—Creo, lores, que esta noche descansaremos juntos. Ahora, primo, ¿por qué nuestro ejército no se mueve?

WESTMORELAND.—Los jefes que han recibido de vos mandato de permanecer en sus puestos no quieren retirarse antes de haber escuchado vuestra palabra.

PRÍNCIPE JUAN.—Saben su deber.

Vuelve a entrar HASTINGS

HASTINGS. — Milord, nuestro ejército está ya dispersado. Como novillos liberados del yugo, emprenden su carrera al Este, al Oeste, al Norte, al Sur; o como colegiales a la salida de la escuela, cada uno corre hacia su casa y lugar de recreo.

WESTMORELAND.—Buenas noticias, milord Hastings, y por estas noticias te arresto, traidor, como reo de alta traición; y vos, lord arzobispo, y vos, lord Mowbray, decreto también vuestra capital traición.

MOWBRAY.—¿Esta conducta es justa y honorable?

WESTMORELAND.—¿Y vuestra conspiración lo era?

ARZOBISPO.—¿Es así como violáis vuestra palabra?

PRÍNCIPE JUAN.—No he empeñado ninguna. Os he prometido que los agravios de que os quejáis serían satisfechos, y, por mi honor, mantendré mi promesa con muy cristiano escrúpulo; pero en cuanto a vosotros, rebeldes, aprestaos a saborear la recompensa que es debida a la traición y a los actos parecidos a los vuestros. Habéis reunido este ejército con la más extrema ligereza, lo habéis conducido hasta aquí aturdidamente, y lo habéis licenciado sin cordura. Que batan nuestros tambores y que se persiga a las bandas dispersas. Es el Cielo, y no nosotros, quien ha combatido hoy con este éxito sin peligro. Que algunos hombres conduzcan a estos traidores al tajo de la muerte, lecho verdadero de la traición y donde exhala el último aliento. *(Sale.)*

ESCENA III

Otra parte del bosque

Fragores. Escaramuzas. Entran FALSTAFF *y* COLEVILLE, *que se encuentran*

FALSTAFF.—¿Cuál es vuestro nombre, señor? ¿Cuál es vuestra condición y de qué sitio sois, por favor?

COLEVILLE.—Soy caballero, señor, y mi nombre es Coleville del Valle.

FALSTAFF.—Muy bien. Coleville es vuestro nombre, caballero, vuestro título, y el valle, vuestra residencia. Coleville seguirá siendo vuestro nombre, traidor vuestro título y el calabozo de vuestra residencia, un valle bastante profundo; así continuaréis siendo Coleville del Valle.

COLEVILLE.—¿No sois sir Juan Falstaff?

FALSTAFF.—Tan buen hombre como él, señor, quienquiera que sea. ¿Os rendís, señor, o tendré que sudar por vos? Si sudo, mis gotas serán las lágrimas de tus amigos, y ellos llorarán tu muerte Por tanto, despiértese en ti el temor y el pánico y encomiéndate a mi clemencia.

COLEVILLE.—Creo que sois sir Juan Falstaff, y, en esa creencia, me rindo.

FALSTAFF.—Tengo en mi panza una escuela de lenguas y no hay una que

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

pronuncie otra palabra que mi nombre. Si tuviese una panza vulgar, sería sencillamente el individuo más atractivo de Europa; pero mi barriga, mi barriga, mi barriga, me entorpece... Ahí viene nuestro general.

Entran JUAN DE LANCASTER, WESTMORELAND *y otros*

PRÍNCIPE JUAN.—El ardor ha pasado, no persigáis más; ahora llamad a las tropas, mi buen primo Westmoreland. *(Sale* WESTMORELAND.) Veamos, Falstaff: ¿dónde habéis estado todo este tiempo? ¿Es que llegáis ahora, cuando todo se ha acabado? Por mi vida, que vuestras farsas de rezagado os harán cualquier día romper el dorso de alguna horca.

FALSTAFF.—Sentiría, milord, que sucediese así; hasta ahora nunca había sabido que las reprimendas y los regaños fuesen las recompensas del valor. ¿Creéis que soy una golondrina, una flecha o una bala de cañón? ¿Es que mis pobres piernas viejas pueden tener la velocidad del pensamiento? He acudido aquí con la más extremada rapidez, he reventado más de ciento ochenta caballos y, todo sucio de la polvareda del viaje, como veis, por mi puro e inmaculado valor, he cogido a sir Juan Coleville del Valle, el más furioso caballero y arrojado enemigo. Pero ¿qué importa? Me ha visto y se ha rendido; de suerte que puedo decir con el camarada de la ganchuda nariz de Roma: «Llegué, vi y vencí.»

PRÍNCIPE JUAN. — Esta captura nace más honor a su cortesía que a vuestro mérito.

FALSTAFF.—No sé; aquí está y os lo entrego, y suplico a Vuestra Gracia que esta acción sea señalada con los altos hechos de este día, o, ¡por el Señor!, la haré referir en una balada particular, que llevará mi retrato a la cabeza, con Coleville besándome los pies. Si me veo forzado a tal decisión, si todos parecéis a mi lado otra cosa que piezas doradas de dos peniques y en el claro cielo de la fama no eclipso a todos completamente, como la luna llena eclipsa a las chispas del cenicero del firmamento, que parecen al lado suyo cabezas de alfiler, no creáis más en palabras de un noble. Por tanto, hacedme justicia y dejad subir al mérito.

PRÍNCIPE JUAN.—Tu mérito es demasiado pesado para subir.

FALSTAFF.—Dejadle brillar, entonces.

PRÍNCIPE JUAN.—Es demasiado opaco para brillar.

FALSTAFF.—Dejadle hacer alguna cosa que me pueda dar algo bueno, mi buen lord, y llamadlo como queráis.

PRÍNCIPE JUAN.—¿Es tu nombre Coleville?

COLEVILLE.—Sí, milord.

PRÍNCIPE JUAN.—Eres un famoso rebelde, Coleville.

FALSTAFF.—Y es un súbdito famosamente fiel el que lo ha cogido.

COLEVILLE.—No soy yo, milord, sino mis superiores, los que me han traído aquí; si hubiesen estado dirigidos por mí, habríais comprado la victoria más cara de lo que lo habéis hecho.

FALSTAFF.—No sé en cuánto se venden; pero en cuanto a ti, te has dado gratis, como un buen muchacho, y te agradezco el don de tu persona.

Vuelve a entrar WESTMORELAND

PRÍNCIPE JUAN.—Veamos, ¿habéis suspendido la persecución?

WESTMORELAND. — Se ha efectuado la retirada y suspendido la operación.

PRÍNCIPE JUAN.—Enviad a Coleville con sus cómplices a York para que sean inmediatamente ejecutados. Blunt, conducidle fuera de aquí y tened cuidado de custodiarle con seguridad. *(Salen* BLUNT *y* COLEVILLE *con otros.)* Y ahora dirijámonos hacia la Corte, señores. Oigo que el rey, mi padre, está gravemente enfermo. Es menester que nuestras noticias lleguen antes que nosotros a Su Majestad. Sois vos, primo, quien se las

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

llevaréis; eso le confortará. En cuanto a nosotros, os seguiremos con una velocidad moderada.

FALSTAFF.—Os suplico que me deis permiso para pasar por el Gloucestershire, y cuando estéis en la Corte, dignaos hablar de mí en vuestro buen informe.

PRÍNCIPE JUAN.—Pasadlo bien, Falstaff. Usaré de mi autoridad para hablar de vos mejor de lo que os merecéis. *(Salen todos, excepto* FALSTAFF.)

FALSTAFF.—Os desearía solamente inteligencia. Eso valdría más que vuestro ducado. Hablando de buena fe, este joven de sangre fría no me quiere; nadie puede hacerle reír; pero no es extraño; no bebe vino. Jamás ninguno de estos mozos tan moderados llegan a nada, porque su bebida floja les enfría más la sangre, y el hacer muchas comidas de pescado les hace caer en una especie de opilación masculina. Cuando se casan, engendran hijas. Son generalmente tontos y cobardes, lo que seríamos también algunos de nosotros si no fuese por el calentamiento. Un buen jerez produce un doble efecto: primero, se me sube al interior del cerebro, me seca allí todos los necios, torpes y malolientes vapores que lo envuelven; lo hace abierto, ágil, inventivo, pleno de concepciones ligeras, ardientes y deleitosas formas; todo lo cual comunicado a la voz, la lengua, que le da expresión, produce excelentes ocurrencias. La segunda propiedad de vuestro excelente jerez es la de calentar la sangre, que estando antes fría y calmosa dejaba el hígado blanco y pálido, lo que es signo de pusilanimidad y cobardía; pero el vino de Jerez la calienta y la hace correr del centro a las partes extremas. Ilumina el rostro, que, como un faro, ordena armarse a todo el resto de este pequeño reino, el hombre; y entonces toda la burguesía de los espíritus vitales y los pequeños espíritus interiores se reúnen alrededor de su capitán, el corazón, quien, potente y ufano de su ejército, realiza cualquier acto que sea de valor; y este valor viene del jerez. De aquí se sigue que la destreza en las armas no es nada sin el vino de Jerez; porque es él quien la pone en acción, y el saber no es más que un simple montón de oro guardado por un diablo, hasta que el jerez se apodera de él y le da vida y empleo. De ahí viene que el príncipe Enrique sea valiente; porque esa sangre fría que ha heredado, naturalmente, de su padre, la tiene, como se hace con una tierra floja, estéril y yerma, laborada, cultivada y sembrada por el excelente trabajo del buen beber y por el buen abono del fértil jerez. De suerte que ha llegado a ser muy ardoroso y muy valiente. Si mil hijos tuviera, el primer principio humano que les enseñaría sería abjurar de toda bebida insípida y dedicarse al jerez.

Entra BARDOLF

¿Qué hay, Bardolf?

BARDOLF.—El ejército está todo licenciado, y ha partido.

FALSTAFF.—¡Que se vayan! Voy a pasar por el Gloucestershire, y allí visitaré a maese Roberto Shallow, caballero. Le he estado ablandando entre mi índice y mi pulgar, y pronto sellaré con él. *(Salen.)*

ESCENA IV

Westminster.—La sala de Jerusalén

Entran el REY ENRIQUE, CLARENCE, GLOUCESTER, WARWICK *y otros*

REY.—Ahora, señores, si Dios concede una feliz solución a estos combates que sangran a nuestras puertas, conduciremos a nuestros jóvenes hacia campos de batalla más nobles, y no sacaremos ya otros aceros que los santificados. Nuestra marina está presta, nuestras tropas concentradas, nuestros tenientes debidamente investidos de poder, y todas las cosas descansan al nivel de nues-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

tro deseo. Solamente necesitamos un poco de vigor corporal. Y ahora, reposemos hasta que estos rebeldes, hoy a nuestras plantas, caigan bajo el yugo de nuestro gobierno.

WARWICK.—No dudamos que Vuestra Majestad obtendrá pronto esa gran alegría.

REY.—Humphrey, hijo mío de Gloucester, ¿dónde está el príncipe vuestro hermano?

GLOUCESTER.—Creo que ha ido a cazar a Windsor, mi señor.

REY.—Su hermano Thomas de Clarence, ¿no está con él?

GLOUCESTER.—No, no, buen señor; está aquí en vuestra presencia.

CLARENCE.—¿Qué me quiere mi señor y padre?

REY.—Nada más que bien, Thomas de Clarence. ¿Cómo es que no estás con el príncipe, tu hermano? El te quiere, y tú le desdeñas, Thomas; tienes en su afecto un lugar más grande que todos tus hermanos. Consérvale, hijo mío, y cuando yo haya muerto, podrás llevar a cabo nobles ejercicios de meditación entre Su Grandeza y tus otros hermanos. En consecuencia, no le desdeñes; no embotes su cariño, no vayas a perder la gran ventaja de su favor por tu aparente frialdad o tu indiferencia a su buena inclinación. Porque es amable cuando se le trata como se debe; tiene una lágrima para la piedad y una mano tan ampliamente abierta como el día para la compasión caritativa. No obstante, cuando está irritado es de piedra, tan brusco cual el invierno y tan súbito como el frío de la brisa de la aurora. Es preciso, pues, tener cuidado con su carácter. Reprendedle por sus faltas, pero con respeto, cuando veáis que está en vena de jovialidad; pero cuando observéis que está de mal humor, dadle campo y carrera a su cólera hasta que sus pasiones, parecidas a la ballena llevada a tierra, estén agotadas en sus sobresaltos. Retén esta lección, Thomas, y llegarás a ser un escudo para tus amigos; el círculo de oro que unirá a tus hermanos y que impedirá a ese vaso común de su sangre romperse bajo la acción de las insinuaciones calumniosas que el tiempo verterá allí necesariamente, aun cuando fuese ese veneno tan violento como el acónito o la explosiva pólvora de cañón.

CLARENCE.—Lo cultivaré con todo cuidado y amor.

REY.—¿Por qué no estás con él en Windsor, Thomas?

CLARENCE.—No está aquí hoy; come en Londres.

REY.—¿Y en qué compañía? ¿Puedes decírmelo?

CLARENCE.—Con Poins y sus otros compañeros habituales.

REY.—El suelo más rico es el más sujeto a las malas hierbas, y él, imagen noble de su juventud, está sobrecargado de ellas; así, mi ansiedad se extiende más allá de la hora de mi muerte. La sangre mana de mi corazón cuando mi mente se representa los días de extravío y los tiempos de corrupción que viviréis cuando yo duerma entre mis antecesores; pues cuando su desbordamiento ya no tenga obstáculo, cuando la cólera y la violencia sean sus consejeras, cuando sus gustos de prodigalidad tengan los medios de satisfacerse, ¡ah, con qué alas le empujarán sus pasiones hacia el peligro hostil y la caída enemiga!

WARWICK.—Mi gracioso señor, vais demasiado lejos en vuestro juicio respecto a él; el príncipe estudia simplemente a sus compañeros como una lengua extranjera; para llegar a ser maestro en una lengua es necesario leer y retener las palabras más inmodestas, y, una vez alcanzado ese objetivo, vuestra alteza lo sabe, todo lo que se hace con estas palabras es conocerlas y detestarlas. Así es como, llegado el tiempo, el príncipe repelerá a sus compañeros como se repelen las palabras groseras; su recuerdo servirá a su gracia de modelo y de medida para juzgar las costumbres de los

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

otros hombres, y de este modo el mal pasado se convertirá en utilidad presente.

REY.—Es muy raro que la abeja deposite su panal de miel en la muerta carroña. ¿Quién viene aquí? ¿Westmoreland?

Entra WESTMORELAND

WESTMORELAND. — ¡Salud a mi soberano, y nueva dicha se añada a la que voy a comunicaros! El príncipe Juan, vuestro hijo, besa la mano de vuestra gracia. Mowbray, el obispo Scroop, Hastings y todos los demás han sufrido los rigores de vuestras leyes. No hay ahora una espada rebelde desenvainada, y la paz pasea por todas parte sus ramos de olivo. Vuestra alteza podrá leer aquí con más holgura la manera como esta acción ha sido dirigida, así como cada uno de los episodios de este asunto en particular.

REY. — ¡Oh Westmoreland! Eres un ave de verano que, encaramada en el hombro del invierno, no cesa de cantar que los días se agrandan... Mirad, aquí llegan otras novedades.

Entra HARCOURT

HARCOURT.—¡El Cielo guarde a Vuestra Majestad de enemigos, y cuando se alcen contra vos, que puedan caer, como aquellos de que vengo a hablaros! El conde de Northumberland y el lord Bardolf, con numerosas fuerzas de ingleses y escoceses, han sido derrotados por el sheriff de Yorkshire. Este pliego, si le agrada verlo a Vuestra Alteza, contiene con amplios detalles el desarrollo y orden exacto del combate. *(Entrega el pliego.)*

REY.—Y ¿por qué esas buenas noticias me han de poner enfermo? ¿No vendrá, pues, jamás la fortuna con sus manos llenas, sin inscribir sus más bellas palabras en letras abominables? O bien os da un estómago y nada de alimento, tal es el caso de los pobres con salud, o bien os da un festín y os quita el estómago, el caso de los ricos que tienen abundancia y no pueden disfrutarla. En el momento actual, que las felices nuevas debieran proporcionarme alegría, he aquí que mi vista me abandona y que de mi cerebro se apodera el vértigo. ¡Ay de mí! Sostenedme. Me siento muy mal. *(Se desmaya.)*

GLOUCESTER.—¡Anímese Vuestra Majestad!

CLARENCE.—¡Oh mi egregio padre!

WESTMORELAND. — ¡Mi soberano señor! ¡Recobraos, abrid los ojos!

WARWICK. — Tened paciencia; sabéis que estos accesos son frecuentes en su Alteza. Alejaos de él; dadle aire; va a volver en sí en seguida.

CLARENCE.—No, no podrá por largo plazo soportar estos sufrimientos; las incesantes preocupaciones y los trabajos de su imaginación han vencido el delgado muro que debería mantener encerrada su vida, que se ha ladeado y se desmoronará.

GLOUCESTER. — El pueblo me asusta; porque se ha observado que han nacido a veces hijos sin padre, y monstruos de la Naturaleza. Las estaciones cambian sus caracteres, como si el año se hubiese encontrado algunos meses dormido y hubiera salíado por encima de ellos.

CLARENCE.—El río ha sufrido tres flujos, sin que haya tenido ningún reflujo en el intervalo; y los viejos, crónicas charlatanas del tiempo, dicen que así ocurrió un poco antes que nuestro bisabuelo Eduardo cayera enfermo y muriese.

WARWICK.—Hablad más bajo, príncipe, pues el rey vuelve en sí.

GLOUCESTER. — Esta apoplejía anuncia un fin seguro.

REY.—Os ruego que me levantéis y me llevéis a otra habitación. Con mucho tiento, os lo suplico.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ESCENA V

Otro aposento

El REY ENRIQUE, *tendido en un lecho;* CLARENCE, GLOUCESTER, WARWICK *y otros, atendiéndole*

REY.—Que no se haga aquí ruido, mis queridos amigos, a menos que una mano discreta y bienhechora arrulle mi fatigado espíritu con ligero murmullo musical.

WARWICK.—Haced que vengan los músicos a la sala vecina.

REY.—Colocad aquí la corona, sobre mi almohada.

CLARENCE.—Sus ojos se hunden, y cambia sobre manera.

WARWICK. — ¡Menos ruido! ¡Menos ruido!

Entra el PRÍNCIPE ENRIQUE

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Quién ha visto al duque de Clarence?

CLARENCE.—Aquí estoy, hermano, abrumado de pesar.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¿Qué ocurre? Llueve de puertas adentro y nada afuera. ¿Cómo va el rey?

GLOUCESTER.—Extremadamente mal.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Conoce ya las buenas noticias? Decídselas.

GLOUCESTER.—Ha sido al oírlas cuando se ha agravado.

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Si ha sido por la alegría, se repondrá sin médico.

WARWICK.—No tanto ruido, milores. Mi querido príncipe, hablad bajo; el rey, vuestro padre, se dispone a dormir.

CLARENCE.—Retirémonos a la sala inmediata.

WARWICK. — Haría el favor Vuestra Gracia de salir con nosotros?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—No; quiero sentarme y velar al rey. *(Salen todos, excepto el* PRÍNCIPE ENRIQUE.) ¿Por qué la corona, que es una compañera tan importuna, se halla sobre su almohada? ¡Oh reluciente inquietud! ¡Preocupación dorada, que tienes abiertas de par en par todas las puertas del sueño durante tantas noches de ansiedad! ¡Y duerme contigo ahora! Pero, sin embargo, no con un sueño tan profundo y la mitad tan dulce como el de quien, tocada la frente con grosero gorro ceñido, ronca durante la noche. ¡Oh majestad! Cuando gravitas sobre el que te lleva, te siente como se siente una rica armadura llevada en el calor del día, que quema al mismo tiempo que protege. Cerca de la abertura por donde sopla su aliento, hállase una brizna de pluma que no se mueve. Si respirase, esa ligera e imponderable plumita se agitaría necesariamente. ¡Gracioso señor mío! ¡Padre mío! Este sueño es profundo, en verdad. Es el mismo sueño que ha separado de este círculo de oro a tantos reyes ingleses. Lo que te debo son las lágrimas y las dolorosas aflicciones de la sangre que la Naturaleza, el amor, la ternura filial te pagarán abundantemente, ¡oh padre mío! Lo que debes es esta corona imperial, que, como tu heredero inmediato en estirpe y sangre, deriva hacia mí. Aquí, hela aquí sentada. *(La coloca sobre su cabeza.)* ¡Dios quiera protegerla! Y aun cuando toda la fuerza del mundo estuviera concentrada en los brazos de un gigante, no me arrancaría esta insigne herencia, que le dejaré a los míos como me la has dejado a mí. *(Sale.)*

REY.—¡Warwick; ¡Gloucester! ¡Clarence!

Vuelve a entrar WARWICK, GLOUCESTER, CLARENCE *y los demás*

CLARENCE.—¿Llama el rey?

WARWICK.—¿Qué quiere Vuestra Majestad? ¿Cómo se encuentra Vuestra Gracia?

REY.—¿Por qué me dejáis aquí solo, milores?

CLARENCE.—¡Soberano mío! Hemos dejado aquí al príncipe mi hermano, que se encargó de estar y velar por vos.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

REY.—¡El príncipe de Gales! Dejadme que le vea. No está aquí.

WARWICK.—Esa puerta está abierta; ha salido por allí.

GLOUCESTER.—No ha atravesado la sala en que estábamos.

REY.—¿Dónde está la corona? ¿Quién la ha cogido de mi almohada?

WARWICK.—Cuando nos retiramos, la dejamos ahí, soberano mío.

REY.—Es el príncipe quien la ha cogido. Id, buscadle. ¿Tiene tanta prisa, que toma a mi sueño por muerte? Habladle, milord de Warwick, y empujadle hasta aquí, reprendiéndole. *(Sale* WARWICK.) La acción que acaba de cometer se junta a mi enfermedad y acaba de consumirme. ¡Ved, hijos míos, qué seres sois! ¡Cuán aprisa se revoluciona la Naturaleza cuando el oro llega a convertirse en su designio! Para esto, los imbéciles padres, llenos de preocupaciones, han dejado a la inquietud ahuyentar su sueño, a los cuidados macerar su cerebro y al trabajo fatigar sus huesos. Para esto han acumulado y apilado los montones corruptores de oro, difícilmente conseguido, y se han afanado por proveer a sus hijos de las armas que dan las artes y los ejercicios guerreros. Cuando, igual que la abeja extrae de cada flor el polen de los más suaves aromas, aportamos a la colmena nuestras patas cargadas de cera, nuestras bocas repletas de miel, en recompensa de nuestra labor se nos mata como a la abeja. Este es el amargo sabor que rinden a un padre moribundo sus afanes.

Vuelve a entrar WARWICK

Vamos, ¿dónde está el que no puede esperar a que su amiga la enfermedad disponga de mí?

WARWICK.—Milord, he encontrado al príncipe en la sala contigua, lavando sus nobles mejillas con lágrimas de ternura y en una tal postración de profundo disgusto, que, contemplándole, la tiranía, que nunca se ha condolido más que con la sangre, habría lavado su puñal en las gentiles lágrimas de sus ojos. Ahora vendrá.

Vuelve a entrar el PRÍNCIPE ENRIQUE

REY.—Ven aquí, cerca de mí, Harry. Salid de esta alcoba. Dejadnos solos juntos. *(Salen todos, excepto el* REY *y el* PRÍNCIPE.)

PRÍNCIPE ENRIQUE.—No creía oíros ya hablar.

REY.—Tu deseo, Enrique, era el padre de tu pensamiento. Vivo ya demasiado tiempo para ti. Te fastidio. ¿Tienes, pues, tanta prisa por ver mi trono vacío, que te apresuras a investirte con mis insignias antes que haya llegado tu hora? ¡Oh loco joven, buscas la grandeza que te aplastará! Espera no más un poco, porque el viento que impide caer la nube de mi dignidad es tan débil, que bien pronto se resolverá en lluvia. Mi jornada toca a su crepúsculo. Has robado el objeto que dentro de unas horas habría de ser tuyo sin detrimento y has confirmado en mi agonía todo lo que aguardaba de ti. Has demostrado con tu vida que no me amabas, y has querido que yo muriese con esta certidumbre. Has ocultado en tus pensamientos mil puñales que has aguzado en tu corazón de piedra para asesinarme en la última media hora de mi vida. ¡Cómo! ¿No puedes concederme una media hora? Entonces sal y cava tú mismo mi tumba y ordena a las alegres campanas repiquen en tus oídos que estás coronado, no que estoy muerto. ¡Que todos los lloros que debieran regar mi mortaja se truequen en gotas de bálsamo para ungir tu cabeza! Tómate únicamente el trabajo de confundirme con el polvo del olvido. Da a los gusanos lo que te da la vida. Destituye a mis oficiales, rasga mis decretos, porque ha llegado la hora de mofarse de la legalidad. Enrique V es coronado. ¡Arriba, vanidad! ¡Abajo, dignidad real! ¡Fuera de aquí todos, prudentes consejeros!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

¡Venid de todas las regiones para concentraros en la Corte de Inglaterra, monos del libertinaje! ¡Países vecinos, he aquí la hora de que os purguéis de vuestra escoria! ¡Tenéis un rufián que jura, bebe, baila, pasa las noches de orgía, roba, asesina y conoce el arte de cometer los más viejos crímenes de una manera nueva! Sed felices, nadie os inquietará. Inglaterra dorará su triple infamia. Inglaterra le dará empleo, honor, poder, pues el quinto Enrique va a quitar el bozal de la prohibición a la licencia reprimida, y el perro rabioso podrá clavar sus colmillos en la carne de todo inocente. ¡Oh pobre reino mío, enfermo por los golpes de la guerra civil, a quien en todo mi celo no ha podido librar del desorden! ¿Qué harás ahora, que el desbarajuste estará encargado de vigilarte? ¡Oh, te convertirás en un desierto salvaje, otra vez poblado de lobos, tus primitivos habitantes!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — *(Arrodillándose.)* ¡Oh, perdonadme, soberano mío! Si no hubiesen sido mis lágrimas húmedos obstáculos de mi lengua, habría detenido esta cara y profunda reprensión antes que el dolor os hubiese exacerbado y me hubiese constreñido a seguirlo tan lejos. Aquí está vuestra corona, y ¡que Aquel que lleva la corona inmortal os conserve largo tiempo la vuestra! Si la adoro de otra manera que como emblema de vuestro honor y de vuestro renombre, ¡que no pueda levantarme más de esta postura de obediencia, de esta actitud exterior de sumisión que mi muy leal y hondo respeto me manda tomar! ¡Dios sabe cómo mi corazón se ha helado cuando, al entrar, no percibí el aliento de vuestra majestad! Si miento, que muera en medio de mi presente disipación, sin tener tiempo de ofrecer al mundo incrédulo el noble cambio que he meditado! Al aproximarme a vos y creeros muerto (y verdaderamente, soberano mío, se os podía creer casi muerto), he hablado a la corona como si estuviese dotada de sensibilidad y la he reprendido así: «Las preocupaciones que provienen de ti se han agrandado con el cuerpo de mi padre, y por lo mismo que tienes el mejor de los oros, eres el peor. Otro oro de menos finos quilates es más preciado que tú, pues conserva la vida en forma de medicina potable; pero tú, que eres oro muy hermoso, muy honorífico y muy insigne, has devorado al que te lleva.» Así, mi muy real soberano, al acusarla plenamente, me la he colocado sobre mi cabeza para entablar con ella, como una enemiga que ante mis ojos hubiese asesinado a mi padre, la querella de un heredero leal. Pero si alguna vez ha envenenado mi alma con un movimiento de alegría; si alguna vez ha hinchado mis pensamientos con un soplo de orgullo; si alguna vez el menor espíritu de rebelión y de vanidad me ha impulsado en modo alguno a dirigir a su poder una sonrisa de bienvenida, ¡que Dios me la quite para siempre de mi cabeza y me haga igual al más pobre vasallo que se postre de hinojos ante ella con respeto y con terror!

REY. — ¡Oh hijo mío, es el Cielo el que te ha infundido la inspiración de llevártela, a fin de que puedas conquistar más fácilmente el afecto de tu padre al alegar tan sabias excusas por esta falta! Ven aquí, Harry; siéntate cerca de mi lecho y escucha el postrer consejo que te daré para siempre. El Cielo sabe, hijo mío, por qué senderos tortuosos y por qué caminos indirectos y oblicuos he encontrado esta corona, y no sé qué cúmulo de preocupaciones se han apoderado con ella de mi cerebro. Ella descenderá sobre tu cabeza más tranquila, más respetada, mejor admitida; porque todo el polvo levantado para adquirirla va a desaparecer conmigo de la tierra. En mí no parecía más que un honor arrancado por una mano violenta, y eran numerosos los que en torno mío reprochábanme la ayuda que me habían prestado para conquistarla, reproches que, agrandándose de día en día, acabaron en luchas, en efusión de sangre, e hirie-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ron a una paz ilusoria. Todos estos peligros extremos, tú ves con qué riesgos he tenido que afrontarlos, porque todo mi reinado no ha sido más que la representación de esta escena. Pero hoy, mi muerte cambia las cosas, pues lo que no era en mí más que un bien conquistado por las luchas, te llega a ti de la más venturosa manera; la corona te corresponde por derecho de sucesión. Sin embargo, aunque estés con mayor seguridad que yo he estado, no te hallas todavía bastante firme, puesto que los rencores tienen fecha reciente. Hace tan sólo muy poco tiempo que se les arrancaron los dientes y los aguijones a todos los enemigos, que deberás convertir en partidarios sinceros. Su peligrosa ayuda determinó en el origen mi elevación, y su poder era tal, como para hacerme temer que eran capaces de derribarme lo mismo que me habían entronizado. Así, para evitar ese peligro, los he decapitado, y ahora tenía el designio de conducir a muchos de ellos a Tierra Santa, por temor de que el reposo y la tranquilidad no les diesen ansias de escrutar demasiado estrechamente mi gobernación. Por eso, Harry mío, tu política ha de consistir en ocupar a los espíritus inquietos en contiendas extranjeras; la actividad derrochada en el exterior disipará el recuerdo de los antiguos días. Te diría más, pero mis pulmones se sienten de tal modo agotados, que la Naturaleza me niega absolutamente la fuerza necesaria para hablar. ¡Oh, que Dios me perdone la forma como he adquirido esta corona y te conceda vivir en verdadera paz con ella!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Mi gracioso soberano, vos la habéis conquistado, llevado, defendido; vos me la dais; mi derecho a su posesión es, pues, claro y legítimo, y sabré mantenerlo justamente contra el mundo entero con una energía nada común.

REY.—Mira, mira: aquí viene mi Juan de Lancaster.

Entra JUAN DE LANCASTER

PRÍNCIPE JUAN.—¡Salud, paz y dicha a mi regio padre!

REY.—Me traes la paz y la dicha, hijo mío Juan; pero en cuanto a la salud, ¡ay!, ha huido con las alas de la juventud lejos de este viejo tronco reseco. Ante tu vista, mi tarea terrestre toca a su fin. ¿Dónde está milord Warwick?

PRÍNCIPE ENRIQUE.—¡Milord de Warwick!

Vuelven a entrar WARWICK *y los otros*

REY.—La sala donde me he desvanecido hace poco, ¿tiene algún nombre particular?

WARWICK.—Se llama Jerusalén, mi noble señor.

REY.—¡Gloria a Dios! Ahí es donde mi vida debe concluir. Me fué profetizado hace muchos años que no moriría sino en Jerusalén, y entonces supuse vanamente que sería en Tierra Santa. Llevadme, pues, a esa sala. ¡Es en ese Jerusalén donde Harry morirá! *(Salen.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

En el Gloucestershire.—Aposento en la casa de Shallow

Entran SHALLOW, FALSTAFF, BARDOLF *y el* PAJE

SHALLOW.—¡Por vida del gallo y de la urraca! Sir, no partiréis esta noche. ¡Aquí! ¡Davy, digo!

FALSTAFF.—Es menester que me excuséis, maese Roberto Shallow.

SHALLOW.—No os excuséis; no seréis excusado; las excusas no serán admitidas; no hay excusa que valga; no seréis excusado... ¡Eh, Davy!

Entra DAVY

DAVY.—Aquí estoy, señor.

SHALLOW.—¡Davy, Davy, Davy, Davy! Veamos, Davy, veamos; Davy, veamos... ¡Ah, sí, diantre! Eso es, dile al cocinero William que venga aquí. Sir Juan, no quedaréis excusado.

DAVY.—¡Pardiez, señor! Ved lo que ocurre: las detenciones que habíais decretado no se pueden ejecutar; y os pregunto de nuevo, señor: ¿sembramos de trigo candeal la tierra debajo de los setos?

SHALLOW.—De trigo rojo, Davy. Pero volvamos al cocinero William: ¿no hay pichones tiernos?

DAVY.—Sí, señor; ved ahora la cuenta del herrero por la calzada y el arado.

SHALLOW.—Que se compruebe la cuenta y se pague. Sir Juan, no quedaréis excusado.

DAVY.—Y después, señor, es urgente poner un asa nueva al cubo. Ahora, señor, decidme: ¿tenéis intención de descontar algo del salario de William por el saco que ha perdido el otro día en la feria de Hinckley?

SHALLOW.—El responderá de él... Pichones, Davy, un par de pollas patudas, un guisado de carnero y algunas pequeñas golosinas delicadas. Díselo al cocinero William.

DAVY.—¿Es que pasará el militar aquí toda la noche, señor?

SHALLOW.—Sí, Davy; quiero tratarle bien. Amigo de ley vale más que penique en la bolsa. Tratad bien a sus hombres, Davy, porque son unos pícaros redomados y murmurarían.

DAVY.—No sería más de lo que se ha murmurado de ellos, señor, porque tenían la ropa interior maravillosamente sucia.

SHALLOW.—Bien por ese juego de palabras, Davy. Ahora a tu tarea, Davy.

DAVY.—Os suplico, señor, que defendáis a Guillermo Visor de Wincot contra Clemente de la Colina.

SHALLOW.—Hay quejas numerosas contra ese Visor, Davy. Ese Visor es, según mis informes, un pillo de marca.

DAVY.—Concedo a vuestra señoría que ese hombre sea un pillo, señor; pero a Dios no le disgusta que un pillo pueda obtener protección por el requerimiento de un amigo. Un hombre honrado, señor, hállase en situación de hablar por sí mismo; mas un bribón, no. Yo he servido fielmente a vuestra señoría durante estos ocho años, señor, y si una o dos veces por trimestre no puedo hacer que se proteja a un pillo contra un hombre honrado, gozo verdaderamente de bien menguado crédito cerca de vuestra señoría. Ese pillo es para mí un honesto amigo, señor; por eso suplico a vuestra señoría que le favorezca.

SHALLOW.—Puedes irte; no le ocurrirá ningún mal. Anda a tu servicio, Davy.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

(Sale DAVY.) ¿Dónde estáis, sir Juan? Venid, venid, venid... Quitaos las botas... Dadme vuestra mano, maese Bardolf.

BARDOLF.—Me alegro de ver a vuestra señoría.

SHALLOW.—Te lo agradezco de todo corazón, maese Bardolf *(Al* PAJE.), y sed bien venido, mi buen mozo... Venid, sir Juan.

FALSTAFF.—Soy con vos, buen maese Roberto Shallow. *(Sale* SHALLOW.) Bardolf, vigila nuestros caballos. *(Salen* BARDOLF *y el* PAJE.) Si estuviese partido en trozos, haría cuatro docenas de ermitaños barbudos como este maese Shallow. Es una cosa de maravilla el ver la perfecta similitud que existe entre la inteligencia de sus gentes y la suya. A fuerza de observarle, han acabado por comportarse como necios jueces de paz. El, a fuerza de conversar con ellos, ha llegado a ser una especie de criado de juez de paz. Sus entendimientos se han enlazado tan estrechamente a consecuencia del trato habitual, que vuelan todos de la misma manera, como muchos gansos silvestres. Si tuviera cuestiones pendientes con maese Shallow, mimaría a sus gentes, en la certeza de que determinarían la conducta de su amo. Si tuviese cuestiones con sus gentes, me insinuaría cerca de maese Shallow, en la certidumbre de que nadie puede mandar mejor a sus domésticos. Es verdad que lo que los sabios llevan o los ignorantes acarrean, se contagia entre los hombres como las enfermedades; por ello, los hombres deben poner cuidado en las compañías que frecuentan. Extraería de este Shallow materia bastante para mantener al príncipe Enrique su risa continua durante el transcurso de seis modas nuevas..., lo que equivale a cuatro sumarias o acciones de justicia, y se reirá sin *intervallums*. ¡Oh, es asombroso el efecto que puede producir un embuste apoyado en un leve juramento, o una broma con gesto grave, a un mozo que no ha tenido aún dolores en los hombros! ¡Oh, le veréis reír hasta que su rostro semeje una capa húmeda puesta al revés!

SHALLOW.—*(Dentro.)* ¡Sir Juan!

FALSTAFF.—Voy, maese Shallow; voy, maese Shallow. *(Sale.)*

ESCENA II

Westminster.—Un Salón en el Palacio

Entran WARWICK *y el* LORD JUSTICIA MAYOR

WARWICK.—¡Hola, milord Justicia Mayor! ¿Adónde vais?

JUSTICIA.—¿Cómo está el rey?

WARWICK.—Extremadamente bien. Todas sus preocupaciones se han acabado ya.

JUSTICIA.—No habrá muerto, supongo.

WARWICK.—Ha salido de los caminos de la Naturaleza. Para nosotros, ya no vive.

JUSTICIA.—¡Ojalá Su Majestad me hubiera llevado con él! Los leales servicios que le he prestado durante su vida me dejan expuesto a todas las venganzas.

WARWICK.—En efecto, creo que el joven rey no os quiere.

JUSTICIA.—Sé que no me quiere, y estoy proyectando armarme para hacer frente a las circunstancias, que no pueden amenazarme más terriblemente de lo que mi imaginación forja.

WARWICK. — Aquí vienen los retoños afligidos del difunto Harry. ¡Oh, si el viviente Harry tuviese el carácter del peor de estos tres príncipes, cuántos nobles conservarían sus puestos, en vez de verse obligados a plegar sus alas ante almas de baja estofa!

JUSTICIA.—¡Oh Dios, temo que todo se trastorne!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Entran JUAN DE LANCASTER, CLARENCE, GLOUCESTER, WESTMORELAND *y otros*

PRÍNCIPE JUAN.—Buenos días, primo Warwick; buenos días.

GLOUCESTER y CLARENCE.—Buenos días, primo.

PRÍNCIPE JUAN.—Nos abordamos como gentes que hubieran perdido la palabra.

WARWICK.—La conservamos, sin embargo. Pero el motivo que nos preocupa es demasiado doloroso para admitir largas conversaciones.

PRÍNCIPE JUAN.—Bien. ¡Que la paz sea con el causante de nuestra tristeza!

JUSTICIA.—¡Que la paz sea también con nosotros, ante el temor de que tengamos que estar más tristes todavía!

GLOUCESTER.—¡Oh buen milord! Habéis perdido a un amigo de veras. Y me atrevería a jurar que la tristeza que aparece en vuestro semblante no es fingida, sino sentida realmente.

PRÍNCIPE JUAN.—Aunque nadie sabe la suerte que le reserva, nuestras esperanzas son muy pocas; lo siento verdaderamente; quisiera que las cosas fuesen de otra manera.

CLARENCE.—Bueno; ahora será menester que habléis con afabilidad a sir Juan Falstaff, lo que pugna con la condición de vuestro carácter.

JUSTICIA.—Amables príncipes míos, lo que hice, lo hice honradamente, guiado por la regla imparcial de mi conciencia, y jamás me veréis mendigar un perdón vergonzoso e incierto. Si la verdad y una leal inocencia son importantes para sostenerme, iré a encontrar al rey mi señor, que ha muerto, y le diré quién me envía detrás de él.

WARWICK.—Aquí llega el príncipe.

Entra el REY ENRIQUE V, *con su séquito*

JUSTICIA.—¡Salud, y que Dios proteja a Vuestra Majestad!

REY ENRIQUE V.—Este nuevo y espléndido traje, la majestad, no me sienta tan cómodamente como pensaba. Hermanos, mezcláis un poco de temor con vuestra tristeza. Esta es la Corte inglesa, y no la turca; no es un Amurath que sucede a un Amurath, sino un Harry a otro Harry. Sin embargo, estad tristes, buenos hermanos míos, porque, a decir verdad, la tristeza os va muy bien; el pesar se muestra en vosotros con una apariencia tan real que quiero adoptar su moda en lo más profundo de mi corazón. Estad, pues, tristes; empero, no tratéis la tristeza, buenos hermanos míos, como una carga que nos es igualmente impuesta a todos. En lo que a mí respecta, ¡por el Cielo!, deseo que estéis seguros que seré vuestro padre y hermano a la vez; dejadme no sólo llevar vuestro cariño, sino vuestros cuidados. Llorad, sin embargo, al Harry que ha muerto, que yo lloraré con vosotros; pero vive un Harry que convertirá esas lágrimas copiosas en horas de felicidad.

CLARENCE, JUAN y GLOUCESTER.—No esperamos menos de Vuestra Majestad.

REY ENRIQUE V.—Todos me miráis de una manera extraña, y vos, más. (*Al* JUSTICIA MAYOR.) Estáis seguro, imagino, que no os quiero.

JUSTICIA.—De lo que estoy seguro es de que, si juzgara rectamente, Vuestra Majestad no tendría ninguna causa justa para odiarme.

REY ENRIQUE V. — ¿No? ¿Cómo un príncipe portador de tan grandes esperanzas habría podido olvidar las enormes indignidades que me habéis hecho sufrir? ¡Cómo! ¡Regañar, reprender, reducir a prisión brutalmente al heredero inmediato del trono de Inglaterra! ¿Esto fué una leve ofensa? ¿Puede esto lavarse en el Leteo y ser olvidado?

JUSTICIA.—Yo representaba entonces la persona de vuestro padre, era la imagen de su poder, y mientras me ocupaba en hacer justicia, mientras me empleaba en el servicio de la sociedad, plugo a Vuestra Alteza olvidar su misión, la majestad y el poder de la ley y de la justicia, la figura del rey, a quien yo representaba, y me golpeasteis en mí mis-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

mo sitial de juez; entonces hice pleno uso de mi autoridad y os mandé detener como ofensor de vuestro padre. Si este acto fué culpable, considerad, pues, como una dicha, ahora que lleváis la corona, el que un hijo anule vuestros decretos, arranque la justicia de vuestro banco venerable, suspenda el curso de la ley y embote la espada guardadora de la paz y de la seguridad de vuestra persona; un hijo que, peor todavía, desprecie vuestra imagen real y se burle de vuestras obras en el que es como vuestra contrafigura. Interrogad vuestros regios pensamientos, suponed que ese caso es el vuestro; sed ahora un padre y suponeos con un hijo; escuchad que digan que Vuestra Majestad ha sido profanada; ved vuestras leyes más temibles tratadas con esa ligereza; contemplaos desdeñado por un hijo, y luego imaginadme, ostentando vuestra personalidad e investido de vuestro poder, dejar pasar en silencio los actos de vuestro hijo. Cuando hayáis fríamente examinado este caso, juzgadme, y puesto que sois rey, decid, en nombre de vuestra autoridad, si lo que hice no convenía a mi puesto, a mi persona y a la soberanía de mi señor.

REY ENRIQUE V.—Tenéis razón, justicia, y pensáis bien el asunto. Así, continuad llevando la balanza y la espada. Deseo que vuestros honores se acrecienten y vuestra vida se prolongue hasta el día en que consigáis ver a uno de mis hijos ofenderos y obedeceros, como hice yo. Y que pueda yo vivir para repetir ese día las palabras de mi padre: «Soy feliz al tener un hombre bastante enérgico para ejercer justicia sobre mi propio hijo, y no menos feliz por tener un hijo que pueda consentir la entrega de su grandeza en las manos de la justicia.» Vos me metisteis en prisión, y por eso pongo en vuestras manos la espada sin mancha que estabais habituado a llevar, suplicándoos que uséis de ella con la misma enérgica, imparcial y justa valentía que habéis mostrado contra mí. Aquí está mi mano. Seréis como un padre para mi juventud; mi voz hablará según aconsejéis a mi oído, y sabré someter humildemente mis resoluciones a vuestra dirección sabia y experimentada. Y ahora, príncipes, a todos vosotros os lo encargo: mi padre ha bajado al sepulcro llevándose mi locura, pues todo lo que era mío está encerrado en su fosa, y yo sobrevivo, en cambio, poseedor de un severo espíritu, por el cual me propongo mofarme de la expectación del mundo, defraudar las profecías y destruir la mala opinión que me ha juzgado en apariencia. El curso de mi sangre ha sido hasta el presente el de una fogosa vanidad; ahora este curso va a cambiar y dirigirse hacia su mar verdadero, donde se mezclará con los grandes consejos de las olas, para correr de aquí en adelante con una augusta majestad. Ahora convocaremos nuestro alto tribunal parlamentario y queremos escoger tales miembros del noble consejo, que el gran cuerpo de nuestro Estado pueda marchar a igual altura que la nación mejor gobernada; y que la guerra o la paz, ó ambas cosas a la vez, sean para nosotros cosas fáciles y familiares, en las cuales vos, padre, tendréis el supremo manejo. *(Al* JUSTICIA MAYOR.) Terminada nuestra coronación, reuniremos, como antes dije, todo nuestro Estado, y si Dios acoge mis buenas intenciones, ni príncipe ni par tendrán causa justa para decir: «¡Que Dios acorte un día la vida feliz de Harry!» *(Salen.)*

ESCENA III

Gloucestershire.—El jardín de la casa de Shallow

Entran FALSTAFF, SHALLOW, SILENCIO, BARDOLF, *el* PAJE *y* DAVY

SHALLOW.—Vamos, veréis mi huerto, donde, en una glorieta, comeremos unas camuesas de mi propia cosecha, con un

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

plato de alcaraveas y otras cosas... Venid, primo Silencio, y luego, a la cama.

FALSTAFF.—¡Por Dios, que tenéis aquí una bella y rica vivienda!

SHALLOW.—Mísera, mísera, mísera; todos miserables, todos miserables, sir Juan... A fe, el vientecillo es agradable... Extiende, Davy, extiende el mantel, Davy. Muy bien, Davy.

FALSTAFF.—Este Davy os rinde buenos servicios; es a la par vuestro criado y vuestro mozo de labor.

SHALLOW.—Un pícaro, un buen pícaro, un muy buen pícaro, sir Juan. ¡Por la misa, he bebido demasiado canarias en la cena!... Un buen pícaro. Ahora sentémonos, ahora sentémonos... Venid, primo.

SILENCIO. — ¡Ah pillo!, como dicen. *(Canta.)*

Nada haremos, sino comer y estar de festín
y alabar a Dios por el gozoso año,
cuando la carne, está barata y las hembras [caras,
y mientras los buenos mozos van de aquí para allá
tan alegremente
y siempre tan alegremente

FALSTAFF.—¡He aquí un corazón alegre! Mi buen maese Silencio, voy a brindar en seguida por vuestra salud.

SHALLOW.—Dad vino a maese Bardolf, Davy.

DAVY. — Amable señor, sentaos. Seré con vos al instante; muy amable señor, sentaos. Maese paje, buen maese paje, sentaos. ¡Que aproveche! Lo que os falte en viandas lo tendréis en bebidas. Pero debéis excusarnos; todo es de corazón. *(Sale.)*

SHALLOW.—Alegraos, maese Bardolf, y tú, mi soldadito, alégrate también.

SILENCIO.—*(Canta.)*

Alegraos, alegraos: mi mujer es como las [otras;
pues las mujeres son bravías, sean bajas o [altas.
Pónese alegre la sala cuando todas las barbas [se agitan
y festejan con alborozo el martes de Carnaval.
Alegraos, alegraos, etc.

FALSTAFF.—No pensé que el señor Silencio fuese un hombre tan jovial.

SILENCIO.—¿Quién? ¿Yo? He sido dos veces más alegre que ahora, y aún una más todavía.

Vuelve a entrar DAVY

DAVY.—Aquí hay un plato de manzanas correosas para dos. *(Coloca el plato delante de* BARDOLF.)

SHALLOW.—¡Davy!

DAVY.—¿Señoría? *(A* BARDOLF.) Soy con vos al instante. ¿Un vaso de vino, señor?

SILENCIO.—*(Canta.)*

Un vaso de vino espumante y claro
para que beba a la salud de mi amada
y el corazón alegre viva mucho tiempo.

FALSTAFF.—Bien dicho, señor Silencio.

SILENCIO.—Y nosotros estaremos alegres también. Ahora viene el momento gozoso de la noche.

FALSTAFF.—¡Salud y larga vida os deseo, señor Silencio!

SILENCIO.—*(Canta.)*

Llenad la copa y pasádmela aquí.
Brindaré por vos a una milla de profundidad

SHALLOW.—Honrado Bardolf, sed bien venido. Si necesitas alguna cosa y no me la pides, vete al diablo. Sé bien venido tú también, mi amable ladronzuelo, y bien venido de verdad. Quiero beber por el señor Bardolf y por todos los *cavaleiroes* de Londres.

DAVY.—Espero ver a Londres una vez antes de morir.

BARDOLF.—Sí yo pudiese veros allí, Davy...

SHALLOW.—¡Por la misa!, echaríais juntos un cuartillo, ¿eh? ¿No es así, maese Bardolf?

BARDOLF.—Sí, señor, y un jarro de media azumbre.

SHALLOW.—¡Por vida de Dios! Te lo agradezco. El truhán se agregará a ti;

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

te respondo de ello. No se descarriará; está bien educado.

BARDOLF.—Y yo le ataré corto, señor.

SHALLOW.—¡Pardiez!, eso es hablar como un rey. No os privéis de nada. Alegraos. *(Llaman a la puerta.)* Mirad quién está a la puerta. ¡Eh! ¿Quién llama? *(Sale* DAVY.)

FALSTAFF.—*(A* SILENCIO, *que acaba de vaciar un vaso.)* ¡Diantre!, ahora lo habéis hecho bien.

SILENCIO.—*(Canta.)*

Hacédmelo bien
y nombradme caballero
Samingo (1).

¿No es así?

FALSTAFF.—Así es.

SILENCIO.—¿Es así? Bueno; decid por lo menos que un viejo puede hacer algo.

Vuelve a entrar DAVY

DAVY.—Con licencia de vuestra señoría, ahí está un tal Pistol, que viene de la Corte con noticias.

FALSTAFF.—¿De la Corte? Hacedle entrar.

Entra PISTOL

¡Hola, Pistol! ¿Qué pasa?

PISTOL.—Sir Juan, Dios os bendiga, señor.

FALSTAFF.—¿Qué viento os trae por aquí, Pistol?

PISTOL.—No es el viento malo el que lleva al hombre de bien. Querido caballero, eres ahora uno de los más grandes hombres del reino.

SILENCIO.—¡Por Nuestra Señora! Creo que es uno de los más grandes, si se exceptúa al buen hombre Puff de Barson.

PISTOL.—¿Puff? ¡Puff en tus mismos dientes, cobarde y vil renegado! Sir Juan, soy tu Pistol y tu amigo, y he recorrido tras de ti a brida suelta y te traigo noticias de alegrías dichosas, esperanzas doradas y felices y gloriosas realidades.

FALSTAFF.—Te ruego, entonces, que me las comuniques en el lenguaje de un hombre de este mundo.

PISTOL.—¡Joroba con el mundo y los viles mundanos! Hablo del Africa y de las doradas alegrías.

FALSTAFF.—¡Oh vil caballero asirio! ¿Cuáles son esas novedades? Permite al rey Cofetua que conzca lo que contienen de verdad.

SILENCIO.—*(Canta.)*

Y Robin Hood, Escarlata y Juan...

PISTOL.—¿Es que los perros de los estercoleros van a afrontar a los Helicones? ¿Es que las buenas noticias van a tomarse a broma? En ese caso, Pistol, pon tu cabeza en el regazo de las Furias.

SHALLOW. — Pundonoroso caballero, desconozco vuestro linaje.

PISTOL. — Pues, entonces, lamentémoslo.

SHALLOW.—Hacedme el favor de perdonarme, señor. Si venís con novedades de la Corte, no tenéis más que dos métodos: o decírnoslas o callarlas. Soy, señor, funcionario del rey, y tengo alguna autoridad.

PISTOL.—¿De qué rey, «bezoniano»? Habla, o mueres.

SHALLOW.—Del rey Harry.

PISTOL.—¿Harry el Cuarto o el Quinto?...

SHALLOW.—Harry el Cuarto.

PISTOL.—¡Joroba con tu autoridad!... Sir Juan, tu tierno corderillo es ahora rey. Enrique Quinto es el hombre. Digo la verdad. Cuando Pistol mienta, hacedme la higa como un español jactancioso.

FALSTAFF.—¡Cómo! ¿El rey viejo ha muerto?

PISTOL.—Como un clavo en una puerta. Las cosas que digo son exactas.

FALSTAFF.—¡Vámonos, Bardolf! ¡Ensilla mi caballo! Señor Roberto Shal-

(1) Quiere decir «Por Santo Domingo», patrón de los bebedores.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

low: escoge el cargo que quieras en el país, y es tuyo; Pistol, te abrumaré bajo un doble empleo de dignidades.

BARDOLF.—¡Oh día feliz! No trocaría mi suerte por un título de caballero.

PISTOL.—Qué, ¿traigo buenas noticias?

FALSTAFF.—Llevad a maese Silencio a la cama. Maese Shallow, milord Shallow, o lo que quieras, soy el administrador de la fortuna. Ponte tus botas de montar; cabalgaremos toda la noche. ¡Oh mi simpático Pistol!... ¡Despacha, Bardolf! *(Sale* BARDOLF.) Vamos, Pistol, cuéntamelo más extensamente, y busca algo que pueda causarte placer... Las botas, las botas, maese Shallow. Sé que el rey Joven se perece por mí. Tomemos los caballos de cualquiera que sean. Las leyes de Inglaterra están bajo mi mando. ¡Felices los que fueron mis amigos, y desgraciado de milord el Justicia mayor!

PISTOL.—¡Que los más viles buitres caigan también sobre sus pulmones! ¿Dónde está la vida que yo llevaba en otro tiempo? Como suele decirse, bien; aquí está. ¡Salve a estos días venturosos! *(Salen.)*

ESCENA IV

Londres.— *Una calle*

Entran varios Bedeles empujando a MISTRESS QUICKLY *y a* DOLL TEARSHEET

QUICKLY.—¡No, pícaro de marca!... Consentiría en morir con tal de verte colgado. Me has descoyuntado un hombro.

BEDEL 1.º—Los alguaciles la han puesto en mis manos, y tendrá su buena dosis de latigazos como regalo, se lo prometo; ha habido un hombre o dos muertos recientemente en su casa.

DOLL.—¡Corchete, corchete, mentís!... Avanza; voy a decirte lo que has hecho a ti, ¡condenado, cara de tripa! Si el niño de que estoy encinta se malogra, valdría más que hubiese pegado a tu madre, ¡bellaco de cara de papel!

QUICKLY.—¡Ah señor! ¡Si viniera sir Juan, habría un día sangriento para alguno! Pero pido a Dios que el fruto de sus entrañas se desgracie.

BEDEL 1.º—Si eso ocurre, completaréis vuestra docena de cojines; no tenéis todavía más que once. Vamos, os ordeno que vengáis las dos conmigo, pues el hombre a quien maltratasteis entre vos y Pistol, ha muerto.

DOLL.—¡Te voy a decir lo que has hecho, figurilla de hombre en un perfumador! Me gustaría que te azotasen fuertemente, ¡frasco azul!, innoble hambriento, ayudante de verdugo. Si no sois azotado, ¡que no pueda yo llevar mis jaquecas!

BEDEL 1.º—Vamos, vamos, «caballera» andante, vamos.

QUICKLY.—¡Oh, que el derecho pueda atropellar así el poder! ¡Bien! ¡Nos toca sufrir!

DOLL.—Vamos, infame, vamos. Conducidme delante del juez.

QUICKLY. — Sí, marchemos, famélico sabueso.

DOLL.—¡Cara de muerto! ¡Esqueleto!

QUICKLY.—¡Atomo!

DOLL.—Vamos, ¡pizca de hombre!; vamos, ¡canalla!

BEDEL 1.º—Muy bien. *(Salen.)*

ESCENA V

Una plaza pública cerca de la abadía de Westminster

Entran tres Palafreneros, que extienden juncos

PALAFRENERO 1.º — ¡Más juncos, más juncos!

PALAFRENERO 2.º—Las trompetas han sonado dos veces.

PALAFRENERO 1.º—Pasarán dos horas antes que regresen de la coronación. Démonos, démonos prisa. *(Salen.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Entran FALSTAFF, SHALLOW, PISTOL, BARDOLF *y el* PAJE

FALSTAFF. — Manteneos cerca de mi, maese Roberto Shallow. Quiero que os conceda una gracia el rey; le voy a guiñar el ojo, y fijaos la cara que pone.

PISTOL.—¡Dios bendiga tus pulmones, buen caballero!

FALSTAFF.—Ven aquí, Pistol, ponte detrás de mí. *(A* SHALLOW.) ¡Oh, si hubiese tenido tiempo de mandar hacer libreas nuevas, habría invertido las mil libras que me habéis prestado. Pero no importa; este pobre equipo vale más; eso demuestra la prisa que tenía por verle.

SHALLOW.—Sí, verdaderamente.

FALSTAFF.—Mi devoción.

SHALLOW. — Sí, verdaderamente; sí, verdaderamente; sí, verdaderamente.

FALSTAFF.—Lo que supone cabalgar de día y de noche, y no deliberar ni pensar en nada, ni tener paciencia para mudarse de camisa.

SHALLOW.—Muy cierto.

FALSTAFF.—Y que si vengo todo sucio, todo sudoroso del viaje por el deseo de verle, es porque no he pensado en ninguna otra cosa, porque he echado al olvido todos mis demás asuntos, como si no hubiese que hacer más que verle.

PISTOL.—Es *semper idem* pues *absque hoc nihil est*. Lo perfecto en todos sentidos.

SHALLOW. — Sí; verdaderamente, lo perfecto.

PISTOL.—Caballero mío, voy a inflamar tu noble corazón y a encender tu cólera. Tu Doll, la Helena de tus nobles pensamientos, está en una vil cautividad y una contagiosa prisión. Una mano mercenaria y puerca la ha arrastrado allí. Despierta la venganza en su antro de ébano con la cruel serpiente de Alecto, pues Doll está encerrada. Pistol no dice más que la verdad.

FALSTAFF.—Yo la libertaré. *(Aplausos y sonidos de trompetas.)*

PISTOL.—He aquí que la mar ruge y los clamores de las trompetas resuenan.

Entra el REY ENRIQUE V *con su séquito, del que forma parte el* JUSTICIA MAYOR

FALSTAFF.—¡Dios salve a Tu Gracia, rey Hal, mi rey Hal!

PISTOL.—¡Los Cielos te guarden y te protejan, realísimo hijo de la fama!

FALSTAFF.—¡Dios te proteja, mi dulce niño!

REY ENRIQUE V.—¡Milord Justicia Mayor! ¡Interpelad a ese majadero!

JUSTICIA.—¿Estáis en vuestro juicio? ¿Sabéis a quién habláis?

FALSTAFF.—¡Mi rey, mi Júpiter, a ti es a quien hablo, corazón mío!

REY ENRIQUE V.—No te conozco, anciano. Anda a hacer tus rezos. ¡Cuán mal le sientan los cabellos blancos al necio y al bufón! He soñado largo tiempo con una especie de hombre como tú, así hinchado de grasa, así de viejo, así de libertino; pero ahora he despertado y desprecio mi sueño. Desde hoy ocúpate menos de tu cuerpo y más de tu honor; abandona la glotonería; nota que la tumba se abre para ti tres veces más ancha que para los otros hombres; no me repliques con bromas de tonto de nacimiento; no presumas que soy la persona que era, pues Dios sabe y el mundo verá que he licenciado a mi primer yo, y así haré con los que me acompañaron. Cuando oigas decir que he vuelto a ser lo que era, ven a buscarme, y volverás a ser lo que fuiste: el preceptor y el padre alimentador de mis desórdenes. Hasta ese día te destierro, bajo pena de muerte, a diez millas de mi persona, igual que he hecho con los otros malos consejeros. Os proporcionaré medios de vivir, a fin de que la falta de recursos no os arrastre al mal. Y cuando sepamos que os reformáis, os ascenderemos en proporción a vuestra capacidad y mérito. *(Al* JUSTICIA.) Encargaos, milord, de que se cumplan fiel-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

mente mis palabras. *(Salen el* REY ENRIQUE V *y su séquito.)*

FALSTAFF.—Maese Shallow, os debo mil libras.

SHALLOW.—Sí, ¡pardiez!, y os ruego me las enviéis a casa.

FALSTAFF.—Eso no puede ser de ningún modo, maese Sallow. No os dé cuidado. Me mandará a buscar para entretenerle en privado. Mirad: es preciso que aparezca así ante el mundo. No temáis por vuestro anticipo. Aún seré el hombre que os haga grande.

SHALLOW.—No veo cómo, a menos que me deis vuestro jubón y me lo llenéis de paja. Os lo suplico, sir Juan: entregadme quinientas libras de las mil.

FALSTAFF.—Señor, seré tan bueno como mi palabra. Lo que habéis escuchado no era sino so color de fingimiento.

SHALLOW.—Un color que temo muráis con él, sir Juan.

FALSTAFF.—No tengáis miedo de los colores. Venid a cenar conmigo... Venid, teniente Pistol...; venid, Bardolf...; se me enviará a buscar temprano esta noche.

Vuelven a entrar JUAN DE LANCASTER, *el* JUSTICIA MAYOR, *Oficiales, etc.*

JUSTICIA.—Vamos, conducid a sir Juan a la Flota; llevadle a él y a sus compañeros.

FALSTAFF.—Milord, milord...

JUSTICIA.—No puedo hablar ahora pronto os atenderé... Llevádsele.

PISTOL.—*Si fortuna me atormenta, espero contenta. (Salen* FALSTAFF, SHALLOW, PISTOL, BARDOLF, *el* PAJE *y Oficiales.)*

PRÍNCIPE JUAN.—Me gusta mucho este proceder delicado del rey. Dispone que sus compañeros habituales estén bien atendidos, pero los destierra hasta que hayan dado a su lenguaje más moderación y prudencia.

JUSTICIA.—Y desterrados están.

PRÍNCIPE JUAN.—El rey ha convocado su Parlamento, milord.

JUSTICIA.—Efectivamente.

PRÍNCIPE JUAN.—Apostaría a que, antes de expirar el año, llevaremos las espadas de nuestras guerras civiles y nuestro nativo ardor hasta la propia Francia. Lo he oído cantar a un pájaro cuya música, a mi parecer, ha complacido al rey. Vamos, ¿queréis venir? *(Salen.)*

EPILOGO

Recitado por un BAILARÍN

Primero, mis temores; después, mi cortesía; por último, mi discurso. Mis temores son vuestro desagrado. Mi cortesía, mi deber. Y mi discurso, pedir vuestro perdón. Si esperáis ahora un buen discurso, me arruináis; porque lo que voy a decir es de mi propia cosecha, y lo que debía decir temo que redundara en mi detrimento. Pero vengamos al propósito y lancémonos a nuestros riesgos y peligros. Sabed (y lo sabéis muy bien) que he aparecido aquí recientemente, al final de una obra desagradable, para implorar vuestra indulgencia y prometeros otra mejor. Tenía, en verdad, la intención de pagaros con ésta, que si, a la manera de una desgraciada especulación, fracasa, yo quiebro y vosotros, mis queridos acreedores, perdéis. Os había prometido que estaría aquí, y aquí estoy con mi persona a vuestra disposición. Hacedme una rebaja y os pagaré una parte de vuestro crédito; y luego, como es usual en la mayor parte de los deudores, os haré promesas hasta lo infinito.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Si mi lengua no logra decidiros a eximirme, ¿me mandaréis usar mis piernas? Y, sin embargo, sería pagaros ligeramente mi deuda bailando. Pero una conciencia recta quiere dar toda la satisfacción posible, y así haré yo. Todas las damas que están aquí me han perdonado; si los caballeros no me perdonan, entonces no se ponen de acuerdo con las damas, lo que no se ha visto jamás en una asamblea como ésta.

Permitidme todavía una palabra, os lo suplico; si no os habéis saciado aún de carne obesa, mi humilde autor continuará su historia con sir Juan como personaje, y os divertirá con la bella Catalina de Francia, en cuya pieza, si estoy bien informado, Falstaff morirá de un sudor, a menos que no haya muerto ya por vuestra mala opinión; pues Oldcastle murió mártir, y éste no es nuestro hombre. Mi lengua está fatigada; cuando mis piernas lo estén también, os desearé buenas noches. Y ahora me arrodillo ante vosotros; pero, en realidad, es para rogar por la reina.



scan, correx & edit por J.Rubén Fernández